

Francisco Vanderhoff Boersma

Excluidos hoy
Protagonistas mañana

México, 2005

©2005 Frans Vanderhoff Boersma

Producción editorial
Mario Bladimir Monroy Gómez

Cuidado de la edición
Gerardo Hurtado B.
Mario Bladimir Monroy Gómez

Corrección de estilo
Mariana Flores Monroy

Diseño de interiores

Portada

Impreso y hecho en México

Pues bien, la pregunta: “¿es ‘útil’ una vida
que no les da ganancias a las ganancias?”,
que a su vez es eco de “¿es necesario ‘merecer’
la vida para tener el derecho de vivir?”,
despierta el miedo insidioso,
el pavor difuso, pero justificado,
de que se tenga por superfluo a un gran número
de seres humanos, incluso a la mayoría.
No inferiores, ni réprobos: superfluos.
Y por ello nocivos.¹

VIVIANNE FORRESTER

Y es que no hay que olvidar
que el corazón todavía no cotiza
en la bolsa. Pero sí tiene un lugar:
el corazón late a la izquierda.²

OSCAR LAFONTAINE

El acercamiento de Rabindranath Tagore
a la diversidad cultural en el mundo,
que él había expresado en una carta a un amigo:
“Cualquier cosa que nosotros
entendemos y disfrutamos
al instante en los productos humanos,
se vuelve nuestra, dondequiera
que ellos puedan tener su origen...
Permítaseme sentir, con alegría pura,
que todas las grandes
glorias del hombre son mías”.

(Citado por AMARTYA SEN)

¹ Vivianne Forrester, *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, 1997. p. 19. Este libro, escrito con una “santa furia”, no es solamente lectura espiritual, sino obligatoria...

² Así termina Oscar Lafontaine su libro *El corazón late a la izquierda*, Paidós, 2000. p. 254. Literatura obligatoria para todos los que se frustraron en sus caminos anteriores, y que se colocaron como funcionarios en gobiernos del neoliberalismo, para “rescatar lo rescatable”. No hay nada que rescatar del neoliberalismo, solamente olvidados y muertos. Una economía de apartheid nunca se puede maquillar, y merece solamente que se la tumbe.

Prólogo

La pobreza del pequeño productor en el campo mexicano no es una variable macroeconómica que a corto o mediano plazo se puede solucionar. Es algo tan estructural, que su solución se pospone en el sistema económico actual (el neoliberalismo). Cualquier empeño para encontrar una opción se topa con una economía intrínsecamente no solidaria. Es el modelo del mercado actual, que inhibe una economía social. El modelo del mercado neoliberal hace y crea la exclusión, y solamente los más fuertes pueden sobrevivir en ella. Crear economías solidarias dentro de las reglas y las leyes de la economía dominante me parece ilusorio, sobre todo desde una perspectiva humana. Es por eso que en el sector excluido de la economía “normal” se tiene que crear una economía diferente, sobre todo rumbo al mercado.

La problemática principal en la economía, como creadora de supuestas riquezas, se pulveriza en el mercado. Es el intercambio de la escasez. Donde hay un mercado libre sin reglas sociales, sin compromisos con la distribución equitativa de la escasez, y sin reglas claras que protejan al eslabón más débil de la sociedad, se produce continuamente la pobreza. Así planteado, el problema es la acumulación desmedida, con carácter legal, de la riqueza en pocas manos, sean empresas, bancos o personas. Es la mala distribución de la riqueza o, mejor dicho, la falta de una voluntad político económica de repartir en el mercado la escasez en forma estructural y social.

Es por eso que desde hace aproximadamente veinte años, en el campo, sobre todo el del caficultor (aunque también con los mieleros, maiceros, fruteros, artesanos, etc.), tratamos de desarrollar un mercado diferente, el mercado justo, que desafía y corrige las

grandes fallas del modelo neoliberal. El Mercado Justo empezó con café, un producto de mucha importancia en el mercado mundial. Por un tiempo fue el segundo producto después el petróleo. Después la iniciación con el café en el Mercado Justo en Holanda (1989) entraron otros productos como té, cacao, plátano, azúcar y ahora también se cuenta con frutas frescas, flores, arroz etc. Los principales países productores para el mercado Justo son: México, Perú, Congo, Tanzania, Honduras, Uganda, Guatemala etc. Los países más importantes de importación de productos de este mercado son: Holanda, Alemania, Francia, Italia, USA, Suiza, Suecia, Japón. Ahora son 19 países de los cuales México es el último que entra en este sistema.

El propósito de este mercado es crear empresas sociales y solidarias, en alianza con consumidores conscientes y responsables, a nivel mundial y nacional. En 19 países, entre los cuales se encuentra México, se ha creado este mercado.

Como pequeños productores organizados sabemos que somos moscas frente a las grandes empresas (trans) nacionales. Sencillamente, no podemos competir con Nestlé, Sara Lee o Philip Morris y sus amigos competidores, y ni siquiera queremos hacer la competencia. Nos hemos propuesto desarrollar un mercado nacional e internacional donde se puede disfrutar de nuestros productos, colaborar en el mejoramiento del medio ambiente, mejorar las condiciones de vida de nuestra nación, y sobre todo de los indígenas, organizados en uniones de producción.

De eso trata este libro. Soy cofundador de este Mercado Justo, el mercado Max Havelaar, y me preocupa su futuro por la confusión que las grandes empresas tratan de hacer en el mercado supuestamente sustentable, duradero y otros epítetos más. Lo que es sustentable para la empresa no es siempre sustentable para el productor. ¿Y el

consumidor? Está confundido y se siente engañado. No tengo la pretensión de quitar todas las dudas, pero sí doy mi punto de vista desde el caminar con los campesinos.

¡Buen viaje!

Introducción

Muchas ideas corren por mi mente. Son ideas que nacieron de experiencias de la vida en el campo de caficultores que hacen todo lo posible para sobrevivir. Esta lucha diaria no solamente tiene ramificaciones económicas y familiares en toda una región, sino que deja vislumbrar una cultura ancestral de tenacidad, de dureza, de solidaridad y competencia, de belleza y tristeza. Lo obvio tiene una profundidad que no se deja ver a primera vista. Solamente caminando y sudando en la sierra, solamente trabajando con machete y coa, solamente luchando hombro a hombro, solamente escuchando el silencio cargado de muchos sentimientos, esperanzas, preocupaciones, se puede poco a poco entender algo de la vida campesina. El campo tiene su secreto: el maíz no se siembra sin esperanza, crece solamente según sus características genéticas; el maíz no se cosecha sin sudor; el maíz no se acarrea a la casita sin la preocupación: qué parte me toca y qué parte le toca al “otro”, al prestamista, a la contribución a la fiesta de mi compadre, al pago de los tequios donde faltaba. Pasa lo mismo con el café. Una parte es para el productor, pero otra parte es para otros. Por la fragilidad de la existencia, el campesino ha conservado en forma colectiva

los bosques, ríos, fauna y diversidad. Pero en su lucha por la supervivencia también ha dañado su propio medio ambiente, con dolor y sentido de ser culpable.

El hambre es un consejero, y es siempre un consejero malo. Limita la libertad, me hace esclavo de conseguir ingresos para sufragar gastos a muy corto plazo; pero los árboles que tumbé nunca vuelven a crecer. Es fácil buscar un culpable, pero es difícil dar la respuesta a la pregunta: ¿Por qué hay culpables? A mí me fascinaba hacer las preguntas que normalmente no se hacen. ¿Por qué el campesino caficultor vive como vive? No es por profesión que las preguntas y las ideas que los campesinos me dieron se hicieran sentimientos y hasta me llenaran con *pathos*, en el sentido griego: pasión con brío. Es por el cariño conquistado, que el suave y apasionante caminar por unos 25 años en la sierra de Tehuantepec, Istmo de Oaxaca, me ha dado.

Es por eso que me tomé un poco de tiempo para juntar algunas de estas experiencias. Me hago muy vulnerable. Lo sé. Pero la vida de los campesinos es altamente vulnerable, mal entendida, muy mal interpretada. “Son tontos, atrasados, burros que no cambian de dirección y apestan”, se atreven a pensar, y hasta a decir, los científicos, biólogos y agrónomos (gracias a Dios, ni todos ni todas), los funcionarios del gobierno, y los políticos que, desde su trono de poder, deciden lo que los campesinos tienen que hacer. Pero todos comen de los productos del campo, y se quejan siempre de que los jitomates se encarecen; de que los mangos ya no valen cincuenta centavos el kilo, sino un peso; de que el café ya no es como antes...

La vida en el campo parece caótica. Sin embargo, tiene su lógica, tiene sus razones, tiene su fuerza de resistencia, tiene su capacidad de supervivencia. Tan pronto como oigo una plática de un agrónomo o político acerca de que hay un problema enorme

en el campo, de que hay un rezago de conocimientos e innovaciones tecnológicas en el agro, de que hay un escándalo ambiental, etcétera, doy como respuesta “científica”: “cuando logres sobrevivir como el campesino caficultor lo sabe hacer, podrás decir algo decente”. Sobre todo en tiempos electorales, los políticos prometen el “progreso” para el campesinado. Pero, una vez en el poder, ya no saben qué prometieron. No solamente falta un interés real, sino que no hay una idea de cómo crear el famoso “progreso”. No hay progreso en el campo mexicano. Las cifras frías lo indican. El campesino quiere sobrevivir. El supuesto progreso que la sociedad dominante le ofrece podría ser, incluso, el fin del pequeño productor.

Quiero exponer algunas de las preocupaciones y alegrías que he obtenido trabajando con los pequeños productores indígenas de la sierra central de Oaxaca.

- ¿Por qué estoy contento trabajando en el campo? Es aparentemente una pregunta muy personal. Es y no es. Trabajar en el campo es para sobrevivir, dejar sobrevivir, y, por eso, vivir con toda pasión. Algunos me acusan de ser amante de la vida. Lo soy, pero en el lodo de la tierra, de la gente de la tierra. No es muy romántico, pero es muy bonito. No obstante, también la felicidad está de por medio. ¿La felicidad es un asunto personal? No creo. Es un derecho social y un deber político procurar las condiciones de este derecho para todas y todos los ciudadanos.
- ¿Por qué el campesino actúa en su tiempo? Existe un diálogo de sordos entre el ciudadano obrero, el burócrata, el servidor público, el agrónomo, y el campesino: son tiempos y ritmos diferentes. Como dicen los compañeros:

“¡Hay el tiempo de Fox y hay el tiempo de Dios!”, y ellos no solamente se refieren al tiempo de verano.

- ¿Qué es el alma del campesinado? La lucha por la supervivencia ha hecho una cultura comunal en el campo, que no se puede negar y menos despreciar.
- ¿Por qué estamos como estamos? Existe en México una larga historia de explotación y exclusión de los pequeños productores indígenas. Pero hoy en día sufren de la carga de una nueva realidad del supuesto mercado libre, por la fe en la religión del neoliberalismo con su nuevo dios (mercado-dinero-mercado), su santísima trinidad que tiene sus diez mandamientos, reglas que el sistema económico actual nos quiere imponer, donde no hay lugar para pequeños productores.
- ¿Por qué el poder pudre a las personas? En vez de servidores, se han creado potentados y lacayos de un sistema sociopolítico que crea un terrorismo mundial.
- ¿Porque los pequeños productores están tan preocupados con las nuevas reglas del neoliberalismo? México, situado al sur de los EEUU, tenía siempre mucha influencia y recibió mucha presión de su vecino norteamericano. En los noventa México tenía que ‘ajustar’ sus políticas económicas para poder entrar en el Tratado de Libre Comercio de las Américas del Norte hasta hacer arreglos en su propia Constitución. El impacto fue la Bancarrota del Estado (1994) y la crisis se dejó sentir sobre todo en el campo que no la ha superado hasta este momento.

- La globalización: el mito de la globalización desde arriba. Siempre nos dejan creer que la globalización es un hecho, y que como tal hay que aceptarla. Pero desde abajo vemos solamente des-globalización, es decir, exclusión y un mayor grado de explotación de los campesinos pequeños productores. Como socios de la Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo (UCIRI), y con muchas otras organizaciones de productores de café, cacao, miel, frutas, entre otros, queremos crear una globalización desde abajo, donde los productores sí estén incluidos en el mercado, la plaza pública del intercambio de bienes.

En diferentes capítulos propongo: el Mercado Diferente como una alternativa al mercado dominante de tinte neoliberal (1); hacer una referencia al caminar del autor con los pequeños productores (2); un análisis del pensar y quehacer del pequeño productor en el campo (3), y una reflexión, desde lo mejor de la humanidad, frente a la realidad de exclusión y explotación en el campo (4), y desde lo mejor de la gran tradición del bien, de la ternura y la gratitud divina (5).

Cuando quieres hacer un trabajo, es necesario ver qué tipo de herramienta se necesita para realizarlo en la forma más adecuada. Significa que de vez en cuando hay que ajustar las herramientas para hacer las maniobras necesarias. Hasta se tienen que modificar por completo, quitarles y añadirles partes. Sembrar y cosechar maíz es diferente de sembrar cacahuete, y, por ende, hay que escoger y adaptar la herramienta.

Así también hay que calcular y ver qué herramientas se usarán para realizar un relato teórico y práctico. Los conceptos son las herramientas. Pero un concepto como tal nada significa; tampoco un lápiz en la mano si no escribe o no tiene punta. Solamente en combinación con otras herramientas (experiencias, ideas; pensar, escribir, borrar y nuevamente escribir, y...tiempo) y la relación entre ellas, hace posible que un relato salga más o menos. Una pala sin mango no sirve. Los diferentes conceptos forman un instrumental complejo que es apto para entender algo de la realidad que se puede comunicar a otros. Para mí es difícil, pero hago el intento.

En este ensayo hago brincos a propósito, de vez en cuando bruscos, de un nivel macro a un nivel micro, elementos de lo que está pasando en el mundo y elementos de lo que está pasando en el campo, y la relación entre todo ello. También intento, de vez en cuando, teorizar sobre lo observado y experimentado. Simplificaciones hay, y a propósito. La simplificación sirve para que no se trate de esconder detrás de un eslogan la vida de cada día. Hay relación, pero con lenguajes muy diferentes y diversos. Éstas no quieren ser las páginas de un político. No lo soy, gracias a Dios. Pero sí propongo políticas viables para que el campesino sobreviva con gusto, con alegría y dignidad. El gran llamado en México es ser nuevamente autosuficiente en las necesidades de alimentos. No es un programa nacionalista, sino un programa de justicia nacional para todos los ciudadanos y ciudadanas.

Capítulo 1

¡Protesta sí, propuesta también!

“Cada vez más, en muchos países de América, un sistema conocido como ‘neoliberalismo’ prevalece, basado en una concepción completamente económica de la persona humana. Este sistema considera la ganancia y la ley del mercado como sus únicos parámetros, en detrimento de la dignidad y el respeto debido a los individuos.

A veces, este sistema se ha vuelto la justificación ideológica para ciertas actitudes y conductas en las esferas sociales y políticas, que llevan al abandono de los miembros más débiles de la sociedad. De hecho, el número de los pobres está creciendo, y son las víctimas de políticas específicas y estructuras que son a menudo injustas”. (Juan Pablo II, en: De Ecclesia en América, No. 56, Informe del Sínodo de América.)

Quizás no es muy táctico ni sabio empezar estas reflexiones con una cita de un documento del papa Juan Pablo II. Pero como cristiano, religioso y sacerdote obrero, me siento en línea con lo mejor de la gran tradición del cristianismo, igual que con lo mejor de las otras religiones. Hago también una crítica interna y constructiva al contenido de este documento. No es suficiente señalar las posibles debilidades del sistema actual, el neoliberalismo, con sus ramificaciones e implicaciones en la vida económica, social, política y cultural de millones de habitantes de nuestra tierra. De hecho, el señalamiento se debilita cuando no hay una propuesta real, realista, activa, que no solamente corrija el modelo desastroso y sin futuro, sino que haga posible la creación de modelos económicos que sí alivien y hasta eliminen al máximo el sufrimiento de las grandes masas. Así se podrían evitar las guerras inútiles y hasta ilegítimas, se podrían cuestionar a fondo los juegos del poder de los poderosos, siempre con señales de debilitamiento, y al mismo

tiempo se podría manifestar la fertilidad y salud de nuestra “Madre Tierra”, como la llama nuestra gente en la montaña de Oaxaca, México. Limitarse a denunciar es un voto de desconfianza y debilidad. La responsabilidad tiene que ir más allá. La cantidad y el aumento, fríamente calculado, de los pobres, los que están excluidos y se excluyen de las promesas y beneficios del sistema neoliberal, manifiestan la gran incongruencia y el carácter injusto e irrealista de este sistema. Me hago la pregunta: ¿soy demasiado pesimista y rebelde contra la existencia de tanta pobreza, explotación y exclusión? ¡No! Soy más bien un hombre optimista por naturaleza, y tengo ciertas venas que conectan continuamente mi corazón con mi cabeza, y van de mi cabeza a mi corazón. Pero veo el gran peligro de que los excluidos un día puedan ser superfluos con todas sus consecuencias. Hasta ahora nadie se atreve a hacer alusiones en esta dirección, aunque mediante bombas (Irak), guerras locales, internacionalmente “toleradas” (Sudán, Burundi, República del Congo y otros), se permite practicar esta política de superfluidad. Mi gran preocupación es que estamos perdiendo de vista los grandes logros de la cultura occidental, donde los valores universales estaban obteniendo ciudadanía: justicia, derechos humanos, equidad, respeto mutuo, etcétera. La globalización del poder, del mercadeo de tinte neoliberal, y la pérdida de la realidad real, se imponen sobre los hechos. El simulacro se hace real, y lo real se pierde. Con esto, la cultura universal también está perdiendo y haciéndose inútil en este simulacro.

En vez de crear libertad y enriquecimiento de capacidades, el sistema crea una exclusión y la no participación en la justa distribución de los bienes. Esta constatación de la cita del informe del Sínodo de América es de suma importancia. Significa que la bancarrota del sistema neoliberal se mide por el aumento de los pobres. Por un lado, la

cita muestra los hechos frente a los cuales tenemos que concentrarnos para encontrar alternativas, y, por otro lado, retoma una tradición que parte del más débil como iniciador de nuevos caminos. Así, el texto denuncia la “misericordia de la prosperidad”. El sistema neoliberal no hace real lo que promete. Es una de las razones por las que las presuposiciones del sistema no son correctas y les falta científicidad en el manejo de la economía. O, mejor dicho: la ideología del sistema neoliberal trata de ocultar sus contradicciones, pero la realidad de los pobres hace manifiesta su irracionalidad.

Hay razones más que suficientes para hacer protestas, en el mundo de hoy, contra todo tipo de irracionalidad política, social y económica. Innumerables libros y panfletos se han escrito para denunciar ampliamente la injusticia social en aumento, la división mundial en algunos sectores con capacidad de acumulación de la riqueza, y la gran mayoría que no tiene acceso a la satisfacción más elemental de sus necesidades básicas, como son, entre otras, el trabajo, el pan de cada día, la casa, la salud, la educación, la libertad. A pesar de los mejores deseos de los grandes de nuestra tierra para eliminar la pobreza, ellos consiguen solamente aumentarla. Hacemos marchas de protesta contra políticas económicas que eliminan el derecho de las mayorías a una vida digna en libertad, protestamos contra guerras irracionales e ilegales, repudiamos el horror de un terrorismo que hace lo mismo que los terroristas de guerra, partiendo de la lógica de que hay buenos y hay malos, y los malos se tienen que eliminar, por lo cual los buenos son malos para unos, y los malos son buenos para otros. Por supuesto, es de suma importancia tratar de entender, en la medida de lo posible, por qué hay esta irracionalidad, por qué hay esta guerra de unos contra otros en lo político, en lo económico y en lo sociocultural. Pero un mínimo entendimiento no llega a una respuesta

constructiva para reinventar el mundo y su marcha histórica. Podemos criticar lo negativo de la Ilustración, la modernidad y todo lo ambiguo del desarrollo tecnológico, pero con esto no hay cambio. En los años sesentas, y sobre todo en 1968, gritamos como estudiantes: “la imaginación al poder”, pero la gran mayoría imaginaba un poder de poderes cayendo en la trampa de su propio “enemigo”. Muchos de ellos están ahora o en lugares de poder político, o en sillas de salas ejecutivas de las grandes empresas que antes repudiaron. Muchas veces el poder corrompe, ciega y crea irresponsabilidad. Ya esta suficiente conocida y no soy el primero que lo dice. Por supuesto, ningún empresario o responsable de la economía y el mercado, quiere ser irresponsable, y se esconde detrás de las “leyes feroces” del mercado; pero ellos han hecho estas leyes o por lo menos las han sostenido con gusto y las han exigido a las autoridades estatales. Frente al fracaso inventan la “responsabilidad social empresarial” en miles de formas, pero nunca van más allá de las “leyes feroces” que siguen adorando con una religiosidad que parece más bien sacrílega. Inventan sistemas de comercio que aparentemente mejoran las condiciones económicas, pero sólo crean nuevos mecanismos de un paternalismo de los bondadosos, sin cambiar a fondo ni el sistema neoliberal ni, mucho menos, la situación de exclusión de las mayorías.

Lo más importante es retomar en serio esta consigna de 1968: ¡vamos a imaginar y construir el poder del no-poder! Solamente con propuestas sencillas, pero con una racionalidad que no esconde la ternura y el *pathos* de la vida, con una eficacia que no oculta el sueño de un mundo mejor y diferente. Podemos decir que la avaricia del mercado actual y la irracionalidad del sistema económico, el capitalismo en su forma neoliberal, son el meollo de la problemática actual. Tenemos que encontrar propuestas

muy concretas para testimoniar esta anomalía globalizada. La dominancia de los mecanismos de este mercado, con sus creencias en la libre competencia de las fuerzas productivas, el libre juego de la oferta y la demanda, está causando situaciones inhumanas, pero también conflictivas, irracionales. Este sistema no tiene futuro o el futuro ya no tiene perspectiva alguna. Tenemos que soñar de nuevo, pero soñar despiertos.

Yo parto de mi situación concreta, inmerso con gusto en la realidad del campesino mexicano, de los pobres campesinos indígenas, productores de café de calidad. Estamos en el estado de Oaxaca, en el sur de México, donde estos campesinos se organizaron desde hace ya más de veinte años en una organización independiente, bajo el nombre de UCIRI. En los últimos años, este tipo de organizaciones ha surgido en todo el sur. He vivido unos veinticinco años con ellos y como ellos. Soy un muy pequeño productor del campo. No he abusado de mis títulos académicos, pero sí he podido transmitir lo que he aprendido aprendiendo. He saboreado la vida, y estos años fueron tiempos agradables, felices y con un alto rendimiento de satisfacción, de una ternura que no buscaba. En la academia del campo y con los cafetaleros como maestros, he aprendido mucho, mucho más que en las diferentes universidades por donde pasé. He aprendido a vivir disfrutando cada momento.

Cuando el pobre organizado experimente que su camino es válido por ser humano, y se dé cuenta de que todos somos iguales no solamente por nacimiento, sino también en los derechos de vivir una vida digna, decorosa y honrosa, florecerá un nuevo orden social, político y cultural. Hay vida y vitalidad. La vida elemental no solamente es un derecho que defender, sino un hecho real para vivir.

Aprendí también que tan pronto como el ser humano en general deja de seguir las pautas de su propio espíritu -idéntico a toda manifestación de vida existente- y somete su pensamiento y voluntad a intereses de segundo orden, como el poder, el dinero, etcétera, en ese momento se convierte en máquina, en robot controlado por fuerzas ajenas.

Todos aquellos que, por amor a la vida, están inmunizados contra los tentadores y falsos caminos del poder y del dinero, deberían juntarse públicamente para convertir la esperanza de los desesperados de la tierra, en una realidad social. Es por eso que las organizaciones sociales se afilian con un común denominador: defender la vida, el campo, la belleza de la naturaleza, el derecho de vivir dignamente, el derecho de ser diferente, y ofrecer esta diferencia como medicina sana para una sociedad político-económica mercantilista y enfermiza. Hay medicinas sanas que se producen en el campo: naturales, orgánicas, saludables, de calidad, amigables con la fauna y el medio ambiente, justas para todos y todas, desde una casa donde todos y todas pueden tener su pan de cada día.

La motivación y fin de estas páginas

Enojado con las continuas mentiras del bienestar de la sociedad occidental, pero al mismo tiempo prisionero en su sistema de valores materiales orientados a la consecución de poder, intento aquí, desde *mis propias experiencias* y formas de sentir, y tras pensar detenidamente sobre ello y discutir largamente con personas de opiniones diferentes, exponer puntos de vista contrarios y visiones de un futuro distinto, que sirvan como estímulos para la meditación. No son solamente opiniones diferentes, sino que tienen sus

raíces en prácticas diferentes, prácticas organizativas, prácticas democráticas nuevas. Son prácticas de hacer comercio diferente. En UCIRI nació la práctica de un Mercado Diferente que, ahora, bajo diferentes nombres, existe en más de veinte países (Max Havelaar, Transfair, Mercado Justo, etcétera).

La tarea política principal del Siglo XXI es la creación y divulgación de un proyecto histórico nuevo, así como conseguir un movimiento mundial que, desde la perspectiva del humanismo y de la solidaridad, sea capaz de luchar nuevamente por la liberación de la humanidad y de la naturaleza, de las violencias originadas por el patriarcado, que continúa olímpicamente en las áreas de la economía, en el mercado, en las bolsas de valores, etcétera. No solamente rige un machismo, sino que también rige la adoración de los mecenas y patriarcas. Los protagonistas de esta lucha son los propios sujetos que han sufrido el sistema que modula todo por dinero y poder. Y la liberación es universal: también libera a todos los que creen firmemente en el modelo anti-vida que, muchas veces sin saberlo, los ata a una vida irresponsable, irracional e hipócrita. El proyecto histórico de los que creían en lo mejor de Carlos Marx, se truncó en la realidad de un proyecto particular, donde las supuestas clases revolucionarias se comieron su propio proyecto vital.

Detrás de la supremacía ideológica de los valores occidentales se esconde la tendencia a consolidar las injusticias anquilosadas históricamente. Si observamos con detenimiento las raíces históricas de la riqueza material de una pequeña parte de la población mundial, veremos que detrás de su máscara de humanidad y derechos humanos, de democracia y libertad, subyace únicamente una política global internacional basada tanto en las motivaciones como en la sistematización pura y dura.

Si el mundo estuviera organizado en una sociedad democrática de seres iguales, sería posible para la humanidad que el incremento de remanente social que se originaría en el mundo entero, y las riquezas naturales, sólo disponibles de forma limitada, permitieran la convivencia en armonía con una sociedad sostenible y sin todos los lastres sintomáticos del mundo de la mayoría (hambre, enfermedades endémicas, paro generalizado, terroristas de todos los colores y tamaños, la “cultura” del miedo y el terror, la desconfianza total, etcétera).

Las manchas negras de la ciencia económica deben ser clarificadas, porque al final quizás todo se condensa en la pregunta que Erich Fromm siempre se hizo: ¿lo que hacemos es rendir culto a la muerte divinizando a la materia y al poder, o estamos dispuestos a abrirnos a la vida en toda su rica diversidad, fomentando esta apertura de forma consecuente? En resumen, ¿queremos ser necrófilos (amantes de la muerte y de todo lo que lleva a la muerte) o biófilos (amantes de la vida y de todo lo que procure vida)? Optemos por ser propagandistas (muchas veces sin saberlo) de la muerte y de todo lo de la muerte, u optemos por la vida y por todo lo de la vida, la supervivencia de todos y todas. ¡Seamos biófilos de una civilización ancestral o, lo que es lo mismo, decidamos con ternura para la supervivencia de todos y todas!

La civilización moderna se guía por unos modelos ideológicos cuya cualidad destructiva no está lejos de las manías enfermizas propias de los pacientes con enfermedades mentales. Estos modelos ideológicos se caracterizan por su obligatoriedad, su carencia de alternativas, su falta de sensibilidad y su inmovilismo espiritual. Se trata de concepciones existenciales que, finalmente, conducen a situaciones en las que la realidad ya no se percibe como tal, de ahí que no se produzcan las necesarias reacciones

ante los cambios. Las reacciones ya no se producen en función de las condiciones y circunstancias existentes, sino sólo en aquellos casos en que resultan menos molestas o perjudiciales para los intereses de las minorías elitistas. La totalidad de la vida social es sometida a la locura ideológica al servicio del capitalismo bajo el disfraz de la libertad (neoliberalismo), cueste lo que cueste.

En todo el mundo, el capital es proclamado como máximo regente (globalización), con poder absoluto para transformar la vida, las personas, los animales, los paisajes y los bosques -la totalidad de la biosfera-, en sumas de dinero astronómicas. Este dinero sólo sirve para satisfacer los intereses de un reducido grupo de personas que están en posesión del poder, de los medios de comunicación y de los flujos centrales de capital, y no para crear las condiciones necesarias que fomenten una vida social sana de la humanidad y de todas las demás formas de vida sobre la Tierra. Por el contrario, este “moderno progreso” se caracteriza por un creciente empobrecimiento masivo y por diezmar la biodiversidad de las especies.

Todas aquellas personas que conserven aún la sensibilidad por la vida, o que la hayan recuperado, son los portadores de la esperanza en un futuro en el que naturalmente estarán prescritas muchas de las ideas vigentes en la actualidad -sin importar de qué ideología o religión procedan.

La idea de un Dios que sólo ama a los laboriosos y los ricos conduce, en el mundo cristiano, a un saqueo despiadado de los recursos materiales y humanos del planeta. La idea de un Mesías Salvador convierte la energía de autocuración en un fatalismo

paralizante. La idea de un Dios que escoge a su pueblo, aun después de la experiencia del Holocausto, impide el proceso de aprendizaje de una convivencia, pacífica y en igualdad de derechos, con personas a las que se ha privado de su patria. La idea de un Dios que lucha con el fuego y la espada por sus creencias, fomenta la locura de la Guerra Santa. La idea de un Dios masculino discrimina a las mujeres. La idea de un Dios ajeno a nuestra existencia individual, nos priva de nuestra propia responsabilidad. La idea de un Dios antropomórfico nos convierte en piel del diablo. La idea mecánica del karma favorece el mantenimiento del statu quo, invirtiendo las relaciones reales: ¡las clases bajas se lo han merecido, las clases superiores se solazan en su vanidad! La idea de vivir separados de la naturaleza y de querer ser dueños y señores de la misma, pervierte el instinto de supervivencia, convirtiéndolo en una ambición de poder despiadada e insensible. El único dios que me queda es el Dios Pobre de los pobres: el que se compromete “activamente” en las luchas de los pobres por la igualdad, justicia y paz mundial. Por eso no necesito dogmas, sino prácticas de solidaridad, de ternura y de hermandad, que se hacen “sacramento” de lo invisible visible, y de lo visible invisible. No se necesitan imágenes de este Dios de los Pobres. Se necesitan ojos para ver, un corazón para amar y manos para estrechar.

Un rápido aumento del número de personas emancipadas en esta lucha por un mundo justo y sano, es la única oportunidad y el único sueño para que pueda haber un cambio de la sociedad humana hacia la tolerancia, la justicia y el equilibrio socio-ecológico.

Dado que la globalización se está vendiendo como lo mejor para el mundo (aunque la verdad es que muestra una auténtica falta de ventajas concretas), tiene que recurrir a la teología para hacer olvidar dichas carencias con los dogmas y creencias neoliberales.

Los conceptos del “bien común” y del “bien público” desaparecen rápidamente del discurso social y económico, y sirven solamente para discursos teatrales llenos de promesas en lo político. Cada vez más se reducen al dominio de los sueños, el carácter sagrado de la vida y los derechos universales de la persona y de la sociedad. El pragmatismo del mundo de los negocios, la primacía que se ha dado a la “racionalidad” de las finanzas con su sagrado templo mundial en la bolsa de valores de Nueva York, la fe sin fronteras en la ciencia y la tecnología, dominan el mundo occidental y penetran poco a poco en el mundo entero. Ya no hay derechos colectivos. Solamente sirven en el ámbito individual, sobre todo para los ricos, los más fuertes y más competitivos del mundo.

Todo está reducido al mercado y al mercadeo. El valor de un bien, de un servicio, el valor de una persona, todo se mide en función de su rentabilidad para el capital financiero privado. De igual manera, las sociedades dominantes están aniquilando poco a poco el sentido real de la fraternidad, de la igualdad, así como el sueño de la paz, la búsqueda de solidaridad. La economía está guiada por una cultura guerrera: la famosa competitividad de los más fuertes para poder sobrevivir.

Los sueños de una humanidad, del derecho a la vida, de otra economía, el sueño para la paz y la democracia, están expropiados y destrozados (véase Ricardo Petrella: *Désir d'humanité; le droit de rêver*, 2004).

¿Qué se puede hacer? ¿Llorar? No tiene mucho sentido. ¿Gritar? ¡Hasta enronquecer! ¿Protestar? Con gusto, pero tampoco va a cambiar la situación y solamente nos haremos partes y partícipes del desastre. Protestar y proponer alternativas en términos factibles, nos parece una respuesta que se tiene que tratar de realizar. El Mercado Justo, social, solidario, alternativo, diferente (adjetivos que me parecen casi iguales) es un intento por crear y realizar esta respuesta como propuesta necesaria, solamente porque no vamos a aceptar que el mundo camine hacia su derrota. Además, no creemos en la falibilidad a mediano plazo (ni siquiera a corto plazo) del mercado neoliberal. Debemos soñar despiertos, sin dormir, imaginar nuevos pasos de mercadeo, crear alternativas viables por parte de los más débiles en la cadena comercial: pequeños productores en solidaridad con consumidores que han perdido en gran parte su libertad de escoger lo que es bueno, justo, solidario, fraterno y saludable para el mundo entero. Mediante agentes de la industria que sí han tomado su responsabilidad social, se puede hacer esta alianza de productores y consumidores, los más débiles, los “superfluos”, necesarios en la cadena actual para hacerse fuertes en una cadena nueva.

El sistema del mercado trata de globalizar todo, crea una anomalía globalizada en todos los sentidos de la vida diaria, y afecta todas las áreas de la sociedad: cultural, religiosa, social, ecológica, económica, de la salud mental, de la salud corporal, relacional, familiar, personal. Es por eso que a fines de los ochentas desarrollamos colectivamente una propuesta concreta para crear un Mercado Diferente, donde el poder del más fuerte no determina las reglas del juego, sino el no-poder de los más débiles, que en la cadena del mercado son los productores y los consumidores.

Queremos hacer algunas reflexiones sobre esta urgencia y necesidad de establecer el Mercado Justo como un mercado alternativo dentro del sistema del mercado globalizado con su forma y dirección neoliberales.

No tengo ningún problema con el quehacer mercantil. Producimos artículos para nosotros mismos y para otros que los necesitan también. Es la propuesta ancestral de canjear productos en el mercado (mercado-dinero-mercado), y es una necesidad para vender lo que se produce de más y comprar lo que falta en casa. No podemos tener tanto interés en el dinero para manejar el mercado haciendo más dinero (D-M-D). Sobre todo estamos hablando de productos de primera necesidad: alimentos y bebidas. Ya Aristóteles definió el mercado como una transacción entre dos para crear una economía de subsistencia. Él definió la economía como “la manutención de la casa”, y ésta depende de la agilidad de la gente para conectarse con otros productores, para que se igualen e intercambien los productos escasos en forma equitativa. Para el pequeño productor del campo, la economía es la base fundamental de la democracia, que no sólo es producto de un intercambio de ideas y de la creación de instituciones para que la sociedad funcione, sino que también resulta de la capacidad de hacer el intercambio de productos de primera necesidad, de forma que todos tengan aquello a lo que tienen derecho. Un pueblo (*demos*) sin acceso a los bienes necesarios, no puede gobernarse a sí mismo (*kratein*), y las autoridades fallan cuando no saben corregir las anomalías posibles.

La teoría económica contemporánea sostiene una visión del mundo muy cruda, un mundo mecánico del *homo economicus* como un individuo autónomo manejado solamente por el propio interés, y percibe la sociedad como un conjunto de tales individuos. Esta visión tiende a igualar las ganancias en conjunto en la sociedad, con los

aumentos en los bienes y servicios adquiridos por sus miembros individuales, pero no dice nada sobre los cambios en la calidad de las relaciones que se constituyen en esa sociedad. Ellos proponen un “cambio” del paradigma, por consiguiente, de una economía concebida como “crematística” (la maximización de la ganancia monetaria a corto plazo) al tipo de economía que Aristóteles llamó *oikonomia* (la dirección de una casa que apunta a aumentar su valor de uso a largo plazo para el bien de la comunidad). En una economía a favor de la comunidad, no hay ningún lugar para una acumulación ilimitada o para el afán de crecimiento por crecimiento. En cambio, la verdadera riqueza está limitada por la satisfacción de la necesidad concreta. Un recambio de este tipo trae consigo una salida del individualismo radical, a favor de la noción de la persona-en-comunidad, así como un cambio fundamental que se distancie de ser una cosa perdida en el cosmos, y apunte en cambio a una visión de “las comunidades de comunidades”.

El Mercado Diferente o el comercio justo parte de una democracia de productores y consumidores. Es por eso que surgen compañías en el Norte, donde los productores participan en la compañía como accionistas. Un ejemplo puede ser el manejo del chocolate en Reino Unido (The Day Chocolate Company con participación de una cooperativa de Ghana), el café en Suecia, (donde UCIRI tiene 20% de las acciones) etcétera.

Cada uno tiene derecho de vivir una vida humana, decente. Todos tienen derecho de ser respetados y reconocidos en su dignidad, por lo que cada uno o cada una es un ciudadano, un ser humano de la comunidad. Existen muchas fuentes para el bienestar, para la felicidad, por ser categorías subjetivas, relativas; pero existen elementos básicos que hacen posibles la felicidad y el bienestar de cada individuo: tener acceso a comida, a

agua, a una casa decente; tener acceso a medios que garanticen la salud, la educación, el trabajo y los medios de trabajo, y la libertad para salir de las amenazas de la miseria. Como dicen los socios de UCIRI en una canción: “tenemos el derecho al pan, techo, trabajo, salud, educación, y el canto en libertad para decir cada día: ‘Buenos días a todos y todas’”. También tenemos el derecho de luchar por todo esto, aun sabiendo que esta lucha ahora se califica muy fácil como acto terrorista.

El meollo del Mercado Justo y solidario es la alianza entre productores y consumidores, que se ponen de acuerdo en reglas que deberían regir el mercado, de manera que sea justo para el productor y el consumidor responsable. El Mercado Justo es, así, una alternativa urgente al mercadeo dominante, que excluye masas, deteriora el medio ambiente y falsifica las relaciones humanas. El Mercado Justo es protesta y propuesta. El Mercado Justo es un modelo diferente del mercado en el mercado, y una estrategia poderosa de productores y consumidores para tomar la responsabilidad y el poder real para crear estas alternativas en el mercado. La promoción de la fe en el mercado libre, donde la ley de libre flujo de demanda y oferta regula el mercado, subestima dos cosas: el costo social de estos productores, que no tienen y que incluso no deben estar en el mercado, y el poder del consumidor, que, cada vez más claramente, exige calidad, conocimiento del origen y el flujo de toda la cadena de producción hasta que aparece un producto en la tienda o supermercado. ¡Origen con un trato justo! Lo exige por el simple hecho de que no está satisfecho con la compra de productos sin origen y sin una calificación, mediante un sello o reconocimiento, del precio al productor.

El Mercado Diferente, el comercio justo, recibe un juicio negativo de los “sabios” del evangelio del libre flujo de demanda y oferta, que juzgan el subdesarrollo de los

productores en los países en desarrollo, diciendo que no existe una política estable en estos países con respecto a la producción, infraestructura, comercialización y aparatos confiables de finanzas, etcétera. Además, critican el Mercado Diferente como una manutención de sobreproducción, pues, dicen, los productores que reciben un precio justo van a expandir su área de producción, etcétera. Hay solamente diez dedos para cortar el café, y nuestra experiencia, por ejemplo, es que los productores han mejorado su plantación, pero al mismo tiempo han disminuido su área. Con una mayor producción, mediante un cuidado más intenso y orgánico, se puede producir la misma cantidad de café en menos hectáreas.

Las empresas, los corredores y las personas de la bolsa de Nueva York que comercializan (la mayoría en papel) el café (New York “C” Contract), no estaban tan felices con el lanzamiento y la realización del Mercado Justo, aunque tenían un porcentaje del total de café muy bajo (de 2% a 5% en los diferentes mercados nacionales). Los jefes hacen sus críticas no tanto por el volumen, sino más bien por la función contestataria y constructiva de los mecanismos y avances del Mercado Diferente. Este mercado cuestiona, en términos generales y absolutos, el funcionamiento del mercado dominante, donde “habla el dinero” y donde no hay democracia ni sustentabilidad. Ellos tratan de imitar e inventar sus propios sistemas con su propio sello “ético”, “sustentable”, etcétera, con precios al productor que ni siquiera cubren el costo de producción. Se confunden a sí mismos, confunden al consumidor, y siguen explotando al productor. Creo que existe un simulacro de la “benevolencia” que no tiene relación con la realidad. Este simulacro (más o menos en el sentido de Jean Baudrillard) es humillante por el simple hecho de que el beneficiario nunca puede regresar algo. Este simulacro del

“mercado ético” inventa una realidad abstracta que no se corresponde con la realidad singular del campesino.

Principios del Mercado Diferente, el Mercado Justo

Poco a poco hemos definido el concepto de comercio justo. Hay cuatro componentes que precisan ser especificados.

1. El principio económico básico del Mercado Justo es el cálculo integral de los costos de la producción tomando en serio que es el campesino el que realiza la producción. El campesino tiene que usar su tiempo de trabajo, su energía, implementos aunque sencillos para poder producir café y tiene un costo de producción. Pero también tiene una familia que mantener. Es también parte de su costo que tiene que salir de la producción y comercialización, entre otras cosas, de su café. Todos estos costos se tiene que integrar en el precio del producto. Por su ubicación en la montaña, sin caminos apropiados, sin centros de salud funcionando, el tiene un mayor riesgo y mayores gastos de producción.

El comercio justo significa producción y mercadeo eficiente desde un punto de vista económico: en primer lugar está la producción eficiente de un artículo de alta calidad. En la relación entre el precio y la calidad, el comercio justo debe funcionar conforme al mercado.

Detrás de estas palabras hay una realidad muy dura, puesto que el mercado es implacable cuando se trata de un artículo de baja calidad o en el caso de un producto cuyo precio de costo es demasiado alto. También en el caso del comercio justo lo que hace que el cliente se decida por un producto determinado es una taza de café sabroso, un

plátano bien madurado y un pantalón con un corte perfecto. Un producto de calidad es una de las condiciones básicas para poder competir en el mercado.

Dentro del sistema de producción actual lo que cuenta es la ganancia que se puede obtener con un producto. Nunca he podido entender ni aceptar un mundo económico donde solamente la ley de la especulación determina el costo de producción y el costo final al productor. Cuando el mercado verdaderamente imponga una disciplina donde no sean pobres los productores que trabajan duramente para fabricar los productos que los consumidores necesitan, y los especuladores en general no sean ricos, no vamos a tener tantos problemas ni desigualdades en el mundo. Es un planteamiento bastante simple y que algunos podrían calificar de simplista. Parto de la idea de que el problema principal en la actualidad es la miseria de la prosperidad y la acumulación de riqueza en pocas manos, apoyada por la “religión del mercado”. La irracionalidad ha ganado a la racionalidad. Ésta visualizaba siempre una distribución de las riquezas limitadas de la tierra y del trabajo de campesinos y obreros. La acumulación de la riqueza en un número cada vez menor de personas, causa siempre un aumento de desigualdades. No puedo entender racionalmente por qué el manejo moderno de las grandes empresas tiene como vocación principal la maximización de las ganancias, como es la doctrina principal de la economía ortodoxa. El neoliberalismo exige en la sociedad amplia, en nombre de la libertad, la maximización del poder de acumulación para así poder explotar libremente. Esto siempre se hace a costa de la libertad de otros. Así, el neoliberalismo crea su propia contradicción. En nombre de la libertad exige la no libertad, con todas sus implicaciones negativas -pobreza, mal uso de las capacidades de los campesinos y trabajadores-, haciendo un desperdicio enorme de mano de obra, sea del campo, sea de la industria y

servicios, y creando un deterioro global del medio ambiente. Promediar así los ingresos es comparar manzanas con peras. Medir el bienestar social con base en el producto bruto nacional (PNB), crea un contrasentido: la destitución es primordialmente una privatización de libertades por el simple hecho de que es una “privatización de capacidades” (Amartya Sen).

2. El comercio justo es una producción sustentable desde un punto de vista social. Este segundo componente se refiere a la integración social del costo real de la producción. El campesino es parte de una comunidad donde el tiene obligaciones. El tiene que cuidar no solamente a su familia, sino también a los ancianos. El es responsable por los enfermos y tiene que hacer sus tequios en la comunidad. Todas estas obligaciones tienen un costo y esto se tiene que tomar en cuenta en el precio. En cuanto a eso, el comercio justo introduce una corrección importante en la realidad del mercado: a la larga, todos los tipos de mercado deben ser sustentables, o nos declararemos ya en una bancarrota final.

Existe una confusión enorme sobre el concepto de sustentabilidad. Lo que es sustentable para los pájaros no es automáticamente sustentable para los productores que viven bajo los árboles, donde los pájaros hacen su nido y tienen su familia. Allí existe un complejo de factores que determinan la viabilidad de mantenimiento en el nivel macro y el microscópico.

En la discusión de lo sustentable en el campo y el medio ambiente existe veladamente una actitud “subalterna” de compasión hacia todos y todas: aves, árboles

medio ambiente, gente, microorganismos, etcétera. En la corta historia de la reflexión sobre el medio ambiente, ésta se redujo a una discusión ideológica que articulaba en todo el tejemaneje del ambiente unas intenciones malas y un “accidente” en la atmósfera. Pero actualmente, con el desastre de las ideologías (políticas), el salvador de la raza humana, de los árboles y aves, no ve tanto la mala intención, sino solamente un accidente, que se puede arreglar mediante compasión, y se hace una ética con la recomendación de ser bueno con todos. El lema cambia: en vez de promover cambios estructurales, vamos a ayudar a los pobres (campesinos, árboles y aves). Así pasó un poco en el medio del Mercado Justo: ¡Vamos a ayudar a los pobres! La política se hace en formas éticas, pero el quehacer político va mucho más allá de la ética, y no puede estar enraizado en la abstracción del “ser humano”, sino en el espacio entre los hombres concretos, diversos, plurales. La política abarca otro terreno que no es el de una concepción del hombre según una filosofía antropológica.

Como consecuencia de una sobredosis de polémica entre “realistas” y “fundamentalistas”, en el debate sobre el medio ambiente se constata ahora una despolitización por la compasión. La “compasión sin fronteras” niega tomar partido. Es como el trabajo del médico: sana y quiere sanar primordialmente al enfermo, pero, si no tiene como prioridad eliminar las causas de la existencia de las enfermedades, va a quedar sin trabajo y sin ingresos. La compasión humanitaria y del medio ambiente tiene la tendencia a reducir y acaparar todo para una ética: la de actuar correctamente. Pero la necesidad de crear una economía de casa que pueda estar en consonancia con la economía en general, y al revés (lo singular y lo plural), es un asunto político que tiene como tarea hacer de este mundo (social, ambiental, cultural, etcétera) un hábitat humano

para la pluralidad de hombres. La compasión y la misericordia solamente crean el camino de cinismo, flojera y sentimientos en la política. En vez de ideología tenemos misericordia y compasión. Regresaré sobre este punto.

3. El comercio justo es una producción sostenible desde un punto de vista ecológico. Este tercer componente se refiere a la incorporación de los gastos medioambientales de la producción. También aquí el enfoque del comercio justo introduce una corrección fundamental en las prácticas corrientes de la economía de mercado.

En el precio del producto se expresan los costos de una producción respetuosa con el medio ambiente. La competitividad no se logra a expensas del medio ambiente.

Cuatro elementos son relevantes para los aspectos agrícolas del comercio justo: los costos para proteger la biodiversidad; evitar la contaminación del agua y la erosión; controlar, disminuir y descartar el uso de pesticidas y abono artificial; disminuir, reciclar o convertir en composta los desechos orgánicos.

4. Un cuarto elemento del Mercado Justo es la relación, lo más directa posible, del productor con el consumidor.

Los dos pilares principales del comercio son los productores y los consumidores, que intercambian bienes de mutuo uso y necesidad. Es por eso que los productores han propuesto estructuras del Comercio Justo donde estos dos segmentos (productores y

consumidores) sean los protagonistas de este mercado. La democracia hace falta en el mercado normal. Las leyes neoliberales impiden una participación activa, regulativa y de control, de productores y de consumidores en el mercado. Los elementos básicos de la democracia en el Mercado Justo no sólo son importantes, sino también correctivos en el mercado mundial. Ni el Banco Mundial, ni el Fondo Monetario Internacional, ni tampoco la Organización Mundial de Comercio son plataformas democráticas reales. Los filtros son tan fuertes que solamente los intereses de los del poder cuentan.

Además, esta relación democrática entre productores del Sur y consumidores del Norte, crea otra sinergia en la percepción del quehacer comercial.

El Comercio Justo no es una solución para todos los problemas de todos

El Comercio justo no es una panacea que resuelve todos los problemas de los pequeños productores, pero es una parte integral de su mantenimiento. Hay urgencia de desarrollar mecanismos para dotar de poder real a los trabajadores de las fincas, que tienen que vender su fuerza de trabajo para el sostén de su familia. Por no ser productores de bienes bajo su mando, son un sector diferente que urge articular en otros gremios. OIT tiene una amplia gama de tareas encaminadas a ello.

El Mercado Diferente es también mercado, y tiene que seguir elementos clave de la posibilidad de mercadeo. Eficiencia y calidad, posibilidad financiera y uso de medios técnicos adecuados, así como una política económica a largo plazo, significan un modo de producción ecológicamente sana.

El mercado se sitúa en un marco que permite fijar el precio del trabajo. Esto significa, en primer lugar, que se reconoce el derecho a la autoorganización del trabajo. Los campesinos se organizan en cooperativas, y los obreros en sindicatos. La resistencia que provoca hasta el presente en grandes partes del mundo la lucha social por el derecho a la organización, enfatiza la importancia de dicho derecho. Las condiciones de trabajo reales deben ser estipuladas a través de negociaciones con las organizaciones sindicales, a veces en situaciones de conflicto. Los costos del convenio colectivo del trabajo forman parte del precio de costo del producto.

En resumen: el Mercado Diferente es una práctica comercial basada en la eficiencia económica y en la sustentabilidad social y ecológica. El precio integral es el instrumento que se requiere para la realización de estas normas. En este enfoque, el Mercado Diferente se conforma a su manera a las leyes económicas generales, aunque el sistema del mercadeo dominante en la mayoría de los casos se limite a la eficiencia económica y sólo profese un servicio de lengua a la sustentabilidad social y ecológica.

Con esto también queda expresado lo que el Mercado Diferente **no** significa. A continuación se expone una lista de malentendidos:

El comercio justo no es *ayuda al desarrollo*, ni siquiera en su mejor forma posible.

El comercio justo no *perturba* los mecanismos normales del mercado. No ofrece condiciones comerciales artificiales, sino justas.

El comercio justo no tiene nada que ver con el *ideólogo con la libreta de una ética* que reemplaza al comerciante.

El comercio justo no es una *capitulación* ante la ideología de mercado. Crea correcciones fundamentales a esta ideología neoliberal.

El comercio justo no es el mantenimiento en el mercado de una producción ineficaz por ofrecer un *mercado protegido*.

El comercio justo no se limita a *productores desfavorecidos* cuya posición marginada justifica una *protección de precios*. Los iniciadores de este Mercado Diferente son los productores que ahora están en una situación desfavorecida y desde este punto de vista ofrecen este mercado a todos.

Desde un punto de vista conceptual, el comercio diferente no representa un *nicho en el mercado*. Este comercio empieza como corrección para poco a poco crear condiciones nuevas en todo el mercado.

El comercio diferente se anticipa a una economía sostenible. Una economía no sólo eficaz, sino también sostenible desde un punto de vista social y ecológico. Los aspectos sociales y ecológicos de la producción son definidos y enfocados en su dimensión económica. Las medidas de precaución han llegado a ser fundamentales para la supervivencia del hombre y del medio ambiente, y, con ello, también de la economía. La conversión hacia una economía sostenible es urgente, y nuestro objetivo debe extenderse a toda la economía mundial. La integración de los costos sociales y económicos ya no admite dilación. Sólo hay dos opciones: una economía sostenible o ninguna economía viable.

El comercio justo aprovecha la libertad de elección del consumidor para adelantarse a la integración del componente social y ecológico en la política económica mundial. El consumidor ya puede elegir productos cuyos precios expresan la verdad acerca del precio de costo real. Y a la vez demuestra al consumidor la carga de explotación social y ecológica del mercado dominante. De esa manera se llega a formar un mercado parcial cuya estructura se adelanta al mercado regular. El movimiento del comercio diferente debe buscar deliberadamente la confrontación con el mercado dominante. Nuestro objetivo de una producción sostenible no se limita a una pequeña parte del mercado. Aspiramos a que Sarah Lee, Chiquita, Levi's y Nike vayan produciendo y comercializando poco a poco de una manera sostenible, con las condiciones claras de una producción económicamente eficiente y democrática, socialmente justa y ecológicamente sostenible.

Es un mercado diferente. En estas reflexiones quiero ahondar en la necesidad, urgencia y posibilidad de este Mercado Diferente, y en lo que son sus reglas y su funcionamiento desde la perspectiva del pequeño productor que lo ha iniciado. Quiero entablar una discusión más a fondo sobre los porqués del pequeño productor, qué es el Mercado Diferente, qué no es este mercado dentro del sistema neoliberal, en qué medida puede o no colaborar tácticamente con empresas que se dejan regir por las leyes del neoliberalismo, donde la ley principal es la ganancia a cualquier costo, para poder dar una respuesta favorable a los accionistas que solamente prestan su dinero cuando la ganancia crece. Tenemos que analizar en qué medida el Mercado Diferente es factible dentro del mercado dominante sin que resulte una contaminación de intereses antagónicos, siempre en detrimento del pequeño productor. Significa que tenemos que hacer un análisis del

sistema neoliberal: en qué medida afecta a los productores en el campo mexicano, latinoamericano, africano, asiático.

Con mucha devoción, en UCIRI rezamos esta oración:

Sólo el maíz que compartimos nos alimenta.

Sólo el agua que juntos bebemos nos quita la sed.

Sólo la lucha que hacemos juntos trae libertad.

Sólo los vestidos que compartimos nos lucen bien.

Sólo las palabras que usamos juntos, entendemos.

Sólo por el camino que hacemos juntos, podemos ir.

Sólo la solidaridad nos hace paisanos.

Sólo la meta que ponemos juntos, podemos alcanzar.

Sólo la paz que hacemos se hace mundial.

Sólo en el Dios de este maíz y de esta paz, creemos,

porque Él vive entre nosotros.

Capítulo 2

Caminar con los campesinos

Una autobiografía empieza con
un sentido de estar solo.
Es una forma del huérfano.

JOHN BERGER

¿Por qué estoy contento trabajando en el campo? Respuesta simple: es un privilegio trabajar con campesinos que luchan para sobrevivir dignamente. Es un privilegio andar con los excluidos de hoy, creando el mundo de mañana. Es privilegio, es gratitud, es cariño y felicidad global, que llenan cada día con alegría, fuerza y, sobre todo, esperanza: sí se pueden cambiar las reglas injustas que rigen el mundo de hoy, y cambiarlas en arreglos buenos para todos y todas. Esto está pasando en las trincheras de los pequeños productores del campo indígena, quienes no solamente llenan la vida de esperanza, sino que hacen gente que actúa y piensa positivamente. Son “nichos” que casi nadie detecta y que menos se toman en cuenta. Descubrí que los del “no poder” tienen imaginación y retoman el derecho a soñar. Por lo menos nadie puede robar este derecho. Soñar con hacer nuevos caminos, tomar la responsabilidad en sus propias manos, decir que hay malos gobiernos y demostrar que se puede gobernar democráticamente, sin fraude, sin dedazos, sin corrupción, siguen siendo sueños viables.

Nací en Holanda, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, en el campo, en una familia numerosa. Como familia, nosotros decíamos de vez en cuando en broma: “todos nacimos bajo el olor de las vacas”. Mi papá fue ranchero. Tenía siempre vacas de ordeña. Además fue un migrante. Se mudó desde el norte de Holanda, Frisia, al sur del país, en

Brabante. Esta migración no la hizo por lujo, sino por necesidad. Para poder ser campesino ranchero tenía que mudarse en busca de terrenos nuevos. Sin maquinaria, sólo con mano de obra teníamos que mantener el rancho de unas treinta vacas lecheras holstein-frisonas. Para la familia no fue tanto una migración, sino una emigración: de una tierra fértil de los frisones que hablan hasta hoy su propia lengua, hacia una zona de tierras arenosas, donde la gente hablaba un dialecto que no entendíamos, y ellos no nos entendieron. Pero fue necesario hacer este cambio. La renta sobre el terreno en Frisia aumentó tanto, que no fue posible mantenerse. Además, el dueño del terreno era un cristiano muy estricto de la Iglesia Reformada, y mi papá era católico: “¡Cómo puede ser que un católico maneje mi terreno!”. Así, nacimos con los genes de una raza de supervivientes. Cada fin de año, mi papá hacía en la familia la cuenta de los resultados, y su conclusión era siempre: “¡sobrevivimos!”, a pesar de que dos o tres vacas lecheras buenas murieran y a pesar de las amenazas de Hacienda para pagar los impuestos sobre los ingresos brutos. El señor del correo que nos llevaba las pocas cartas que nos enviaban, fue mal recibido cuando vino con un sobre azul, procedente de la administración de Hacienda. Con préstamos del Banco Cooperativo se podían solucionar estos pagos, o vender, con lágrimas en los ojos, algunas vacas buenas. Los ingresos netos nunca fueron suficientes para pagar de inmediato.

De chicos aprendimos a ordeñar las vacas y a cuidarlas en el establo en el invierno, o en las praderas en el verano. Bajo lluvias fuertes y aires fríos teníamos que ordeñar temprano, para después ir aprisa a la escuela, de donde regresábamos en las tardes para ir otra vez a ordeñar. De esto vivimos. Este trabajo nunca lo consideramos como una labor impropia de menores de edad, y menos explotación de menores. Fue una

necesidad participar en la “empresa de la supervivencia”, y cada uno tenía la obligación de colaborar. Nosotros nunca entendimos la discusión sobre este asunto. Trabajar un par de horas desde los cinco o seis años, fue algo tan normal, que nos enojábamos cada vez que los maestros de la escuela primaria se opusieron a este trabajo, sobre todo cuando descubrieron que el sueño y el cansancio nos ganaban durante las clases. Sin el trabajo de los menores de la familia no era posible mantenerse como campesino. La lucha de los campesinos era la de todos los integrantes de la familia.

Cuando tenía unos doce años, mis papás me dieron permiso para estudiar en un internado, en una escuela de educación media superior. Había un costo, pero también significaba uno menos que alimentar. No implicaba una liberación de los trabajos en el rancho, ya que en las vacaciones lo primero que siempre tenía que hacer era cambiar la ropa escolar por la de trabajo, que era lavada al final de las vacaciones para estar lista antes de las próximas. La gran mayoría de los alumnos de este internado eran jóvenes de familias de empresarios, artesanos, pequeños negociantes. Junto con colegas y amigos provenientes del campo, formamos, sin querer, una “casta” aparte. Las buenas calificaciones que obteníamos al final del año, causaban no solamente risa y envidia por parte de los alumnos de la clase media, sino también acusaciones de que los “del campo” manejábamos a los maestros con queso y leche.

Después del internado opté para entrar en un monasterio de religiosos que sobre todo trabajaban en las áreas de los desafortunados y jodidos: en los cinturones de miseria alrededor de las grandes ciudades de Holanda. Estoy hablando de los años cincuentas, cuando se estaba reconstruyendo el país después de las grandes destrucciones de la Segunda Guerra Mundial. Además de este carácter social, me atraía el rancho que había

al lado del monasterio. El trabajo en este rancho me ayudó a sobrevivir a la disciplina rígida de oraciones y austeridad. Aprendí que se puede combinar lo agradable con lo desagradable para aguantar la vida. Estaba contento a pesar de las reglas de vez en cuando inconcebibles y sin razones ni motivaciones muy claras. En el tercer año me dieron permiso para hacer estudios en la universidad. Allá se me abrieron más los ojos. Esto fue en los tiempos anteriores a los grandes movimientos del mundo estudiantil de los años sesentas, que culminaron con la ocupación de nuestra universidad (Nimega) en marzo de 1968. Fui parte del movimiento, y en 1967 me nombraron presidente de la Unión Estudiantil. Las discusiones sobre caminos nuevos necesarios para el sistema de educación superior; el grito por una democracia dentro de este sistema y la exigencia de un mayor compromiso con la sociedad en general; el repudio de la participación oculta de la universidad en investigaciones sobre los efectos de la bomba napalm que fue producida en una compañía de Holanda y vendida al ejército estadounidense en plena guerra de Vietnam; las marchas contra el gobierno de Estados Unidos (“Johnson asesino”, “Muera el capitalismo con sus guerras”, etcétera) en la capital del gobierno holandés, La Haya, con la represión por parte de la policía; todo esto nos enseñó a hacernos ciudadanos responsables. Perdimos el miedo a la autoridad. Analizamos cómo la autoridad llegó a ésta. Por supuesto, estábamos en la línea de la doctrina del “estructuralismo genético”, con un “análisis dialéctico”, y usábamos toda la jerga de moda y de las corrientes de ideas de aquel entonces. Fuimos campeones y expertos en el “pensamiento único”, quizás necesario en este periodo. Solamente después, algunos de nosotros hicimos una autocrítica, a fondo y constructiva, de este “pecado mortal” del pensamiento único. Aprendimos, y sobre todo logramos, plantear problemas sociales en formas nuevas, con

planteamientos utópicos de sueños que se tenían que realizar, sin saber el cómo. Usamos términos de contradicciones primarias y secundarias; nos interesaba la teoría de “perder la batalla para ganar la guerra”, del líder del Vietcong. Logramos hacer alianzas entre trotskistas, maoístas y viejos marxistas. De todos modos no entendíamos a fondo las diferencias a nivel pragmático. Fuimos a Praga para saborear su “primavera”, y en conjunto analizamos el abuso de fuerza y poder de los rusos en el “verano negro” (1968). Ese mismo año, después de mi ordenación como sacerdote, pasamos por un periodo de desencanto: todos los sueños se volvieron pesadillas. Calculamos mal, no calculamos lo nefasto del poder. Fuimos demasiado inocentes e ignorantes en los asuntos del poder. Pensábamos que la simple defensa de los derechos humanos, la justicia y la democracia, tenía más razón que los abusos de estos derechos. Ya no teníamos, como movimiento, ganas de seguir la batalla. Perdimos la guerra contra el poder que habíamos subestimado tremendamente. Además, no habíamos logrado hacer una autocrítica suficiente de nuestras luchas, desligadas de las grandes preocupaciones de las mayorías: “¡ganar la papa lo mejor que se pueda!”. Subestimamos que el efecto del simulacro del modelo económico de la posguerra ya había echado raíces hasta en los sectores obreros.

En ese mismo año (1968) terminé mis estudios en esta universidad. Tomé cursos de especialización en varias universidades de Alemania (Heidelberg, Münster y Berlín). Me dieron un doctorado en Economía Política y Teología.

Mediante un “retiro” temporal en una universidad de Canadá (Ottawa) como profesor, logré poner mis ideas un poco en orden, y la conclusión obvia fue: en caso de que quieras hacer algo válido, constructivo y alegre, hay que ir con la gente de la base social, los jodidos que reciben todos los golpes bajos: los excluidos, explotados, los

desafortunados del campo. Di los cursos en un semestre, y después me trasladé a Chile. Allí aprendí que en diálogo con la gente pobre se puede aprender mucho. Paulo Freire, que estaba de refugiado político en Santiago de Chile, me enseñó la profundidad del diálogo, la educación que hace conciencia crítica, liberadora. En un pequeño cuarto atrás de una librería, en Santiago, platicamos horas y horas. Pero en estas sesiones también había silencios largos que me desacomodaron. Recuerdo que un día me invitó, después de una de estas sesiones, a sentarnos en una banqueta de una de las calles de la zona rica de la colonia Vitacura. En silencio, solamente miramos a la gente, imaginando de dónde venía y a dónde iba, por qué se movía, por qué con prisa o por qué tan lentamente, por qué no saludaba y por qué nos miraba como animales extraterrestres, etcétera. Pero todo en silencio. Tenía la sensación de que el silencio tiene un sentido profundo en nuestro mundo, donde solamente el ruido del radio, los discursos, las pláticas, vale la pena. Muchos años después, en el pueblo donde yo vivo ahora, he saboreado la riqueza del silencio. En la tarde, sentado sobre un tronco de madera, junto a los campesinos, diciendo poco, a veces nada. Hasta que uno de los campesinos, después de un par de horas, se levanta diciendo: “¡Fue muy agradable!”, aunque no hayamos dicho casi nada. Y cada uno se va a su casa a dormir.

De Paulo aprendí mucho, pero sobre todo logré disfrutar de tener un interés serio en el otro como parte mía. Cada encuentro, aun anónimo, te “afecta”, te hace y te deshace. Me puse a saborear los nuevos conceptos de la Teología de la Liberación, y descubrí rápidamente la doble vertiente de la libertad: ser libre “de” y ser libre “para”. Para entonces, las premisas y planteamientos del (neo) liberalismo (libre “de”, sobre todo) ya estaban fomentándose por todos lados. El golpe bajo de los militares contra el

experimento de la sociedad chilena con un socialismo en libertad, nos enseñó que la libertad para derrotar las fuerzas de opresión y explotación solamente se puede desarrollar con este sector social que sufre la falta de libertad para hacer su vida con dignidad. Decidí trabajar como sacerdote obrero, ganando lo necesario para mantenerme sin depender de la Iglesia. Sobre todo quería sentir y experimentar en mis propios huesos lo duro de usar las manos para trabajar, y ganar muy poco. Vender su fuerza de trabajo con un mínimo de remuneración, es la vida de las masas, y ésta es dura, humillante, y hace pensar. Significó también una crítica contra la Iglesia, que predica la pobreza y vive lo contrario; dice estar al lado de los pobres, pero apoya golpes militares. No estoy en contra de la Iglesia católica, pero prefiero la Iglesia como movimiento desde abajo: un pueblo siempre buscando nuevos horizontes. No creo en una Iglesia que pretende tener la verdad en su caja santa, sus dogmas con poco fundamento en los libros sagrados. La verdad no existe. Conocemos, “como en un espejo”, la luz que entra en la cueva de Platón. Para el ser humano, sea individual, sea colectivo, existen partes y parches de las verdades. Son verdades científicas, existenciales, artísticas, político económicas, imaginadas... Existen varios tipos de verdades que siempre estamos heredando, descubriendo, buscando. Hasta la verdad de que Dios existe no es verdad en el orden humano. Dios no existe como pensamos que existe. Él es tan grande, que ni siquiera tiene que existir. Una Iglesia que predica y promulga “la verdad”, no es de este mundo. Conocemos la verdad en partes, siempre distorsionada. Las imágenes que tenemos de Dios son un reflejo de una realidad básica, no imaginable. Por eso los campesinos tienen sus imágenes de Dios, de sus santos, como reflejo de esta realidad no imaginable. Saben muy bien que lo divino que sopla vida en la naturaleza y en el ánimo, no se puede captar

como real en imágenes. El soplo del viento pasa, no lo vemos y se va, pero hubo aire de ánimo, de esperanza, de algo nuevo. Dios pasa frente a la cueva de la vida y vemos solamente su sombra, distorsionada. La imagen como reflejo de la realidad, es un signo bueno: es la representación con carácter sacramental, signo que refleja y se refiere a algo más. Esto no implica que se llegue a un agnosticismo o relativismo brutal. Es más bien una actitud que nos alerta frente a cualquier absolutismo y nos hace ver la gran variedad de verdades como pedacitos que poco a poco hacen un rompecabezas en áreas discernibles. Tener siempre la sospecha al plantear algo como absoluto (ver así, por ejemplo, la frase de arriba: “La verdad no existe”. Por lo menos parto de este supuesto), lleva a saber descubrir constantemente nuevos horizontes, desafíos y caminos.

La Iglesia como pueblo de Dios es más bien una comunidad siempre en movimiento, que solamente se puede construir desde la perspectiva de los pobres y con ellos. Jesús mismo me enseñó este camino. Él no fue sociólogo ni político, ni siquiera teólogo ni revoltoso. Tenía una visión fenomenal: el reino de Dios es de los pobres y, por ende, hay un Dios de los Pobres, que son el espejo de lo divino. Por eso es un privilegio divino trabajar con ellos, y exige también respeto.

Después del golpe militar me refugié en México. Siempre he estado muy agradecido por la hospitalidad y el cariño de la gente que me recibió, me consoló y me dio de nuevo ánimo para seguir el camino. Los refugiados del Cono Sur en México, me pidieron ayudar en la coordinación de la Casa de Chile y en otras actividades sociales de todos estos desenraizados. No siempre fue fácil: hubo luchas políticas que se dieron en el aire; lo más débil del ser humano aparece en el destierro. Encontré trabajo. Primero en una fábrica automotriz (Spicer, que hacía ejes traseros para la compañía Ford), y después

en el Centro de Estudios Ecuménicos, donde formamos equipos para investigación, trabajo en el campo y los barrios populares; hicimos festivales populares; editamos *Le Monde Diplomatique* en español, etcétera. Pero también fue el tiempo de la “guerra sucia” en México.

Los sábados y domingos trabajaba en dos barrios pobres de la ciudad de México: Carmen Serdán y Emiliano Zapata, por el rumbo de Tlalpan. Estos fines de semana eran para mí un deleite, un descanso, trabajando en los tequios para tener lugares de reunión, cursos y celebraciones. Pero la represión me empujó hacia el campo. En 1980 me trasladé al Istmo de Tehuantepec, y en un pueblito pobre de campesinos zapotecas conseguí una casita de adobe, la arreglé un poco y hasta ahora vivo en esta casa, “la más bonita del mundo entero”, donde disfruto de la compañía de los campesinos. Conseguí un terreno para sembrar maíz y cacahuate. En un tiempo tuve un potrero para las vacas que ordeñaba en la mañana y que dejaba con sus crías en el campo, y en la tarde las recogía de nuevo para ponerlas en el establo de mi casa. Por el calor duermo siempre afuera, bajo las estrellas, escuchando de vez en cuando las quejas y pesadillas de las vacas.

El obispo local, don Arturo, comprometido con los campesinos y pobres de la zona, me invitó para trabajar en una zona donde creía que existían problemas de miseria muy aguda. Era una zona cafetalera de pequeños productores comuneros del sector indígena zapoteca, chontal y mixe. Nada sabía de café. Esto me ayudó bastante, pues tenía que preguntar al campesino, que con justicia se volvió maestro de un “güero”. Rápidamente me quedó claro que no había un centavo de ingreso. Al contrario: la producción y el trabajo no les daba para alcanzar lo mínimo para el sostén familiar.

Allá en la sierra me enseñaron de nuevo la validez de un dicho campesino: “La tierra ilustra, deja en claro quién puede hacer algo y quién no sirve para nada”. En 1981 organizamos un encuentro de unos 150 campesinos y campesinas en el templo más antiguo de la zona, el de Guevea de Humboldt. Hicimos en conjunto un “análisis” de la situación en el campo cafetalero de la zona. Dibujamos apuntes detrás de pósteres de fotos famosos de obras de un pintor holandés (Vincent van Gogh). Era consciente de que el pintor estaba de acuerdo en usar el reverso de sus pinturas para “pintar” la realidad del campo. Escuchamos muchas quejas sobre la explotación de los “coyotes”; de la mala atención y corrupción de los empleados del banco rural; sobre la falta de caminos, pues no había transporte, nada de luz y menos teléfono; de la mala y poca atención de los maestros en las escuelas rurales; de la ausencia total de médicos o clínicas de salud, etcétera. También fue recalcado el maltrato a los campesinos cuando éstos tienen que ir a la ciudad para hacer las compras necesarias, viajando en las redilas antiguas, sobre los costales de café, o entre animales del campo y trozos de madera vilmente robada de la zona. Una vez llegados a la ciudad, los comerciantes y habitantes en general los ven con malos ojos, sospechando de ellos y con una mirada que casi dice: “¿Qué haces aquí? Quédate en la montaña porque hueles feo”.

Esta reunión fue de mucha importancia. Por primera vez un grupo de campesinos podía, en conjunto, analizar y aclarar su situación como algo que el mismo Dios no les dejó como destino, sino como algo que otros les imponían: coyotes, intermediarios, burócratas del banco y del gobierno, representantes conocidos de un sistema que los excluía de la sociedad amplia, que los oprimía por ser indígenas, que los explotaba por ser productores de un artículo en aquel entonces muy codiciado en los mercados

internacionales. La respuesta fue: solamente nosotros mismos podemos cambiar esta situación mediante una organización para hacer un frente común, quitar el miedo y proponer algo nuevo. En la lluvia de ideas surgieron las consignas con las que ellos querían luchar: “El pan se conquista mediante trabajo, lucha por precios justos remunerativos” y “La libertad se tiene que exigir, luchar para conquistarla y con dignidad defenderla”. Finalmente tomaron como lema de lucha: “Unidos venceremos”.

Los primeros propósitos fueron: comercializar el café por nosotros mismos y suspender los pagos al banco hasta que éste hiciera una investigación exhaustiva de dónde quedó el dinero que los campesinos pagaron a los técnicos del banco, y que nunca fue registrado en su cuenta. Sobre todo la segunda decisión fue tomada con miedo: “¿qué va a hacer el gobierno? ¿Van a mandar al ejército para exigir que pagemos?”

Muy pronto, tres comunidades se establecieron como organización, con una declaración casi tomada de la de independencia de Hô Chi Minh, en 1945, en Hanoi, cuyo lema era: “Por designio y frente al Creador, todos los seres humanos son iguales y tienen derecho al pan de cada día y deben vivir en libertad, para así buscar y disfrutar la felicidad”.

Con esta esperanza, UCIRI empezó. Todos fuimos muy conscientes de los miles de problemas que iba a haber en el camino: represión, ataques de los intermediarios, un futuro incierto. Ya en los años noventas nos llegaron las “bendiciones” de la nueva política económica de México, porque el gobierno ya se había casado con el mito y la ideología del neoliberalismo, creyendo que esto iba a rescatar al país del “subdesarrollo”.

Un lema fuerte en UCIRI es: “La felicidad no se compra ni tampoco está en venta. La felicidad la hacemos juntos”. Por eso no entendemos cómo el sistema de mercado se

pierde en juntar riquezas (de una u otra manera siempre a costa de otros), ni cómo los que tienen la rienda de este sistema, políticos, empresarios, banqueros del más alto (o mejor dicho: del más bajo) nivel, hasta todos los que, como chalanes, se aprovechan de este sistema, no tienen vergüenza y ni siquiera pueden sacar provecho de la vida real. Son ricos en la bolsa, pero pobres de alma y cabeza. Me hago también las preguntas desde “abajo” que Vivianne Forrester, en su trabajo escrito con furia (*El horror económico*), se plantea, y que parafraseo: “¿Es ‘útil’ una vida que no les da ganancias a las ganancias?” y “¿es necesario ‘merecer’ la vida para tener el derecho de vivir?”. En un mundo de títulos (general, mánager, licenciado, ingeniero, senador, gobernador, gerente, etcétera) es difícil ser campesino. No tienes un título que valga la pena en el mercado. Eres más bien nada. No aportas ganancias sobre ganancias. Tienes que comprobar que lo que haces es algo “útil” para el mercado y la acumulación del capital. Es lo que un funcionario se atrevía a decir en plena asamblea de organizaciones: “¿Por qué piden? ¿Siquiera han aportado algo?”. Los campesinos, los pequeños productores son superfluos. El ministro de la Agricultura en México tranquilamente puede decir: “Hay veinte millones de productores de más en el campo. ¡Que se salgan del campo y busquen trabajo en otros lugares!”. Ni siquiera sabe que no hay trabajo, que solamente hay desempleo. Ser excluido es ser nada: eres como una ficha que se puede llenar y mandar. Apareces en los censos y perteneces al sector de Muy Alta Marginalidad, MAM. Los superfluos solamente les interesan a estos inútiles como posibles “elementos” para el mercado del trabajo y como posibles consumidores. Es el interés real. Solamente consumidores, y muchos consumidores, sirven para aumentar la ganancia.

Pero el campesino no solamente es útil: produce lo que hasta el más rico de este mundo consume, mantiene la belleza del campo y su biodiversidad. Es por eso que tenemos que temer tanto a las empresas agrícolas que solamente piensan en sacar hoy de la tierra la última gota de fertilidad, sin preocuparse de un futuro, sin preocuparse de la fragilidad de la vida y la vitalidad de nuestra tierra. Es por eso que UCIRI, en 1985, en una asamblea general de socios tomó la decisión de cambiar la producción de café en forma tradicional (¡Como Dios manda!), en una producción orgánica. Buscamos contactos con gente que nos podría enseñar las técnicas básicas de esta producción. La encontramos en la finca Irlanda, de la familia Peters, que ya desde hacía tiempo tenía prácticas orgánicas en sus cafetales. En el siguiente año fuimos inspeccionados y certificados como orgánicos por un representante de la certificadora Naturland (Alemania). Así, dimos una respuesta constructiva a la política gubernamental y de los técnicos de la revolución verde, y conservamos nuestras tierras, bosques y ríos. En un principio nos acusaron de ser tontos. Pero en los años noventas muchas organizaciones siguieron este camino. Ahora, el gobierno por fin nos toma en cuenta y hasta hay apoyos. Pero tuvimos que luchar casi diez años para convencerlo.

La razón de la ganancia sobre ganancia, se proclama como una racionalidad científica, como el racionalismo de modelos matemáticos que inspiran la política del FMI y el Banco Mundial, como la racionalidad de las compañías de la ley, sus abogados, sus contadores, que imponen en el mundo entero sus teorías de “acción racional”. Esta racionalidad es a la vez expresión y justificación de la arrogancia y ceguera del Occidente. Esta racionalidad lleva a la gente a pensar que su razón tiene el monopolio. Con esta racionalidad monopolista se puede ser policía del mundo. Implica presentarse

como el poseedor del monopolio de la violencia legítima, capaz de imponer la fuerza de las armas al servicio de la justicia universal. El terrorismo y la violencia causados por la humillación constante y la irracionalidad de la desesperación, que, en la mayoría de los casos, está en la raíz del terrorismo y la violencia, se refieren de nuevo a la violencia de la prepotencia del poder que se esconde detrás de la racionalidad. Así, la irracionalidad del terrorismo y la violencia va a la par de la irracionalidad y la violencia del poder y su arrogancia, y de la constante humillación de las mayorías de la población del mundo.

La irracionalidad del sistema dominante se propaga globalmente: se vende lo irreal como real, se proponen fantasmas como si fuesen seres reales, se hace un simulacro de la realidad de tal forma que ya no se sabe de qué se está hablando: de la realidad virtual o de la realidad real. Sospecho que estamos viviendo en un mundo donde los valores universales, como son los derechos humanos, la justicia, el derecho de vivir dignamente, con libertad y para la libertad, se están poniendo en un saco de olvido. Por otro lado, nos proponen un mundo de lo abstracto: el mapa del mundo antecede al globo, el territorio de seres humanos y vivientes; la imagen del poder se sobrepone a la democracia; el adversario o el que sufre se hace terrorista y se puede aniquilar por el hecho de que el Bien se vuelve abstracto y el Mal se hace concreto. Existen libros gruesos del Banco Mundial sobre la situación del mundo, estudios del INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) de México que ponen en relieve, en gráficas y cifras, la realidad social, económica y cultural del país, y del estado de Oaxaca. Hay estudios que ponen la pobreza de México, de Oaxaca, del Istmo de Tehuantepec, en un solo libro que se puede bajar de Internet y tener toda la información muy actualizada. Tenemos mapas, fotos satelitales, las últimas de la NASA, con la ubicación de todos los

pueblitos de la sierra, las casas ubicadas claramente. Todo parece muy bien ordenado, en color, con los árboles verdes, las brechas de gris y amarillo según el suelo, las milpas, los bosques y selvas, los pastizales donde casi se pueden distinguir las vacas que, estáticas, tranquilamente están pastando, como en una pintura de Van Gogh. Los mapas son tan realistas, que hacen el simulacro de la realidad. Se ve todo “como es”. Son modelos de simulación. Pero estos mapas y libros, gráficas y cifras siguen siendo un simulacro de lo real, que se trata de imponer como la realidad. Aquí está el gran peligro. La globalización (mercado, dinero, ganancias sobre ganancias, “progreso” formulado y calculado en cifras, gráficas y mapas) simula que propaga los valores universales, pero los trata como fichas que se negocian. La simulación de la realidad de “rescatar” la libertad y la democracia se hace mediante más poder y más humillación, lo que solamente crea odio. La supuesta universalización se desvanece debido a la globalización. La globalización de los intercambios pone fin a la universalización de los valores. Esto marca el triunfo del planteamiento y del pensamiento único por encima del pensamiento universal. La singularidad de un campesino que trabaja y suda en el campo se disimula en los mapas y gráficas. Las culturas particulares existen solamente en los libros. La vida en el campo, los quehaceres del campesino, sus preocupaciones por la supervivencia, se desconocen en los mapas y los libros con títulos como: *La pobreza en el campo mexicano en cifras*. Pero al mismo tiempo hacen el simulacro de que sí conocen el campo. Los gobernantes, burócratas y agentes de desarrollo creen esta simulación y no les afecta en lo más mínimo. Por eso tienen el derecho y la “responsabilidad” de hacer programas para el desarrollo desde los sillones de sus oficinas en México, D. F. Tienen todos los libros, mapas y gráficas. Prefieren usar los mapas abstractos en vez de sumergirse en la realidad

concreta, que para muchos no es más que una danza de los indios en la Guelaguetza. Mapas y gráficas han suprimido la diferenciación entre lo abstracto y la realidad del campo y del campesino con nombre y apellido. Con la simulación de la realidad (virtual) de la exclusión y pobreza, se simula que sí se conoce lo que de hecho no se conoce o solamente se sabe de forma abstracta. El presidente habla sobre la pobreza en México como una amenaza para el futuro del país. Aparentemente ha visto los mapas y las gráficas. No conoce la pobreza real, pero sí hace la guerra a la pobreza (abstracta), declarando desde su sillón que ella es una amenaza. Por supuesto, hay un paso entre ver la pobreza como amenaza y ver a los pobres como amenaza. Todos los bienhechores cultivan sus simulaciones y, así, olímpicamente pueden negar la existencia de la realidad de la pobreza, exclusión y hasta miseria, tanto en el campo como en la ciudad. Los bailes folclóricos de las diferentes razas indígenas de Oaxaca, ejecutados frente a las cámaras de la televisión, se usan como simulacro de la realidad indígena, y simulan que el problema de los “indios” no existe. El presidente declara la guerra a la pobreza como un Don Quijote luchando contra los molinos. Las gráficas y las cifras constituyen el fin de la preocupación. La guerra se declara, nadie hace un tiro y el problema está resuelto: no hay pobreza. Sin embargo, cien mil campesinos se juntan en el Zócalo de la ciudad de México, gritando que ya no aguantan más. La respuesta del gobierno es un acuerdo para el campo, sabiendo que es un simulacro, y todo está resuelto para los que creen en él. Pero nada está resuelto en la realidad concreta. Son dos mundos que se apartan cada día más: uno que simula y el otro que grita. Esto es posible cuando se cree en el simulacro como lo real que se impone sobre la realidad concreta, social, cultural y económica. Los creadores del simulacro y los que creen en él, tienen dos enemigos: la muerte y el

infierno. Todos los que luchan para crear la vida y un espacio digno, concreto, para sobrevivir, contradicen todos los simulacros y simulaciones. Pero el odio basado en experiencias dolorosas de humillación, también se puede convertir en violencia contra el simulacro. Los aviones que se estrellaron contra las Torres Gemelas no fueron un simulacro.

Creo que en esta alianza de los del infierno, el poderío de las arrogancias tiene más culpas que la de las víctimas. La hipocresía del razonamiento oculta el abuso de poder y el uso de la violencia en su intento de justificar “guerras de liberación”. Cuando luchemos contra estos poderes del irracionalismo y sus defensores, que ocultan sus abusos de poder con la apariencia de razón, o que usan las armas de la razón para consolidar y justificar un imperio muy arbitrario, será de suma importancia defender la razón sana, cargada de cariño y *pathos*. Y esto se puede hacer en múltiples formas de no violencia. La razón sana mide con medidas sanas.

Otra vez: el Mercado Diferente

La globalización no solamente trata de acaparar el mercado, sino que “vende” una idea: el mercado es asunto de los que saben. Lo que saben son los simulacros de la bolsa de Nueva York y sus homólogos, para el mundo. Nuestra pregunta en 1983 fue: ¿cómo hacer de este mercado, que trata de globalizar un valor humano, un mercado con transparencia, democracia e igualdad? Hacer del mercadeo un ejercicio singular que englobe un valor universal: la supervivencia digna de todos y todas, entre iguales y para iguales que ponen sus bienes en común en la plaza pública, a la vista de todo el mundo,

intercambiando bienes y creando así el bien común de todos y todas. ¡Es un sueño, pero tenemos el derecho de soñar!

Los socios de UCIRI han aprendido a exportar el café con sus propios medios, sin intermediarios, sin coyotes, sin empresas de benevolencia. Por suerte, nos visitaron, en el verano de 1986, unos tostadores de Holanda (Firma Leevelt) y Alemania (GEPA) que estaban interesados en comprar directamente el café de UCIRI, ya con el certificado orgánico. Hicimos contratos y aprendimos a vender varios lotes de café. Los precios del mercado con un sobreprecio social y orgánico, y el modo directo, cambiaron el panorama de los socios. Los ingresos se mejoraron y los socios pudieron hacer programas: mejoramiento de la casa y el transporte, construcción de una infraestructura como la bodega, el beneficio, etcétera. Aprendimos a cuidar nuestros bienes y pudimos revalorar el ser comuneros, dueños comunes de las tierras, bosques, selvas, ríos. Nos sentimos nuevamente “dueños” responsables para un futuro menos inseguro. La lucha por la supervivencia se hizo menos difícil.

Los indígenas de la sierra que manejan bienes comunales han mantenido y desarrollado sistemas de manejo común de sus bienes en una forma que me parece muy sabia. Frente a la realidad del manejo de los bienes comunes (tierra, bosques, selva, ríos, caminos, etcétera), se puede hacer nuevamente la pregunta básica: ¿Quién inventó que estos bienes son propiedad privada? Y, en general: ¿Quién ha inventado la propiedad privada?

Tenemos, en uso temporal, el acceso a aguas, tierras, aire y sol. Los comuneros ponen también (como otras organizaciones de comunidades indígenas, UCIRI y muchas otras que surgieron en los noventas) en común los productos que sacan individualmente

de su tierra. Piden que se pague justamente el trabajo que han realizado para producir en forma orgánica, sustentable, amigable con el medio ambiente, capturando carbono, limpiando las cuencas de los ríos, protegiendo sus recursos naturales (reservas naturales). No solamente se pide el pago de la producción, sino, también, el de los costos sociales, como son: casa digna, salud, jubilación, educación, fiesta, etcétera. Tratan de hacer el intercambio en la plaza pública, el mercado para canjear bienes: café por refrigerador, café por medicina, café por láminas. Mercado–dinero–mercado. Así, el mercado es el lugar donde se ponen los bienes en común. Por supuesto, somos conscientes de que no es tan simple.

Pero los indígenas parten de la idea de que no son propietarios, sino usuarios. Mediante el manejo democrático de los bienes comunales, y con sus autoridades locales, buscan, en una forma estructural, mecanismos para articular, controlar y mediar envidias, evitar la explotación y el enriquecimiento a costa de otros, etcétera.

Hay conflictos graves en el mercado. El acceso a los mercados no solamente es una lucha diaria de muchos, sino que también significa la entrada de posibles productos comerciables. Me referiré a un productor de café que vive aquí en Oaxaca. Él es comunero (la tierra que usa es de la comunidad), su empresa como usuario es muy pequeña, y por eso entró en una organización, para, entre otras actividades, comercializar su producto junto con sus compañeros.

Tampoco quiero ser un quejón que dice que “los otros” son culpables de los desastres que vivimos en el campo de los pequeños productores con tierra comunal. Pero, hablando desde la realidad, tengo varios problemas con el funcionamiento estructural del sistema neoliberal, que no solamente se divulga mediante el mercado (desreglar todo, sin

ninguna intervención de afuera, y privatizar todo al máximo, etcétera), sino que tiene repercusiones en lo cultural, tiene su fuerza política y des-democratiza cada vez más a la sociedad. Keynes y Schumpeter no solamente murieron, sino que también enterraron su insistencia en una política social del estado. No vamos a analizar todos los presupuestos filosóficos del sistema dominante, sino a dejar en claro que el uso de recursos comunes está bajo fuertes presiones. El dogma de la privatización, basado en la fe del buen funcionamiento del mercado (equilibrio mistificado entre demanda y oferta, etcétera), se ha desviado completamente de la ética de Adam Smith, considerado el padre del liberalismo económico. El neoliberalismo tiene muy poco que ver con el liberalismo de Smith. Representa una concepción del hombre con una individualidad sin raíces en un proceso social más amplio, y produce un individuo sin mayores responsabilidades sociales. Existen individuos, pero no hay seres humanos sociales, a pesar del dogma de la Constitución americana que dice que todos somos iguales y tenemos derechos iguales.

Me referiré muy brevemente a una problemática que tiene una historia larga, pero bien olvidada en la actualidad: el antagonismo ancestral entre la convivencia humana y los arreglos legales del contrato civil-político para vivir bajo condiciones de justicia y oportunidades iguales para todos, y tener acceso a los bienes comunes de la sociedad por igual. El deseo humano de convivir y los arreglos (aunque sean necesarios) están en constante lucha. La pregunta básica es siempre: bajo qué condiciones se hacen los arreglos y quién los hace.

Como paradigma hago referencia al planteamiento de fondo del Génesis (decálogo), de Aristóteles (la *Política*) y de Hobbes (*Leviatán*). Estos tres tipos de narraciones pivotantes son vitales para entender las relaciones humanas: el Génesis es el

relato de un reconocimiento mutuo de seres independientes, el convenio (convenir - *politeia*- para el bien común) es un personalismo dialogístico y un discurso ético; por otro lado, está el relato del contrato (contraer derechos y obligaciones) como Hobbes lo propone en su *Leviatán*, del que, en diferentes formas, se ven vestigios en la tradición liberal. Por su parte, la reflexión aristotélica interpone el relato de la república, de la comunidad política, “anterior” a cualquier forma de comunidad. La visión optimista del hombre en el convenio, y la visión pesimista en el contrato, se someten a las reglas de la república (*respública*), las cosas que tenemos, enfrentamos y deseamos en común.

Convenio, república y contrato forman, así, las tres maneras de entender las relaciones humanas, y forman un conjunto dialéctico. Pero la república moderna se hace liberal y opta por un contrato entre seres independientes como un “hecho” (un acuerdo tácito y/o supuestamente “democrático”) del mundo político.

Pero el contrato no es suficiente en sí. Quien reflexione sobre las raíces de origen no puede escapar al relato de un reconocimiento mutuo de derechos y obligaciones por igual. Los seres humanos son también un producto social y, en la medida en que tienen esta conciencia, son individuos con personalidad, son personas.

El convenio solo tampoco es suficiente. La independencia de los seres humanos puede cultivar un olvido fatal de la justicia que es base del convenio: “tú, lo tuyo; yo, lo mío, y todos somos iguales en el acceso a los bienes comunes”. Así no más, no funciona.

¿Cómo crear la conciencia republicana, ciudadana, en que el convenio funcione como un contrato libre que actúe con base en un convenio (constitucional) de igualdad en el acceso a los bienes comunes?

Los bienes del Estado son bienes comunes a los que todos tenemos derecho de acceso. Hay leyes iguales para todos; pero la realidad siempre ha defendido su impotencia, su falta de voluntad, su falta de medios para implementar estos derechos de acceso a los bienes comunes de la nación, de la sociedad en su sentido más amplio. Un convenio entre iguales y un contrato libre presuponen el funcionamiento de la república, del bien común organizado.

En el mundo de hoy estamos muy lejos de esta “utopía”, del “sin lugar”, y, por ende, por todos lados válida. No existe democracia en el mercado ni menos hay un control democrático sobre él. El evangelio del neoliberalismo percibe el “control” como su más grande enemigo, como un demonio que se tiene que amansar o, en caso de que sea posible, matar de plano. Usan cortinas de humo para que los aparatos políticos sean como fieles servidores que den este servicio. Lamentablemente, nuestros servidores públicos y nuestros Parlamentos son en gran medida lacayos de este sistema neoliberal. Le dieron su “visto bueno”.

Por eso quiero tratar el tema desde abajo, desde el punto de vista de los pequeños productores indígenas de la sierra del Istmo de Tehuantepec: zapotecas, mixes, chontales y chatinos, que se organizaron para defender sus bienes comunes y luchan para tener acceso por igual al bien común de la sociedad mexicana e internacional. (¡El bien común no tiene fronteras!)

Ya basta; suficiente filosofía, pero fundamental. Los sociólogos y los políticos tienen sus filosofías, pero muchas veces no las articulan y, por ello, pueden llegar a conclusiones ideológicas y hasta míticas. Para mí, la política neoliberal tiene muchas creencias y mitos que se venden como realidades históricas y verdades científicas.

El bien común de la producción se comparte mediante el mercado. El sistema del mercado actual es muy común, pero no muy bueno para los pequeños productores (¿de hecho para nadie!).

Tomaremos el ejemplo del mercado mundial, donde logramos insertar un nuevo modelo en que la ética, la justicia y la remuneración del trabajo común de pequeños productores (costos reales de producción), así como el cuidado del medio ambiente, la solidaridad y el poder real del consumidor, son elementos fundamentales.

Este mercado tiene varios nombres: Mercado Justo, Fair Trade, Transfair, etcétera. Como fundador de este mercado, me gustaría llamarlo simplemente el “Mercado Diferente”.

En 1989 fue lanzado en Holanda el primer Mercado Justo, bajo el nombre de Max Havelaar. Después se ha desarrollado este tipo de mercado en 19 países. Fue un intento bien pensado para crear una alternativa al sistema del mercado neoliberal. Desde la experiencia con los campesinos de la sierra de Oaxaca: los zapotecas, mixes, chontales y chatinos, ya no bastaba con protestar contra todo lo que andaba mal en el campo del pequeño productor. No bastaban las marchas y las griterías en la calle, de enojo, de desesperación. Con la poca experiencia de comercializar el café en los mercados de las en aquel entonces llamadas Tiendas Alternativas (en Alemania, Holanda e Italia), pudimos hacer un salto cualitativo: proponer un Mercado Diferente con transparencia, democracia y justicia. Queríamos desarrollar y crear empresas sociales en forma sustentable y con responsabilidad global: productores, consumidores, industria y medio ambiente. Descubrimos que las protestas contra el sistema eran una gritería en el aire y sin ningún efecto real, excepto el de sentirse chingones por ser rebeldes, callejeros, maestros en

demostraciones, etcétera. Descubrimos que estuvimos haciendo el juego al sistema mismo. Con las grandes protestas de Seattle, Quebec y Bombay, el mundo del poder y de los poderíos solamente se ha aferrado más en su creencia firme de ser el campeón del bien, el salvador del mundo y el extinguidor de todos los focos rojos que no le convienen, y que ve por todos lados no solamente criminales, sino terroristas. Y los pobres son potenciales terroristas por definición. No fuimos capaces de proponer y crear alternativas reales frente al sistema del poder y la prepotencia. Este sistema de explotación, de olvido de la masa campesina, de prepotencia y arrogancia, no es sólo netamente capitalista sin una ética social, sino que en la cancha libre del neoliberalismo encontró suficiente fuerza política para determinar el rumbo de México desde la mitad de los años setentas. Este sistema estaba feliz con las demostraciones: las podía reprimir por ser de revoltosos, rebeldes, conflictivos, etcétera, y a la vez justificaba el afán de la clase dominante de ser los defensores del bien de la patria, y de tener la razón. Nuevamente la plaga del pensamiento único estaba ganando terreno.

Nosotros fuimos de la protesta a la razón de la propuesta. Pero una razón desde la trinchera del pequeño productor del campo, capaz de hacer propuestas constructivas de un nuevo modelo de mercadeo y comercialización. Fue solamente posible con base en una visión muy diferente del mundo, cansado de modelos que llevaron más el agua al mar que al campo. Producir, procesar, comercializar en común, nos enseñó que no solamente es factible un Mercado Diferente, sino que es urgente y necesario para desafiar al sistema dominante, y que su modelo no tiene el monopolio, sino que lo propaga por el simple poder y control sobre las riquezas naturales, del campo, de la producción fabril y de los servicios necesarios para que una sociedad de iguales pueda funcionar con igualdad.

Desde la pobreza, en nuestra casa, en nuestras comunidades, descubrimos que este sistema no tiene futuro, y que es nuestra responsabilidad ofrecer un sistema para todos, empezando por los más jodidos. Una economía desde abajo y desde las necesidades elementales de la casa, de la familia, de la comunidad: ésta fue y sigue siendo nuestra propuesta. Por supuesto, se puede decir que tenemos muchas pretensiones. Sí las tenemos, pero son pretensiones para el bien de todos. Queremos un mundo, un campo donde haya buen lugar para todos y todas, donde haya casa digna para todos y todas, donde haya el pan de cada día para todas y todos, y, sobre todo, donde haya alegría para cantar y bailar cualquier día de la semana y no solamente cuando es la fiesta del patrón, que antes nos dejaba olvidar por un momento las preocupaciones de todos los días. Sigamos festejando la fiesta del patrón y del pueblo para juntos festejar la fuerza del pueblo unido.

Por supuesto, con esta creación del Mercado Diferente nos encontramos con enemigos que creíamos amigos en la lucha. Muchos de nuestros amigos se quedaron en la fila de la demostración o se fueron a trabajar con sus enemigos de antes, apreciando buenos puestos en los gobiernos neoliberales o en empresas multinacionales que tratan de engañar a medio mundo. La decepción política ha creado flojera en el pensamiento humano. La lengua no tiene hueso, pero el seso de vez en cuando no tiene la cordura de pensar lo pensable, crear lo creable, realizar lo viable.

Los golpes bajos que los pequeños productores han recibido del sistema neoliberal los urgieron a encontrar un Mercado Diferente. Mediante el aprendizaje con el mercado alternativo de las tiendas del tercer mundo fue posible construir un mercado más amplio. El Mercado Diferente tiene como sostén básico un acuerdo tácito y abierto con los

consumidores conscientes, responsables y solidarios que también buscan caminos nuevos para comprar productos que se encuentran en el mercado. En los precios de compra se garantiza que el pequeño productor por lo menos recibe una remuneración digna por su trabajo. Esto implica un cálculo integral en el costo de todos los gastos de producción y los gastos sociales. El precio mínimo del café garantiza por lo menos este ingreso de supervivencia y la capacidad de sostener los gastos de la familia y hacer todo lo posible para mejorar el medio ambiente.

Antes que nada quiero aclarar que el mercado para nosotros es de suma importancia, aunque la vida es más que solamente mercado. Pero el mercado actual y todo lo que tiene que ver con el mercadeo (economía, leyes, estado, política, una cultura de ganancias sobre ganancias, una visión del hombre y la historia, etcétera), quedan como un dios omnipotente y al que supuestamente nadie controla. La ley del libre comercio donde se regulan la demanda y la oferta exige plena reverencia casi divina. Es como un dogma de esta religión, y por eso exige de los aparatos estatales y políticos que no se metan en el teje maneje del mercado, porque “distorsionan” el libre flujo de los bienes.

El mercado es como un santo que se tiene que venerar y obedecer. Los sumos sacerdotes de la bolsa de Nueva York cuidan los intereses de sus socios en la pista donde se oye la gritería, los rezos y los llantos de desesperación de los corredores, esclavos de sus maestros, que esperan solamente ganancias. No es solamente una blasfemia, sino una demostración de la muy triste situación del mundo actual, donde ya no hay ideas, ya no hay esperanzas para algo nuevo, y donde ya no hay imaginación creativa que visualice el mundo y el bien del mundo entero. Nuevamente sólo hay un simulacro de la vida real que se traduce en tasas de ganancia, puntos positivos o negativos en la bolsa de valores. Se ha

perdido la fe en un mundo mejor, posible en los tiempos de las potencias antagónicas que nos dejaron pensar y proponer opciones, que nos dejaron entender la maldad tanto del pensamiento único de la derecha como del de la izquierda, y que nos hicieron pensar más allá de los antagonismos. Y con esta pérdida de fe muchos toman el camino fácil: vamos donde esté la corriente más fuerte, optemos por el poder y el prestigio; queremos ganar plata, y mucha. ¡Creemos solamente en nuestras simulaciones! Hay quienes dicen que todo esto se hace por el bien de las mayorías pobres y jodidas. Inventan justificaciones que salen directo del manual neoliberal, “la única vía viable”. Por supuesto, no se atreven a decir: “voy a ganar plata, y mucha, a cualquier costo”. Pero de hecho lo hacen: en detrimento de su propia dignidad y de la masa pobre en el mundo. No veo justificaciones para estos errores.

Ya no hay tanta gente que visite los templos religiosos, pero hay mucha gente que visita semanalmente los templos del dinero, los bancos con fachadas espirituales, donde se compra y se vende la felicidad.

Es muy elocuente cuando los campesinos hacen su reflexión sobre las causas y efectos de las guerras en el Medio Oriente. Se sienten connaturales de los pueblos del Islam, no tanto por la religión, sino porque son gente “pobre y jodida como nosotros”. Hay simpatía, y sobre todo empatía, hacia estos pueblos, aunque los campesinos rechazan la violencia y los actos terroristas. Pero entienden por qué llegaron a este extremo. Creo que entienden la humillación, el trato como desecho y el despilfarro de sus riquezas en manos de extranjeros. El petróleo de estos países se usa como el de México: para enriquecer a otros, pero nunca a los pueblos asentados al lado de estos recursos naturales no renovables. “¿Qué va a pasar con nosotros cuando ya no haya petróleo? Por lo menos

ahora nos dejan gotas de las ganancias que el gobierno obtiene con la venta de petróleo, mediante los programas de la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL)”. No quieren imaginar este desastre del robo y del despilfarro.

Lo que pasa en el mundo, en un nivel macro, tiene repercusiones diferidas en el campo. La lucha de resistencia de los campesinos contra la nueva amenaza de miseria ya es diferente. Antes los caficultores sufrían los golpes bajos de un sistema social que los olvidaba por completo: sin inversiones infraestructurales, sin atención escolar ni médica, etcétera. Pero ahora los campesinos se encuentran no solamente en una situación de olvido, sino que también son considerados como inútiles y superfluos. En una reunión con un funcionario de un departamento gubernamental, un socio de UCIRI gritó: “Antes se olvidaron de nuestra existencia como pueblo indígena; ahora somos una amenaza por el simple hecho de que existimos y resistimos”. El propio presidente de México manifestó en público que: “La amenaza principal de México es la pobreza”. Es un paso cercano a la política real: “la amenaza principal de México son los pobres”, con toda las implicaciones: aniquilarlos lentamente o mandarlos al Norte, con las consecuencias que ello conlleva. Reproduzco a continuación un recorte de una entrevista con socios que expresa esta situación, y se aplica a lo más concreto: la amenaza del abandono del campo.

EL ABANDONO NO SE PUEDE COMBATIR FÁCILMENTE

Juventino Manuel Norberto es un joven originario de la comunidad Rancho Grande. Apenas tiene 19 años de edad. Mi primera impresión es que parece un cholo, un migrante regresado sólo para “presumir” su estilo gringo de pandillero. Sin embargo, el prejuicio,

causado por su estilo de vestir, no tiene nada que ver con la realidad. Al contrario, aunque muchos de los paisanos de su edad han salido, a su regreso ni siquiera se mezcla mucho con ellos. Es ranchero, tímido, y se dedica en cuerpo y alma a su trabajo en el campo. Como él, sólo hay uno o dos jóvenes más en esta agencia de Valle Nacional, zona chinantla.

Nunca ha ido al Norte, ni piensa hacerlo, aunque le hace falta el estímulo de sus compañeros que sí salieron.

Como toda la comunidad, Juventino cultiva el café, además del frijol. A pesar del hecho de que la crisis en este sector ya casi es estructural –por lo menos parece eterna-, y de no haber señales de que el gobierno se preocupe mucho por aliviarla, Juventino no piensa disminuir su producción ni sus esfuerzos. Dice: “No salgo perdiendo, porque trabajo solo”.

Es una verdad a medias. No ocupa a mozos, pero sí recibe ayuda, afirma su paisano Leonardo Fercano, dirigente de la organización local Café Neeey. “Hay una tradición que se aplica aquí, y que los ayuda: la ‘mano vuelta’. Hoy te ayudo, y, a cambio, mañana vienes a ayudarme a mí. Es un principio que disminuye o evita el costo de un mozo”.

Aquí, a una hora de camino desde Valle Nacional, por una terracería medio regular, la naturaleza es bondadosa. Aunque Rancho Grande ya no es tan tradicional, las treinta familias (con 54 socios) están bien unidas. Todas participan en Café Neeey, que por asamblea general ha decidido dedicarse al café orgánico y construir un beneficio húmedo, para captar el valor agregado del café elaborado. Habrá fiesta en el pueblo cuando el

edificio esté listo, ya que generará varios empleos. No es ningún negocio personal, sino propiedad de la comunidad entera.

También en los cafetales ha habido cambios en los últimos años. Juventino recuerda que los primeros cafetales que le dio su papá no tenían nada de sombra. Ésa fue la herencia del Instituto Mexicano de Café (INMECAFE), que estimuló el café de sol con todo el uso de químicos, para la exportación. “Tenía poca cosecha y de mala calidad. Los vi con nadita de sombra. Ahora veo montecitos verdes. Siembro árboles entre los cafetales, sólo el año pasado unos 400 cedros y chalahuites. No alcancé más semillas, pero este año sigo. También cambié los cafetales”.

Desde el inicio de Café Nee, hace cuatro años, Leonardo Fercano está encargado de coordinar el proceso comunitario: “Teníamos que hacer todo un análisis. Teníamos mala calidad de café, estábamos perdiendo tierra y nunca íbamos a mejorar el precio del producto. El principal problema aquí era mejorar el suelo, cuidar la naturaleza que tenemos, para darles más riqueza a los cafetales. Nos dimos cuenta de que el café orgánico era nuestra única alternativa. Estamos dando cursos sobre su manejo. Yo los coordino, pero vienen de la certificadora CERTIMEX o de la Universidad Agrónoma de Chapingo, por ejemplo, para supervisar la preparación de insecticidas orgánicos. Por parte del gobierno, apenas este año por primera vez recibimos apoyo para el café orgánico. Vamos a pedirlo este año para una hectárea por productor.

El café es nuestro fuerte, aunque también estamos trabajando en la reforestación, con un grupo de 11 personas. Otros productos como el maíz ni siquiera son suficientes para el autoconsumo. Aunque la mayoría no está en nuestro grupo, sí están reforestando en sus propias parcelas”.

A pesar de la crisis permanente, nadie en Rancho Grande ha tumbado sus cafetales para cambiar de cultivo. Sólo han cortado matas viejas, que anteriormente se habían abandonado. En su lugar están metiendo plantas forestales. Leonardo dice: “No pueden dejarlos así no más, abandonados, porque atrae la broca. Estamos reforestando el monte, que a lo mejor en unos 10 o 15 años se puede aprovechar. Pero, por lo pronto, ésta no es la meta, ésta sigue siendo un buen café”.

Mientras el optimismo domina en Rancho Grande, en el bastión de la histórica unión campesina UCIRI, en el Istmo de Tehuantepec, los productores se muestran preocupados. UCIRI ha sido la pionera en el comercio justo internacional, y desde su inicio, hace veinte años, únicamente exporta café orgánico. Por los precios mínimos establecidos con los compradores en varios países europeos, Japón y Estados Unidos (precio mucho mayor que el del mercado libre), la crisis nunca los afectó tanto. Actualmente, sin embargo, sí hay problemas. La cosecha del año pasado fracasó en gran parte por la tardanza de las lluvias. Pero hay más, admiten Agustín Toledo y Protasio Venegas, del Consejo de Vigilancia, en las oficinas centrales de Lachivizá, mixe baja, a una hora y media al norte de Ixtepec. La Unión Regional tiene un total de 2600 socios en 56 comunidades de la zona zapoteca de la sierra, de la mixe baja, media y alta. “La lucha por un buen café sustentable vale la pena, porque crece mejor el café y se regresa toda la hojarasca a la misma tierra. No contaminamos. Pero hay como unos 1000 socios que tienen muy baja producción, con plantas viejas. No tiene chiste cosechar uno o dos quintales por hectárea, mientras otros socios tienen unos ocho quintales. En Chiapas se están cosechando hasta 20 quintales por hectárea. Tenemos que renovar. Para eso tenemos un programa de cinco años, dentro de UCIRI, para el que recibimos del gobierno

1000 pesos por hectárea, mientras UCIRI pone otros 2000 pesos. Tenemos comités locales para ver si cumplen los productores. El primer año es un apoyo sólo para una hectárea; si un socio cumple con los requisitos, el segundo año le damos lo mismo para otra hectárea, así hasta llegar a un máximo de cinco hectáreas en cinco años, aunque hay socios que tienen más tierra cultivada”.

Lachivizá está ubicado dentro del municipio de Santa María Guienagati. Los socios de UCIRI sólo forman una parte de los caficultores aquí. También hay un nutrido grupo asociado con la coordinadora estatal CEPCO -los 60 socios de Tierra Maravillosa-, y sigue existiendo un grupo de libres que, a pesar de recibir un precio muy bajo por parte de los intermediarios -apenas la mitad de lo que pagan CEPCO y UCIRI-, nunca han querido organizarse, y la mayoría de ellos deja los cafetales abandonados para irse al Norte.

Igual que en Rancho Grande, desde la organización se están buscando alternativas o mejoras. La siembra masiva de árboles no sólo para darles sombra a los cafetales, sino además para sacar mayor provecho de las parcelas, sin dañarlas, es una política cada vez más aplicada. No sólo se trata de especies maderables, sino también frutales o especies no maderables, como la palma camedor. Este tipo de ordenamiento colectivo en Santa María Guienagati también incluye grandes áreas protegidas. Sin embargo, una cosa es proteger áreas -prohibiendo cazar animales, tumbar árboles, cortar orquídeas, y cuidando los manantiales-, y otra es abandonarlas. Romeo Bustamante, socio de UCIRI en Santa María, comenta: “También dentro de UCIRI hay varios socios que se están desanimando por la crisis. Tuvimos muy baja producción este año”.

Las noticias del periódico no son alentadoras. Normalmente no lo son, pero dan información que se puede interpretar en su situación y poner en su dimensión. La Jornada del 1 de junio de 2004, dice: “La mayoría de los 500 000 indígenas que viven en la capital mexicana son pobres, y cuando llegan a la megalópolis ‘no pueden acceder a una vivienda, ya que sus características no están dentro de lo que establecen las reglas de operación’ del mercado inmobiliario, según un informe de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF)”. Esta situación los sumerge en una espiral de miseria, que también atrapa a sus familias hasta convertirlas en una masa de personas desprovistas de herramientas para cambiar su situación a futuro.

Los campesinos hablan de la “crisis en el campo”. Sí hay una crisis aguda y de vez en cuando desesperante. Pero los campesinos no la ven solamente por su lado negativo, sino que la juzgan también como una oportunidad para hacer algo nuevo. Cantan:

Un hombre de sangre joven
por los valles va diciendo
que en esta fecunda tierra
está naciendo un hombre nuevo.

Rescate del café y de los caficultores

La crisis parece sin salida. Los consumidores en México ni siquiera nos damos cuenta de que el café ya no tiene precio. No pagamos menos, pero los productores reciben un

mínimo histórico. Los que no abandonan sus cafetales para ir al Norte, tienen que buscar cualquier alivio, cualquier nicho en el mercado que les dé esperanza. Hace veinte años fue una novedad -por lo menos para los consumidores- comprar café orgánico. Discutimos mucho las supuestas ventajas, tanto para los productores como para los adictos a esta delicia. Sin químicos podríamos tomar más café, entonces. Los pioneros del café orgánico, UCIRI, fueron recibidos con simpatía en Europa, y después también en Estados Unidos y Japón. Consiguieron precios mínimos más altos que el precio en el mercado mundial, y con ellos una estabilidad que aprovecharon para proyectos económicos y sociales en su región.

Se ha tratado de buscar otros “trucos” para atraer a los consumidores extranjeros. Se resaltó más el “café bajo sombra”, enfatizando la biodiversidad entre los cafetales, y de repente era moda hablar del “café amigable con las aves”. En los supermercados aparecieron nuevas etiquetas de café, con aves coloridas. Y sí, unos cuantos estadounidenses aficionados a las aves compraron este café tan simpático, que, por supuesto, tenía el mismo sabor que antes. También los grandes supermercados ya lo están vendiendo, mostrando su “responsabilidad ambiental”. Mientras, casi todos los productores de café en Oaxaca están en la misma onda, pero sin que el precio mejore.

Siempre han cuidado el ambiente entre sus cafetales, quizás ahora de manera un poco más sofisticada, mejorando las cepas, sembrando árboles frutales y finos, como los cedros, y cuidando la composta.

Ahora, la conservación del medio ambiente parece ofrecer nuevas salidas. Y nuevamente UCIRI es uno de los pioneros, con el ordenamiento del territorio en Santa María Guienagati y tres municipios más. El rescate de la flora y la fauna, del aire puro y

de los manantiales, contrarresta la destrucción que causa la humanidad en otras partes, y podría ser compensada con un pago por los servicios ambientales. La gran mayoría de los caficultores de Oaxaca siempre ha cuidado el medio ambiente, quizás sin ser consciente de su importancia. Y ¡qué bueno que lo hagan! Ojalá que les dé unos ingresos extra. Sin embargo, los precios de su producto siguen por los suelos, porque en el comercio internacional no hay reglas de responsabilidad social empresarial.

Cafetales sustentables

Queremos crear una agricultura campesina de los pequeños productores que sea sustentable. Pero este concepto está causando mucha confusión.

La sustentabilidad no es una panacea que vaya crear el cielo sobre la tierra, sino una política (moral) que trata de crear y construir condiciones que, de una u otra manera, en este momento histórico, tratan de reconstruir un hábitat humano para la pluralidad y multitud de hombres y mujeres de hoy y del futuro próximo.

Es también nuestra experiencia que un desarrollo integral (cultural, social, político y económico, en diferentes ritmos, pero articulados) solamente lo pueden hacer las organizaciones sociales, con sus redes y sus capacidades de convocación y concertación, y hasta con los departamentos gubernamentales, con sus propios esfuerzos, recursos y capacidades. Aquí tenemos un cuestionamiento fuerte a las políticas de muchas ONG's, que pretenden que con dinero (muchas veces regalado) se pueden solucionar problemas contundentes en el campo. Las organizaciones necesitan el acceso a créditos para invertirlos debida y empresarialmente. Así se crean organizaciones que con orgullo

pueden decir: lo logramos con eficacia y en forma democrática. Para poder capitalizar, los socios de UCIRI han creado un Banco Popular de Crédito y Ahorro que presta dinero a los socios, con bajos réditos, para poder crear proyectos productivos: renovación o proyectos en áreas forestales, crianza de animales, viveros de plantas de ornato, etcétera.

Queremos ser parte de la cadena completa de la industria cafetalera (y de otros productos, como son las mermeladas y la ropa). Esto no lo puede hacer uno solo, por lo que hay una gran necesidad de crear redes comerciales alternativas que también sean redes empresariales alternativas.

Cualquier forma de economía debe estar sujeta al requisito de mantener una buena calidad de vida para todos los habitantes de esta Tierra, de una manera ecológicamente sustentable. Eso significa seguridad del empleo razonable, la seguridad en normas y estándares materiales de cada familia viviente, con una viabilidad de la comunidad, y el mantenimiento medioambiental. Se puede diseñar un juego de políticas económicas sostenibles que logren estas metas basadas en los principios de sustentabilidad, control democrático, igualdad y eficacia. Ninguna de estas categorías tiene prioridad sobre la otra.

Una política para una agricultura sustentable (con todos los integrantes de la cadena: desde el campesino productor hasta el consumidor final) no puede partir de una concepción antropológico-filosófica y hacer de ésta la base política de una economía sustentable. La política tiene su fundamento en la pluralidad de los hombres y las mujeres. Dios creó al hombre y a la mujer, que son un producto humano terrenal. La política organiza la diversidad entre mucha gente, y crea así el único espacio posible para la libertad, un espacio intermedio.

La sustentabilidad tampoco se puede fundamentar abstractamente. Solamente en un espacio humano terrenal ocurre la posibilidad de subsistencia. Es un conjunto muy variado (en tiempo y en espacio) de elementos que vislumbran la calidad de una libertad que se puede disfrutar.

- La producción orgánica (con sus limitaciones y sus alcances, sus criterios y burocratismos, su política económica muy variada).
- La producción de artículos de calidad (calidad alimenticia, aromática, digestiva, nutritiva, curativa, etcétera).
- La producción en un Mercado Diferente, justo, remunerativo, etcétera.
- Una producción agrícola atractiva, respetuosa y amigable con las plantas, los árboles, los microorganismos, las aves, los animales y la gente.

Todo esto y más elementos forman una cadena que trasluce algo de sustentabilidad, que crea también una política que respeta el espacio entre lo singular (del hombre, de la naturaleza) y la pluralidad de muchos interesados e involucrados (ambiente, plantas, animales, gente, futuras generaciones, etcétera). El equilibrio entre lo singular y lo plural hace que la definición de una política agrícola sustentable sea tan compleja. Solamente poner énfasis en los pájaros puede dañar los intereses reales de los campesinos; solamente ver el medio ambiente puede dañar el futuro del campo, donde los campesinos no tienen lugar y solamente las aves, los animales y los bosques cuentan. Mirar solamente el bien de las aves puede dañar seriamente a los consumidores de la ciudad, que también esperan lo suyo del campo.

Una economía sustentable, lo mismo que una economía rural, necesita una democracia donde las finas reglas de la singularidad y la pluralidad se hagan libertad. Los romanticismos e ideologizaciones (del medio ambiente o el mercado único, neoliberal, etcétera) violan fácilmente los intereses de muchos de los jugadores en la larga cadena productiva. Dar el mando económico solamente a la industria no ha dejado buenos frutos, ni para el productor, ni para el consumidor, para no hablar de los árboles y las aves.

1. El mantenimiento medioambiental

Año con año, el ambiente se está degradando. Nosotros estamos tocando el violín mientras Roma está en llamas. Las tendencias actuales continúan, y puede ser demasiado tarde para salvar al planeta del deterioro ecológico. Confiar en los mecanismos del mercado actual, que la mayoría de los economistas prefieren, no va a funcionar, o mejor dicho: no funciona. Si nosotros contaminamos y explotamos al planeta hoy, los costos los llevarán nuestros niños y nietos, que no tienen ninguna voz en las decisiones actuales. Tampoco podemos presumir de que esas regulaciones medioambientales no tienen costo. No podemos continuar separando la economía del medio ambiente. Ni la vida ni la libertad ni la felicidad son posibles en un mundo enfermo y agonizante.

2. El mando democrático de la economía

El principio que maneja las decisiones económicas es el dinero. Esto es verdad para las corporaciones que reubican las plantas al instante, mientras olvidan las comunidades

donde están operando. Es verdad que el sector financiero, con sus compras y sus cargas financieras, destruye compañías productivas en poco tiempo, dejando casi sin castigo a los responsables corruptos, y esto es ya común en los gobiernos donde los ricos y los poderosos compran a los políticos para que promulguen una política económica en su favor.

El principio de “el dinero habla” ya no es algo escandaloso para los políticos, por el simple hecho de que es eficaz. La influencia de las uniones de trabajadores se ha eliminado casi por completo. A pesar de todas estas concesiones, la actuación económica continúa deteriorándose. Si la economía es servir a las personas, necesita ser controlada por ellas. El Mercado Diferente (con sus múltiples nombres: Mercado Justo, Max Havelaar, FLO, etcétera) es uno de los intentos por democratizar la economía y crear responsabilidad en el espacio entre lo singular y lo plural, donde aflora la libertad. Este mercado quiere dejar en claro la “diversidad de los hombres”, y no quiere reducir todo al “hombre”: víctima y, por ende, objeto de compasión.

3. El igualitarismo

La economía en general, por lo menos en nuestro país, está estructurada por jerarquías y desigualdades. En el mercado laboral, las arbitrariedades y los modelos rápidamente cambiantes de pérdida del trabajo, han creado nuevas fuentes de desigualdad e inseguridad, mediante la reducción del sueldo o del acceso a las horas de trabajo. La distribución global de las riquezas y los recursos favorece preponderantemente al Norte industrializado, que tiene un nivel de vida mucho más fuerte que el Sur. Y estos países

pobres han sido exportadores netos de capitales a los países ricos por más de una década, causando una miseria incalculable y la degradación de los pobres. Esto no se puede llamar economía sustentable. La creación de Mercados Diferentes en el mundo cada día más global (por lo menos en su afán de información, intercambio de ideas, de productos del agro, de la industria, de la cultura, etcétera) es un intento por vislumbrar, políticamente y en libertad, esta igualdad entre iguales en su diferencia y en su singularidad.

Al final, todos perdemos con estas desigualdades. Creemos que cualquier política económica verdaderamente sustentable debe considerar como una prioridad muy alta la eliminación de desigualdades.

4. La eficacia

Otro elemento de la sustentabilidad de una economía es su eficacia. El acercamiento keynesiano de un gobierno grande que redistribuye los frutos del crecimiento ya no es creíble. Necesitamos abandonar el viejo intercambio entre la eficacia y la igualdad, por una nueva visión de la actividad económica. Debemos empezar por restaurar la naturaleza, en lugar de despojarla y saquearla. Necesitamos apoyar un nuevo paradigma comercial, que es la capacidad participativa en el ámbito económico, y que debe ser responsable, flexible y de punta en el ámbito social. Tenemos que identificar y articular nuevas formas de eficacia que harán del trabajo realmente un acto económico y democrático. Necesitamos un mando más democrático de los gastos del gobierno, y la

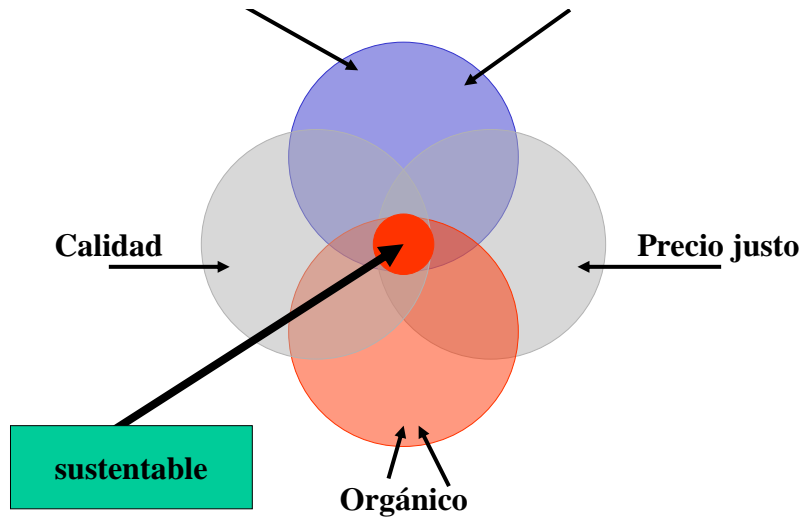
regulación del sector financiero. Necesitamos resolver los problemas sociales de una manera rentable.

El debate sobre Sustentabilidad muchas veces se pierde en elementos sin tener una visión global. No definir el concepto real de Sustentabilidad crea solamente cortinas de humo. Café que se produce amigable para los aves pero que no es amigable para el productor, y café orgánico de mala calidad no es sustentable. Que es bueno para el productor no es siempre bueno para la biodiversidad etc. Café comercializado en el Mercado Justo, pero de baja calidad se quita rápido del mercado y café que proviene de una huerta de muy alta biodiversidad no siempre tiene precios justos. Varios elementos se tiene que conjugar para crear procesos hacia Sustentabilidad: calidad, orgánico, precio justo, biodiversidad ya son elementos precisos para crear Sustentabilidad.

Por eso, en el siguiente cuadro se puede apreciar, sin simular la realidad, la interrelación de estos (y otros) elementos, que, en su conjunto, hacen la sustentabilidad (en el tiempo y en el espacio). Esto es un proceso.

Calidad sustentable

Conservación de suelos, aguas y diversificación del medio ambiente



Este capítulo pretendía ser autobiográfico. Se hace el camino al andar. No solamente se camina, también se piensa. Soy un ser humano pensante y que se deja desafiar por las realidades concretas de los campesinos indígenas, los pequeños productores de café, maíz, frijol, verduras, frutas, etcétera. Desde el “reverso de la historia” quiero también conocer la historia dizque “oficial”: en qué rumbo pretende ir, qué amenazas hay para los desafortunados, y qué respuestas constructivas podemos ofrecer. Conozco mucha gente con muchas respuestas a medias. Veneran los simulacros de la realidad por miedo a la realidad del pobre. No pueden saborear ni ver la realidad del pobre como un lugar de privilegio y de preferencia. Para mí es además un lugar preferencial, divino. No soy fanático religioso, al contrario. Pero no quiero caer en el abismo del pensamiento único,

en un mundo sin el Dios de los Pobres. Conozco veladamente a ese Dios en la gran tradición de los libros sagrados, en La Biblia, pero también saboreo algunas partes del *Popol-Vuh* y el *Chilam Balam*. Los grandes mitos son reverencias a la vida, son reflejos de las sombras de la cueva de Platón.

Oficialmente, mi función en UCIRI es la de “asesor”. ¡Cuando no saben qué estás haciendo te nombran asesor! Mi tarea es, de hecho, ser facilitador, animador, hacer sugerencias, ser de vez en cuando hebdomadario, y con la mayéutica, sacar nuevas energías, nueva vitalidad que los campesinos presentan. Hago mis cuentos, mis poesías, mis discursos, siempre en función de nuevas energías. De vez en cuando tengo la sensación de no saber quién está hablando: el campesino frente a mí, o yo. Ya no conozco la diferencia. Me corrigen cariñosamente cuando estoy fuera de estos parámetros. Caminar junto (no enfrente, no detrás) a los campesinos de la sierra es un arte que los artesanos me han enseñado. Termino con una poesía que un día se me ocurrió:

Un pensamiento

Hay cosas en la vida
que son más graves que la misma muerte.
Es una vida sin dirección, sin esperanza,
sin anhelos de lo alcanzable de lo humano,
una vida sin responsabilidad, que libera,
sin un cariño que queda para siempre,
sin amor dado en el recibido.

Sin esto, la vida es peor que la muerte.

Libre para liberar,

libertad para caminar al lado de abismos negros,

es vida llena de esperanza

que confía en el otro y en sí mismo.

Amor al otro, al prójimo pobre,

se hace amor a uno mismo,

como el amor a uno mismo se hace al otro.

No hay regalo más grande que esta felicidad.

Capítulo 3

Cómo sobreviven los pequeños productores de café

El Mercado Justo arrancó en 1989 y después se ha desarrollado en 19 países, sobre todo de Europa. Con este crecimiento aumentó la necesidad de organización. Se desarrollaron diferentes organismos para coordinar nacional e internacionalmente. FLO (Fairtrade Label Organization, “Organización del Sello del Mercado Justo”) es el órgano internacional que cuida el registro de los socios miembros del sistema Mercado Justo (productores e industria). Las Iniciativas Nacionales (IN) hacen el trabajo de promover el Mercado Justo entre los consumidores, la industria y las tiendas. La instancia de Criterios, Inspección y Certificación (FLO-CERT) hace el trabajo de la trazabilidad para crear la confiabilidad del sistema desde el productor hasta el consumidor, bajo criterios establecidos de manera conjunta. Los productores han desarrollado organizaciones regionales y de acuerdo con el tipo de artículo que producen. En América Latina y el Caribe hicieron una entidad de enlace, intercambio y plataforma de discusión, la CLAC, Coordinadora Latinoamericana y Caribe de pequeños productores de Comercio Justo. Es un gremio que concentra representantes de todos los miembros del sistema del Mercado Justo, hace sus asambleas continentales y regionales, y nombra su Junta Directiva. Es también la plataforma que vigila sus intereses y procura que éstos se vean plasmados en los gremios internacionales, como el FLO, FLO-CERT. Ha sido todo un aprendizaje. Por un tiempo, los productores quedaron fuera de la cadena de decisiones y políticas de FLO, causando malestares y discusiones fuertes; pero tomaron toda la responsabilidad, donde

los dos pilares (productores y consumidores) siguen siendo los más importantes. La industria y las iniciativas nacionales tienen su rol específico. La industria se coloca con eficiencia y con la información debida en el mercado, en las manos del consumidor. Las Iniciativas tienen que buscar clientes y promover el sello entre los consumidores. Esto exige métodos nuevos con información correcta y con una pedagogía de concienciación para el consumidor. De vez en cuando las iniciativas nacionales desarrollaron sus propias políticas, que no siempre coincidían con los criterios del Mercado Justo y los intereses reales de los productores. Como productores, teníamos miedo de que las IN y hasta el FLO se convirtieran en ONG's de desarrollo. Éste nunca fue nuestro propósito, y va en contra de los principios del Mercado Justo. Los productores, en alianza con los consumidores, recrean el funcionamiento del mercado, y, cuando ambos consiguen cierto poder, se cambian las reglas del juego en el mercado. Los productores defienden su capacidad de supervivencia y se desarrollan hacia niveles de mayor resistencia; ésta es su ganancia real.

Pero en este crecimiento medio caótico también entraron algunas dificultades organizativas y de dirección. Los productores sintieron que estaban fuera de las instancias donde se toman las decisiones. La creación de una democracia en la cadena comercial no es tan fácil, aunque sigue siendo urgente. Es un desafío crear este camino democrático en la plaza pública del comercio. En un empeño conjunto lograron redefinir y reestructurar las instancias de decisión, sobre todo de políticas del Mercado Justo. En este crecimiento caótico fue importante ver los lados débiles del sistema: la comunicación entre todos los participantes en la cadena, y la búsqueda de una participación democrática de todos los integrantes del sistema. Hubo momentos en los cuales las IN, y en parte FLO, sin mucha

claridad, decidieron temas de discusión que afectaban directamente los intereses de los campesinos y del sistema del Mercado Justo. Tampoco hubo claridad sobre a quién pertenece y para quién es el Mercado Justo.

Aprendí que la comunicación sobre los principios básicos del Mercado Justo es una tarea constante. Es peligroso que este mercado se desarrolle bajo un lema de mercado por mercado (market driven), sin calcular o ver las repercusiones que esto tiene para los integrantes principales: los productores y los consumidores. El Mercado Justo es de los pequeños productores y para los consumidores que toman la decisión de hacer una política de compra que cambie poco a poco el sistema no viable del mercado dominante. Es políticamente más viable “ordenar” el mercado según criterios de dignidad, reparto, responsabilidad y equidad, que hacer guerras contra pueblos que se sienten (y no solamente eso: están) discriminados en el mundo del reparto de los bienes escasos. Todos tienen derecho a una vida digna, decorosa, y no solamente un 20% de la población mundial. Sin embargo, el Mercado Justo no puede solucionar todos los problemas. La vida es más que mercado. El pequeño productor quiere vender sus sobrantes de producción en el mercado, y exige justicia. Muchos de los trabajadores (fijos y eventuales) de las fincas y las plantaciones también están en una situación de injusticia, y ganan muy por debajo de los sueldos dignos con los que se puede sobrevivir dignamente (living wages). Pero es una problemática diferente y necesita un trato diferente.

Otro punto de mucha discusión fue el precio mínimo que debe garantizar el precio de costo de la producción, los gastos sociales del productor y los gastos para mejorar el medio ambiente. Bajar los precios mínimos de los productos del Mercado Justo, sobre todo del café, para aumentar el volumen de venta, significaba el fin de este mercado.

Volumen más precio no es una solución económica para los pequeños productores. Exigimos y luchamos por otro tipo de mercado, otra economía, donde los principios de ganancia y volumen no sean los medidores, sino donde la dignidad de todos los que forman la cadena sea el medidor principal y se ajusten las reglas del mercado a este principio básico. Por eso, el Mercado Justo es una corrección fundamental del sistema del mercado neoliberal.

Una problemática en la comunicación entre los productores y las instancias como FLO y las IN es el código diferente de expectativas. Los productores tienen sus sueños y criterios para operar en el Mercado Justo, según su código de supervivencia. Las instancias internacionales, todas en los países de la cultura occidental, tienen un código donde el progreso es un criterio de expectativa y política. Uno quiere sobrevivir dignamente, y el otro quiere promover el desarrollo y el progreso. Y no es lo mismo, aunque no son anhelos excluyentes. Son prácticas diferentes que crean códigos de comunicación y de expectativas diferentes. Además, el ritmo y el control sobre el tiempo son distintos.

Es por eso que voy a tratar de aclarar este problema de la (mala) comunicación desde la práctica del campo. Es medio tedioso, pero es importante para crear condiciones de comunicación diferenciada y respetuosa entre los diferentes segmentos de la sociedad del Mercado Justo.

¿Por qué los pequeños productores de café pueden sobrevivir?

Respuesta sencilla: por ser artistas que se niegan a destruir la obra de arte: la tierra, la biodiversidad, los ríos con agua limpia, el café, el maíz, el frijol y las frutas. El artista siempre lucha por hacer algo bueno con la materia prima: una piedra, un tronco de madera, una brocha, pintura, etcétera. Para ello usa toda su imaginación y creatividad. No se deja, aunque de vez en cuando desespere. El que reconoció muy bien el carácter artístico del campesino fue Vincent van Gogh, un pintor holandés y un artista.

El sector campesino como lo conocemos aquí en la sierra de Oaxaca y en muchos lugares del campo mexicano indígena, existe gracias a los pequeños productores, que, con ayuda de herramientas simples y del trabajo de los integrantes de la familia, producen para su propio consumo y para cumplir con las obligaciones con su comunidad y con los dueños del poder político y económico, los famosos caciques en muchas formas y trajes.

No han oído de los cambios de paradigma de las economías: de una economía campesina y minera, a economías de la industrialización, y de aquí a la economía de la información. Pero sí experimentan en el campo los grandes cambios económicos que México ha tenido en los últimos cincuenta años. Las transformaciones de la agricultura mexicana son en gran medida consecuencia de su incorporación en la economía capitalista sui géneris de los países vecinos del Norte, que culminó por lo pronto con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC/NAFTA). Su respuesta a todo esto es: “Vamos de Guatemala a ‘Guate-peor’”.

La vida en el campo se caracteriza por la lucha de supervivencia. Quizás sea una característica común a todos los pequeños productores en el mundo. Sus herramientas,

sus productos del campo, su tierra, sus dueños y magistrados pueden ser diferentes, y no importa si trabajan en una sociedad capitalista, feudal o algo diferente, menos fácil de definir; no importa si producen arroz en Java, trigo en Francia o maíz en América Latina; no importan las diferencias de clima, de religión e historia social; siempre se puede definir al sector campesino pequeño productor como una clase de supervivientes. Desde hace mucho tiempo, esta tenaz capacidad de sobrevivir de estos campesinos pone sorpresas frente a los gobiernos que hacen programas de desarrollo para el campo, y frente a los ideólogos de la derecha y de la izquierda. Hoy en día millones de personas siguen sobreviviendo en el campo. Pero éste es, también, un terreno de creciente miseria.

Hay un autor y artista (John Berger) que, en uno de sus libros, nos dice que quizás por primera vez en la historia existe la posibilidad de que estos campesinos pequeños productores desaparezcan del campo, de que los supervivientes de hoy, ya no sobrevivan. En 25 años han desaparecido estos campesinos de Europa del Oeste. Solamente va a haber empresarios y extensiones grandes de producción casi industrial de los alimentos, y un campo sin campesinos, con un desastre ecológico y artístico inimaginable. Tenemos que calcular el costo social, ecológico y ambiental de la desaparición del campesinado y de su sustitución por empresas de alimentos (en multinacionales) que nos van a decir qué vamos a comer y cómo digerirlo. Cuando se va al campo se pueden admirar las enormes máquinas que cosechan, transforman y enlatan al mismo tiempo un producto. En vez de campesinos con sus herramientas, que pueden ser un tractor, una yunta o un machete, se puede mirar la industria en el terreno. Esto sí se llama, en Europa y en los países vecinos del Norte, progreso y desarrollo del campo. Pero esta amenaza de un campo sin campesinos también existe en México. El actual secretario de Agricultura públicamente

se atrevió a decir que hay veinte millones de pequeños productores mexicanos que mejor deben salir del campo y buscar otro empleo. Pero no sólo no hay este empleo, sino que no calculaba el costo social y ecológico de esta propuesta. Además, algunos estudios recientes demuestran que los pequeños productores, a pesar de su situación deplorable, producen relativamente más que los grandes finqueros, que normalmente ganan más explotando la mano de obra barata y eventual. La agricultura moderna no se diseñó principalmente para alimentar a la gente, sino para aumentar al máximo el retorno de las inversiones. Es una cosa muy diferente. Para hacerlo, estos campesinos empresarios deben producir cultivos comerciales en gran escala, principalmente para la exportación a los países industriales ricos. Muchas veces no son los alimentos básicos que las personas locales requieren para su autoconsumo. Pero los pequeños productores están produciendo sobre todo para la alimentación de sus familias y para el mercado local. Es lo que siempre han hecho en el pasado. En Siria, por ejemplo, según la Organización de Alimentos y Agricultura de las Naciones Unidas (FAO), la productividad más alta se logra en las granjas de aproximadamente 0.5 hectáreas. En México, el ideal es 3 hectáreas; en Perú, 6; en India, menos de una, y en Nepal, un poco menos de 2. En cada caso, el rendimiento por hectárea cae en cuanto el tamaño de la granja aumenta más allá de estos límites.

- La palabra “supervivencia” tiene dos sentidos. Se puede sobrevivir a una prueba, a los contratiempos, los obstáculos, los terremotos, el mal tiempo. Pero también tiene el sentido de vivir cuando otros ya no están o han fracasado, ya han abandonado el campo. Es en este sentido que uso la “supervivencia” de los campesinos, pequeños productores. Ellos sí se han quedado trabajando el campo,

la tierra sagrada. Otros ya emigraron, se fueron al Norte o murieron antes de tiempo en la pobreza y la miseria.

En general la economía del campo siempre estuvo dentro de la economía global, nacional y regional. Por eso el campesinado lograba sobrevivir a las revoluciones mundiales y a los cambios del conjunto de la economía, sea en su forma feudal, sea capitalista y hasta socialista. Con estas revoluciones y cambios variaba solamente la forma como el campesino tenía que luchar por su existencia y supervivencia.

Pero los cambios reales se hicieron en los métodos con que se sacaba la plusvalía del campesino: mediante tequio forzado, diezmos, impuestos, aranceles, renta sobre la tierra, renta sobre créditos, prescripciones, reglamentaciones, etcétera. Como un campesino me contestó una vez a la pregunta: “¿por qué piensas que estamos aquí en la miseria?”. Su respuesta fue: “porque nos quitan de la mano lo que queríamos meter en la bolsa del pantalón”. El campo fue ancestralmente el subvencionista para el desarrollo de la ciudad, la industria, el comercio, los servicios, sin que los campesinos pudieran disfrutar del producto de su trabajo. Ésta fue la realidad en su forma más dura, sin compasión, que encontré en la montaña. Además, los campesinos caficultores tenían la carga y el lastre de siglos de ser despreciados por ser indígenas y pequeños productores. Pero caminando en la sierra, cortando el café maduro, platicando con los compañeros, me daba también cuenta de su capacidad de resistencia. Había una actitud subversiva, silenciosa, que contradecía la cultura de la clase dominante. “Nunca nos dejamos vencer y aguantamos”. Los campesinos tienen su propia sabiduría con reglas que la cultura urbana no entiende. Son sagaces y pícaros; ésta es su manera de desahogarse.

Ninguna clase social es tan consciente de su economía como el sector campesino. Esta conciencia determina las decisiones que el campesino tiene que tomar a diario. Pero su percepción económica no es la de un marchante, ni tampoco la de un economista burgués o marxista. Quien ha escrito más elocuentemente sobre esta práctica de la economía del campo fue Alexander Chayanov, un agrónomo ruso.

Con su familia, el campesino produce o trata de producir lo que necesita para vivir, y una parte de su producción, resultado del trabajo colectivo de la familia, él la ve robada por aquellos que nunca trabajan en el campo. El campesino es consciente de lo que le roban, pero no considera esta parte como plusvalía.

Donde empieza la otra mitad de la economía campesina está el trabajo de la familia para satisfacer su propia necesidad. El pequeño caficultor tiene que trabajar primero para cumplir con sus compromisos (pago de deudas, créditos, etcétera), y lo considera como algo natural o como una injusticia inevitable. Pero en los dos casos tiene que pasar por esto para después continuar su lucha por la supervivencia. Primero tiene que trabajar por sus “maestros”, y después para sí mismo y su familia. Y sus “maestros” son varios: locales (prestamistas, tequios) y nacionales (el desarrollo de la ciudad y los ciudadanos exigen los productos más baratos para mantener la mano de obra barata en la industria y los servicios). Al mismo tiempo, tiene que hacer la lucha desigual contra la naturaleza, para garantizar su existencia con su propio trabajo. Así, el pequeño productor tiene que superar continuamente sus desventajas, que le quitan la plusvalía que ni siquiera tiene mediante la producción. De esta manera se mantiene forzosamente en la lucha por la supervivencia, y no hay otro camino para el pequeño productor. Todos los que hablan sobre el desarrollo económico de los pequeños productores de nuestra zona, no ven esta

realidad del campo. No hay desarrollo, solamente lucha de supervivencia. ¿Cómo se puede hacer de esta lucha algo digno para una supervivencia digna? ¡Ésta es la problemática en el campo del pequeño productor indígena! Esta situación es también tierra fértil para un concepto de un futuro mejor: igualdad, vida para todos y todas. Una nueva economía de equivalencia, no de la explotación, que de una vez por todas supere la trilogía de “explotación, dominación y enajenación” del capitalismo actual. Quienes no tienen nada que perder también tienen la capacidad de proponer caminos nuevos. El valor del trabajo, el valor ambiental y el valor sociocultural deben ser partes integrales de una economía de igualdad, y no es el mercado abstracto el que la debe definir.

Muchas veces me preguntan: ¿en qué medida la participación de los socios de UCIRI en el Mercado Justo ha mejorado la situación del campo de los pequeños productores del Istmo de Tehuantepec? Mi respuesta es: muy poco, a pesar de los esfuerzos de los campesinos. Los ingresos de los socios de UCIRI han aumentado en un 100%. Antes tenían un dólar de ingreso al día, y ahora ya son dos dólares diarios. No es gran cosa. La coyuntura mexicana respecto al campo no les da mucha posibilidad de hacer un desarrollo en el sentido occidental. No tenemos que olvidar que, en términos generales, el campo, y sobre todo el campo del pequeño productor, fue siempre el subvencionista para el desarrollo industrial de los grandes centros y ciudades.

La realidad de una continua lucha por la supervivencia, en la que nuestro campesinado está involucrado, es una afirmación de lo que los de la ciudad siempre han dicho cínicamente y con cierta arrogancia: “Los pequeños productores del campo no quieren modernizarse, son retrógradas y un resto del pasado”. Pero los campesinos no

comparten este juicio sobre el tiempo. Ellos consideran el hoy en día, y mañana hay otro “hoy en día”.

A pesar del arduo trabajo para sacar algo de su tierra a fin de poder existir, el campesino se ve condenado a una realidad de trabajo sin fin, y la vida es un intermedio. La muerte es un renacimiento a una vida diferente y siempre mejor. La vida y el trabajo del campesino consisten en buscar aliados, crear fuerzas que les den “seguridades” en una vida no tan segura. La religiosidad popular campesina indígena opera más bien como un seguro de vida que sin embargo no se puede cobrar en esta vida, sino después. El campesino se ve afirmado en esta visión por su encuentro diario con el ciclo de nacimiento, vida y muerte. Quizás por eso es más susceptible para la religiosidad, aunque la religión no es el fundamento de su comportamiento en la vida. Además, la religión de los campesinos no es exactamente la religión de las autoridades eclesiásticas y los sacerdotes. Es el conflicto perenne entre la religión del campesinado y la religión oficial. Esta última siempre percibe la religiosidad de los campesinos como algo a medias, con supersticiones y costumbres que no coinciden con la doctrina oficial. Este conflicto ha causado hasta guerras locales entre campesinos y autoridades oficiales y religiosas. En el pasado han matado sacerdotes que fueron muy reacios para entenderlos.

La incapacidad y hasta la negación para tratar de entender las grandes diferencias de percepción de tiempo (la vida como intermedio o como una línea progresiva) causan frustraciones, sobre todo cuando se impone un solo tipo de tiempo bajo los lemas de “libertad, democracia y progreso”, términos que el campesino no entiende por no tener la misma experiencia de ellos, y tampoco siente una necesidad de estos valores del otro mundo. “Al final, la muerte me va a hacer libre”, me dice un campesino.

Quiero retomar algunas ideas fundamentales de John Berger que me ayudaron a entender la complejidad de la realidad de los campesinos indígenas de la zona. El campesino ve la vida como un intermedio. Él tiene el sueño de un retorno a la vida sin impedimentos. Tiene como meta dejar a sus hijos unos medios para sobrevivir quizás mejores que los que él ha heredado de sus padres. Sus ideales reposan en el pasado, tiene obligaciones para el futuro que él mismo no va a experimentar. Después de su muerte no hace su traspaso al futuro. Su noción de inmortalidad es diferente: es su retorno al pasado.

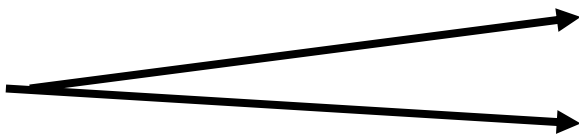
El campesino tiene una noción cíclica del tiempo. Alguien con una noción progresiva del tiempo, no entiende esta noción del tiempo del campesino. Esto causa una desorientación moral para el no campesino. El ciudadano “modernizado” ve el tiempo en línea, por adelante y por arriba, y está basado en causas y efectos. Pero el que tiene un concepto cíclico del tiempo puede aceptar fácilmente la convención de un tiempo histórico. Es como la huella de una rueda rodada.

En la percepción del campesino, la vida sin impedimento, donde él no tiene que trabajar por un sobrante antes que alimentar a su propia familia, es una situación de origen, anterior al momento en que entró en su cabeza una situación de injusticia. La comida es la primera necesidad del hombre. El pequeño productor trabaja en y con la tierra para poder alimentarse. Pero está sometido a trabajar primero para otros a costa de sí mismo. Para el campesino existe una situación original donde hay un mundo justo respecto a la satisfacción de la primera necesidad, que es trabajar la tierra para comer, alimentarse a sí mismo y a su familia, vestirse, mantenerse sano. El derecho a la tierra es igual de importante que comer, vestirse y mantenerse sano. Es el fundamento. Por eso, el

campesino indígena de una tierra comunal defiende con tanta dureza y energía su tierra. La ama como si fuese su madre: de ella nacimos, a ella regresamos. Hablan con reverencia de la tierra como la “Madre Tierra”, que engendra vida mediante el trabajo, la semilla, la lluvia y el cuidado. Laborándola con permiso, nos da los frutos para sobrevivir. La tierra es el documento de pertenencia a la sociedad campesina. Todos los conflictos y revoluciones campesinas han tenido como meta defender la tierra y crear o recrear una sociedad campesina de iguales y de justicia.

Junto a los sentimientos y la imaginación del campesino pobre sobre la justicia en el pasado, la situación original, se encuentran otros sentimientos y esperanzas que se orientan hacia las posibilidades de supervivencia de sus hijos en el futuro. Esta orientación y preocupación son normalmente más fuertes que su preocupación por el pasado.

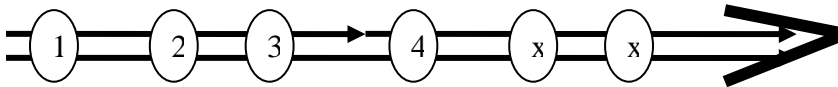
Una cultura de progreso “infinito” espera del futuro una expansión. Mira al futuro como un paisaje lleno de promesas. Este camino se hace cada vez más ancho, abierto:



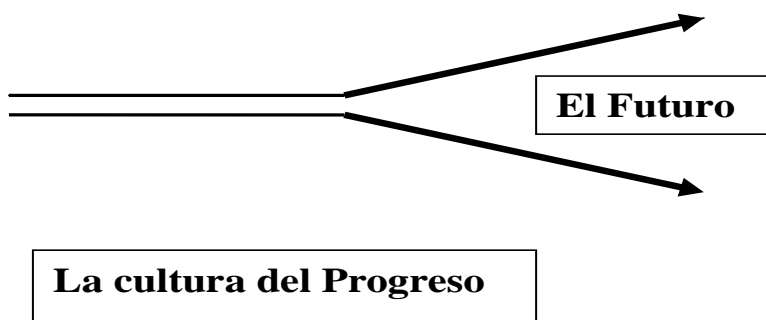
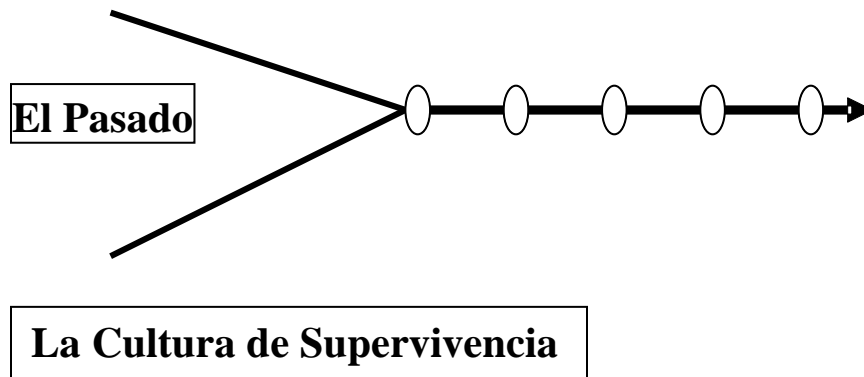
Pero una cultura de supervivencia imagina el futuro como una cadena de actividades continuas, orientadas a la supervivencia. Un individuo en una sociedad estable y ordenada se considera como una etapa en un proceso largo del que sus antepasados eran las fases anteriores, y sus descendientes las posteriores. En este tipo de sociedades hay

muy poco miedo a la muerte y poca preocupación por la vida posterior. Un hombre simplemente considera que se mantendrá vivo en sus niños.

Cada actividad empuja un cable por el ojo, y el cable es la tradición. No hay expansión.



Si comparamos estos dos tipos de cultura y miramos la imagen del pasado y del futuro de cada una, veremos que están en contraste, como en un espejo.



Por medio de estas imágenes interpretativas quizás sea más fácil entender que una experiencia en una cultura de supervivencia tiene un significado contrario al de esa misma experiencia en una cultura de progreso. Por supuesto, no son culturas tan antagónicas como los dibujos hacen creer, pero son articulaciones de “extremos”. Repetimos: son moldes por los que podemos captar una gran cantidad de fenómenos. Son solamente explicativos cuando vemos estos fenómenos en su contexto social de supervivencia o explotación.

Para mí, esta experiencia es fundamental para entender el comportamiento, y es la base determinante de las esperanzas y expectativas del campesinado. Al mismo tiempo, deja en claro el mal entendimiento y el maltrato del campesinado por las clases más acomodadas y “modernizadas”. La ciudad fácilmente pinta al campesinado como conservador, sin entender que, por la dureza de la vida en el campo, el campesino no se atreve tan fácilmente a experimentar cambios que pueden romper la cadena de actividades de supervivencia. “Primero ver, después creer” es su lema. Las innovaciones en el campo tienen que asegurar esta cultura de supervivencia. Por tanto, el Mercado Justo fue insertado en esta lógica: hacer juntos lo que se puede y se debe hacer juntos, y no dejarlo a los que solamente nos tratan de explotar. Para los campesinos, entrar en esta aventura del Mercado Justo fue un camino que podría asegurarles mejor la supervivencia.

Sumergirse en esta realidad, saborear la belleza del campo y la vida a veces amarga de los campesinos, es enamorarse de la totalidad de su vida. En esta “mierda” de exclusión, falta de respeto, falta de gratitud al trabajo del campesino y a su lucha por sobrevivir dignamente, encontré una felicidad que me llena y satisface cada día. A pesar del cansancio me levanto con ganas para encontrarme de nuevo con la vida campesina.

Esto se vuelve pasión. Por supuesto, “la totalidad de la pasión oprime (o socava) al mundo. Los amantes se aman con el mundo. Igualmente se podría decir que con todo su corazón o con sus caricias. El mundo es la forma de su pasión, y todos los sucesos que experimentan o imaginan constituyen la iconografía de su pasión. Por eso la pasión está dispuesta a arriesgar la vida. Se diría que la vida es tan sólo la forma de la pasión” (John Berger, *El sentido de la vista*).

La supervivencia se hace comunidad: el campesino es hombre de lo comunal

Para explorar los perfiles específicos de lo comunal en diversas comunidades y pueblos, es útil establecer un contraste entre las categorías que aparentemente lo constituyen y las que, en apariencia, forman la cultura -dominante en el mando, como es el caso de México. Se trata de aludir a sus diversas presuposiciones, a las distintas nociones simbólicas constitutivas de esas culturas.

No podemos establecer una contradicción entre el hombre como individuo, como un mundo en sí, y el hombre comunal como persona de una comunidad donde se hace un ser humano. El liberalismo y el romanticismo siempre viven juntos, pero tenemos que discernir metodológicamente los dos elementos como espacios diversos para no caer en la trampa de la oscuridad. En cierto sentido, Hegel y Max Weber tienen razón. Marx y Schopenhauer no fueron amigos, pero ambos hablaron sobre lo mismo. La Ilustración es una etapa, no el final del camino. Con ella se ganó mucho (libertad sobre todo, en muchos ámbitos de la vida individual, social, política y cultural), pero la sociabilidad, el ser social de la persona no es la última gota de esta fase y menos es algo obsoleto.

El campesino pequeño productor, con su lucha por la supervivencia en medio de sus “paisanos”, su pueblo, es sobre todo miembro de una comunidad. La comunidad es su defensa. Él se somete a las reglas de disciplina que la comunidad le impone mediante la asamblea de todos los comuneros. Pero el campesino también defiende su pueblo. Cuando hay pleitos entre pueblos vecinos, todos defienden a su comunidad que, por supuesto, es siempre “mejor” que la de los “malos” del pueblo vecino. Al mismo tiempo, los campesinos tienen la capacidad de arreglar los pleitos, aunque dejen pasar años. Estos pleitos también hacen peligrar la supervivencia.

Heteronomía-autonomía

El hombre occidental está sujeto a normas establecidas por otros: constituciones, leyes, prescripciones políticas, económicas, comerciales, religiosas, administrativas, etcétera. Puede plantearse, y de hecho se plantea, la posibilidad de cambiar esas normas impuestas, a las que ajusta su vida, adhiriéndose a empeños colectivos con ese propósito y ocasionalmente impulsándolos, pero en general se sujeta a las reglas establecidas, incluso para violarlas. Las considera, en lo fundamental, como un dato de la realidad no sólo necesario, sino conveniente, aunque reconozca que buena parte de esas reglas puede ser inadecuada y no corresponde a sus necesidades o deseos. Como le parece imposible vivir sin tales reglas y sabe que ningún individuo puede por sí mismo determinar su definición en la sociedad amplia a la que pertenece por adscripción o afiliación (un Dios, un sindicato, una iglesia, un partido político, etcétera), admite su funcionamiento (por ejemplo, en una dictadura, en una prisión, en una escuela, etcétera), o bien las ve como

poderes legítimos, propios, cuando los ciudadanos intervienen en la constitución de esos poderes, a través de procedimientos políticos, como las elecciones, y económicos, a través de la participación en el mercado, aunque puedan ser inadecuadas o equivocadas y opresoras.

Desde que nace, el hombre comunitario está instalado en un mundo normado por su propio ser cultural, por su tradición. Aprende desde niño esas normas y las internaliza, las hace propias. Se trata de un orden normativo interno encarnado en las personas que forman la comunidad, y que tiene un carácter flexible, predominantemente oral, no estandarizado ni de aplicación universal y automática. Aunque la aplicación de estas normas puede resultar rígida y limitadora, el hombre comunitario sabe que existen condiciones para modificarlas autoritariamente. Se abre así un margen a las iniciativas de las personas y a la libertad en la definición de la buena vida y en la manera de llevarla a la práctica, la cual depende tanto del esfuerzo personal como de las instancias comunitarias en las que puede influirse, habida cuenta que la vida misma, la subsistencia, no se realiza bajo una dependencia radical del mercado o del Estado, de su heteronomía: cada persona se ocupa en una medida importante de producir su propia vida. En el ámbito de la comunidad, el hombre comunitario constituye autoridades o cargos a los que atribuye poder autónomo o propio, ajeno a la comunidad: son personas a las que se encomienda una responsabilidad de servicio, y cuyas decisiones se respetan mientras se ajusten a las normas comunitarias.

Ideología / cultura heterónoma

La sociedad arcaica, precapitalista, encuentra su motivación fundamental en una ideología que llamamos heterónoma. Es el ambiente social de la lucha continua para sobrevivir sin tener una salida viable que asegure las necesidades básicas. Su ley fundamental no es el hombre mismo, sino el “otro” (*heteros*, “otro”). El hombre tiene su apoyo y referencia en un orden cósmico, universal, preestablecido y sobrehumano. Ocupa un lugar muy determinado en ese orden, que él trata de mantener y prolongar de un modo mágico, religioso, milagroso. El orden está formulado en su mitología, y realizado y ritualizado en su culto. Este último tiene precisamente como función la de actualizar y perpetrar el orden *ab origine*, desde el origen de todas las cosas. El hombre arcaico, dedicado a su culto, forma parte de la armonía divina, la que incluye a los seres humanos en el mundo. El hombre mismo es solamente un elemento subordinado a ese cosmos, y el individuo es un miembro de la colectividad humana, nada más.

Conforme a esta visión del mundo, el hombre actúa con una conciencia del tiempo que es en cierto sentido cíclica. En una sociedad motivada por una ideología heterónoma, el hombre enfrenta al mundo no-humano, aplacándolo. Su universo moral abarca más o menos confusamente el yo personal, los otros hombres y los seres no-humanos. Cuando el hombre trabaja -lo que significa una lucha por la supervivencia en “armonía” con la naturaleza, interviniendo en el curso de la misma- lo hace solamente porque *ab origine* ha recibido el derecho y el poder de hacerlo dentro de ciertos límites que dicta aquel orden heterónimo y preestablecido. Por eso realiza su trabajo en la medida en que aquel poder y derecho le han sido otorgados, y según un arquetipo divino: el primer trabajador divino que forjó el mundo, el campo, la ciudad, el culto.

En el orden de la personalidad esto significa que el hombre arcaico actúa en cierto sentido, nunca absoluto, con una conciencia precrítica, que implica una dimensión mágica: el otro (Dios, santos, héroes, naguales, etcétera) sabe y determina. En el orden moral esto significa que tiene normas éticas preestablecidas y caracterizadas por la sumisión y la expiación. El orden en el pueblo, un buen gobierno por parte de las autoridades elegidas, refleja estas normas éticas y religiosas de la comunidad. En el orden técnico esto implica que existe un sistema de normas socioeconómicas caracterizadas por la adaptación y la receptividad. Un mal gobierno siempre es un gobierno que no sabe mantener el orden comunitario.

Ideología / cultura autónoma

La sociedad actual “moderna” y capitalista encuentra su motivación fundamental en una ideología que podríamos llamar autónoma. Su norma primaria y su valor fundamental es el hombre mismo. El hombre moderno, sobre todo secularizado, no recurre a tal orden sobrehumano, cósmico, preestablecido e intocable. Se basa concretamente en una visión ideológica del hombre que lo declara responsable en el orden humano, moral, material y económico. El hombre considera como su deber fundamental la creación progresiva e histórica de ese orden, en el que él mismo ocupa un lugar central y decisivo. Hay, por tanto, una controversia del tiempo de tipo histórico.

En esta sociedad, motivada por una ideología autónoma, el hombre se enfrenta al mundo no-humano controlándolo, dominándolo y explotándolo. Su universo moral no considera lo sobrehumano. El mundo no-humano, desmitificado (sólo de su carácter

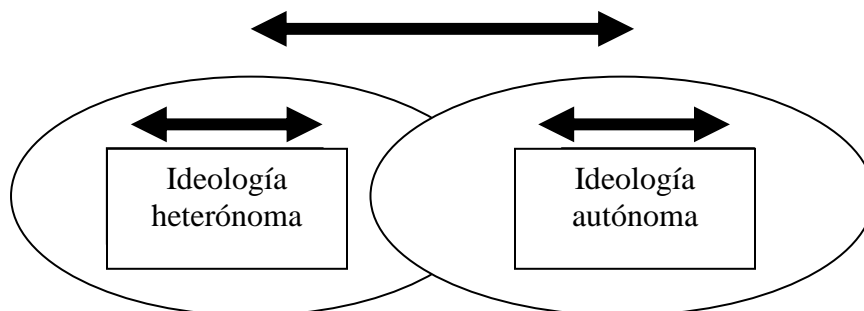
heterónimo, ya que se crean nuevos “mitos”), se ha convertido en “materia” disponible, y el hombre se considera como su propietario único y absoluto, que individualmente se expresa en la “propiedad privada”, entre otros. El individuo, según esta ética humana de tipo autónomo, trabaja esta materia de acuerdo con su capacidad, lugar social y apropiación. En el orden de la personalidad esto implica que el hombre moderno actúa o pretende actuar con una conciencia crítica y selectiva, ecléctica. En el orden moral esto significa que existen normas éticas caracterizadas por proyecciones conscientes e históricas. En el orden técnico existe un sistema de normas socioeconómicas caracterizadas por la transformación de la materia y la creatividad humana.

Las dos ideologías son conceptos ideales, y en sus extremos forman un continuo donde se encuentran elementos tanto de una como de otra. En el hombre dizque moderno persisten elementos del hombre arcaico, y en la actualidad el hombre arcaico (que es hombre de subsistencia y dependencia de la naturaleza y las leyes del sistema dominante) recibe influencias, aunque caóticas, de la sociedad autónoma.

En una sociedad no solamente se pueden encontrar las dos ideologías, sino variantes, mezclas y residuos de ambas. En la actualidad domina la ideología autónoma, que se inclina hacia una cultura secularizada que trata de hacer absoluta la autonomía y los movimientos y anhelos de emancipación del ser humano. La realidad es siempre más rica que cualquier teoría o concepto de la misma. No hay heteronomía pura como no hay autonomía pura. Como los modelos usados anteriormente la siguiente representa las tensiones entre el grado de heterónimo y autónomo y cual de los dos es más determinante en la vida diaria.

Gráficamente podemos expresarlo en las siguientes formas:

Las diferentes lógicas y prácticas sociales



Impersonalidad-personalización

La vida del hombre occidental tiende a transcurrir en un mundo impersonal, en que todos los individuos reciben un tratamiento homogéneo y uniforme, definido por las categorías abstractas en que cada individuo se coloca, conforme a principios de igualdad. Todos los individuos son tratados como cualquiera de los átomos que forman la categoría abstracta de la situación en que se colocan: son uno más, entre muchos, de los pasajeros de un avión, de los electores de un estado, de los alumnos de una clase, de los usuarios del seguro social o de cualquier servicio público o privado. Esta impersonalidad se proyecta habitualmente en las relaciones concretas de los individuos, que se entablan desde la separación radical de su individualidad. Este sistema de tratamiento corresponde a la organización crecientemente especializada de la vida cotidiana, que separa actividades,

esferas, ámbitos de acción, en formas que contaminan la percepción misma del mundo, que llega a entenderse como mera yuxtaposición de compartimentos estancos, esferas autónomas separadas unas de otras. Del mismo modo que los espacios se homogeneizan en la especialidad (espacios para estudiar, comprar, entretenerse, transportarse, dormir, etcétera), todas las actividades aparecen separadas en su especialidad: son religiosas, políticas, laborales, económicas, sociales, eróticas, etcétera.

La vida del hombre comunitario transcurre como unidad de la diversidad, en el pluralismo de lo real que existe en la continuidad. Las personas reciben normalmente tratamientos heterogéneos y diversificados, conforme a las condiciones y características de las redes de relaciones que definen el ser personal, según principios de jerarquía legítima y reconocida (como la de la edad, la historia de servicio a la comunidad, etcétera). Cada persona tiende a personalizar todos sus tratos y actividades, y espera ser tratado como persona, como un ser singular y único en el tejido de relaciones que lo definen: el hijo de don Pancho, el que fue buen comisario o mayordomo de la fiesta hace unos años, el que sabe exactamente cómo debe hacerse un ritual específico. Todas las actividades tienen siempre características multidimensionales: no hay esferas separadas para la religión, la política, la economía, etcétera. Cada acto o comportamiento tiene significado e implicaciones en todos esos aspectos.

Trabajo-actividad

El hombre occidental depende casi enteramente de su ingreso económico para vivir. Paga impuestos en varias formas y nunca le gusta. Piensa que el Estado solamente los usa en

su contra. Adquiere en este ambiente tanto la actividad laboral misma como la vida fuera del empleo, que consiste básicamente en el consumo de bienes y servicios que se consiguen mediante el capital. Los intercambios que forman condición indispensable de su vida se hacen en el marco de un mercado abstracto, en cuyos términos y formas de funcionamiento no pueden influir los individuos que participan en él.

El hombre comunitario produce su propia vida, desarrollando actividades útiles para sí mismo, para su familia y para su comunidad. Este empeño incluye la realización de múltiples intercambios, algunos de los cuales toman forma monetaria, en términos que determinan las partes que intercambian y que pueden o no tomar como referencia para ello las condiciones prevalecientes en su entorno. Para satisfacer algunos deseos y necesidades, el hombre comunitario realiza también intercambios en el mercado abstracto, pero en general busca que esta dimensión o esfera de su actividad no resulte determinante en su vida cotidiana más allá de ciertos periodos o condiciones. Aunque el empleo por un salario y la venta de productos y servicios al mercado abstracto pueden llegar a representar una parte importante de la actividad del hombre comunitario, éste intenta persistentemente que se subordinen a las condiciones de producción de su propia vida, que la hagan posible, y que su vida no quede al servicio del empleo: intenta trabajar para vivir, en vez de vivir para trabajar. Y buena parte de lo que hace no representa “trabajo”, aunque implique esfuerzo físico y mental: es el ejercicio natural de sus capacidades al producir su propia vida.

Libertad religiosa-religiosidad compartida

Para el hombre occidental, la libertad religiosa, es decir, la posibilidad de que cada individuo elija su religión (una fe, una iglesia, un régimen de creencias, cultos y rituales), constituye una conquista histórica arrancada al régimen político en que se habían fusionado los poderes espirituales y seculares. Una vez que ha elegido su religión o que ha decidido no adoptar ninguna de las convencionales, puede practicar colectivamente los ritos y cultos propios de su elección, y compartirlos con quienes participan de ella. En esta actitud, tiende a distinguir con nitidez el orden natural del sobrenatural. Considera que el primero puede ser objeto de conocimiento y, sobre todo, de dominio y control por parte del hombre; mientras que el segundo es objeto de fe, de creencia, y escapa a su comprensión y control.

Para el hombre comunitario, la religiosidad es una expresión directa de su condición como persona inmersa en una comunidad. Representa una actitud compartida, en que la sensación de pertenencia, de entrelazamiento, de comunidad, se extiende al orden sobrenatural. No se percibe solución de continuidad entre el orden natural y el sobrenatural: están directamente enlazados entre sí y forman parte de su mundo vivo, de su vivencia. Ninguno de los dos puede ser objeto de dominación y control: es preciso dialogar con ellos, ganar sus favores, propiciar su benevolencia.

Progreso-armonía

Para el hombre occidental, el ideal del progreso define un camino de transformación incesante que implica insatisfacción permanente. Vive en la compulsión de mejorar el estado actual en el individuo lo mismo que en la sociedad. El ideal de progreso forma

parte de su concepción del tiempo, como flecha lanzada hacia adelante. Todo debe someterse a la necesidad continua de cambio, en que lo único permanente es abstracto: está fuera de la realidad.

Para el hombre comunitario, lo importante es mantener la armonía en el mundo y con el mundo. Éste no marcha en una cierta dirección: transcurre en ciclos. Cambio y permanencia son dos caras de la misma moneda, dos dimensiones o aspectos de la misma realidad: todo cambia y todo permanece. Al hombre comunitario le preocupa la perduración, o sea, la continuidad de su comunidad, de su pueblo, de su cultura, a sabiendas de que no es estática y mucho menos inmutable. Lo que le interesa es que los cambios no impliquen ningún abandono de la tradición. El hombre occidental realiza actos de amor, caridad, solidaridad, pero no son condición de su vida, e incluso en ellos se observa a menudo la proyección de su propio interés.

Las relaciones del hombre comunitario se rigen por el principio de la reciprocidad, en que los intercambios se realizan como condición natural de la existencia comunitaria, como forma de mantenerla y fortalecerla. En estos intercambios, lo importante no es el valor económico o simbólico de lo que se intercambia, sino el hecho mismo de hacerlo. Lo que se busca es mantener la operación fluida de redes de intercambio, que son expresión de las redes de relaciones que constituyen tanto a la persona como a la comunidad y son condición sustancial de la subsistencia cotidiana,

Desde esta perspectiva, la organización UCIRI, como tantas otras agrupaciones campesinas en México, ha desarrollado su propio ritmo de organización, su propio liderazgo, su propia democracia. Esta cultura de organizarse eficientemente se acopla con su cultura campesina comunal. Por siglos se han defendido raquíticamente, pero con la

“modernización” de su trabajo y de su capacidad organizativa, con su lucha común en defensa de sus tierras contra los intentos de parcelación (el famoso cambio del artículo 27 de la Constitución Mexicana), y mejorando su medio ambiente mediante el cultivo orgánico de su producción, han dado un salto cualitativo sin perder su historia, su ser, su cultura ancestral. Por supuesto hay tensiones: algunos campesinos se quejan de que los jóvenes de algunos pueblos ya no quieren hablar su lengua zapoteca o mixe, aunque mantienen costumbres y expresiones culturales de sus sones entreveradas con canciones “modernas”. La cultura de los campesinos no es un problema como algunos científicos lo dejan creer (véase Lawrence E. Harrison y Samuel P. Huntington en *Culture Matters*, “La cultura es importante”), con una percepción aislada de la realidad global. Sí, la cultura es de suma importancia, pero siempre inserta en la realidad práctica de la supervivencia. UCIRI ha rechazado el “culturalismo” que trata de mantenerlos como en un museo, añorando los viejos tiempos. Los viejos tiempos fueron también tiempos de supervivencia, y muchas veces con poca o nula dignidad. También eran tiempos de conflictos y aberraciones. Una cultura para el turismo ya no es cultura, sino un producto en venta, y hay indígenas que con mucha inteligencia lo han explorado y explotado.

Al lado de la organización que UCIRI ha desarrollado a lo largo de su historia de 25 años, existe la organización de los Bienes Comunales y del Municipio Autónomo según las leyes de usos y costumbres, acreditada por la constitución local del estado de Oaxaca. Mantener y desarrollar en estos municipios formas de un buen gobierno, donde ya no haya discriminación de género, donde haya un cuidado del medio ambiente, donde se haga un gobierno transparente y democrático, es un objetivo y una tarea constante de UCIRI. Este camino queda para caminar y nunca se acaba.

Dentro de ese contexto más amplio, estas categorías diferentes de la economía familiar pertenecen a y deducen el apoyo de una multiplicidad de instituciones locales formales e informales. Estas últimas a menudo proporcionan los bienes y servicios esenciales a los pobres rurales, particularmente a falta de políticas públicas apropiadas, de un buen funcionamiento de los mercados, de gobiernos locales eficaces y de una provisión oficial de precios netos de seguridad para el vulnerable. Sin embargo, los políticos y practicantes del desarrollo han prestado poca atención a entender este contexto institucional local y su impacto positivo o negativo en las estrategias de sustento de los campesinos pobres. A veces, los políticos y practicantes del desarrollo incluso han creado nuevas instituciones que no han satisfecho las necesidades de los campesinos, o han minado instituciones existentes que eran apreciadas por los pobres del campo.

Desarrollo y supervivencia

Todo esto fue para mí una experiencia sin articulación con los porqués, hasta que me enseñaron la gran importancia del tiempo: el tiempo de sembrar, limpiar, cosechar y cargar juntos con el desastre natural; el tiempo de nacer, crecer y morir. La aversión de los campesinos a todos los proyectos y programas del gobierno y ONG's que les prometieron milagros, progreso, desarrollo, etcétera, me abrió los ojos, y entrando yo mismo en el trabajo manual del campo, y reflexionando sobre la historia de mi propia familia, se me aclararon muchas cosas, y la experiencia se hizo una teoría, un marco de referencia donde muchos elementos tenían su lugar "lógico". Pero en las discusiones en gremios de "desarrollistas", mi "teoría" no fue muy bien recibida. Muchos quieren andar

por el camino fácil, asfaltado y con indicaciones claras, como lo han aprendido en las escuelas y universidades. Recuerdo un taller que en los años sesentas hicimos en México con sociólogos, teólogos y psicólogos, sobre la temática: qué es y qué hay detrás de la religiosidad popular, tan arraigada en las zonas rurales y en los pueblos campesinos. Los científicos tenían que decir de antemano: no tenemos ni una remota idea. Estudiamos, hicimos observaciones de campo, vivimos con la gente, y poco a poco los elementos básicos se manifestaron. Ello dio como resultado varios estudios (sobre todo el de Gilberto Jiménez), y yo mismo escribí en 1985: *Organizar la esperanza: la religiosidad popular rural* (CEE, México). En el campo hay brechas tortuosas. Me volví “tonto” con los “tontos”. Recuerdo una anécdota ocurrida en un templo de Chalma, donde participé en la peregrinación de una comunidad campesina hacia el Señor de Chalma. Hubo una misa muy solemne, y el padre hizo todo lo posible por explicar a los campesinos el significado ortodoxo del Dios único, omnipotente, etcétera. Un campesino sentado a mi lado y aburrido de la plática del sacerdote, me dice: “El padrecito no entiende. Está hablando de otro Señor de Chalma que no es el nuestro”. Se trataba de dos mundos donde no había un código de comunicación común; pero el campesino por lo menos tenía la lucidez de captar la gran diferencia y la incomunicación. Además, fue una refutación al poder sacerdotal del padrecito, que manejaba la “Verdad” y tenía como tarea explicarla bien a los campesinos que, según él, tenían ideas y prácticas muy equivocadas frente al santo.

En la organización UCIRI tomamos por tanto el camino más lento. Teníamos que buscar juntos hablar el mismo lenguaje, captar el mismo ritmo de tiempo, entender a fondo la resistencia hacia los cambios. Ver juntos la realidad y decidir juntos qué

conviene a la supervivencia, así como trazar los caminos que aseguren un poco esta supervivencia en forma más digna. Propuestas y decisiones para algo novedoso, como fue la discusión sobre la producción orgánica, la introducción de una caja de ahorro y crédito, la formación de jóvenes campesinos en el Centro de Educación Campesina, tomaron bastante tiempo para poder llegar a un consenso. Además, respetamos desde el inicio la cultura democrática que no va por votos y mayorías, sino por consenso. En caso de que la comunidad no estuviera convencida, no podía haber ninguna decisión hasta que se pusieran de acuerdo. No era solamente la razón la que ganaba, sino sobre todo la convicción de que la introducción de ciertos cambios no perjudicaría su ritmo de trabajo y su capacidad de supervivencia. Desde el inicio no manejamos por ningún lado la perspectiva de que íbamos a crear condiciones de progreso. El lema principal fue: hacer agradable la lucha por la supervivencia. La conexión del pasado, el sueño de un mundo sin injusticias, con el futuro: cómo heredar a los hijos tierra y trabajo en mejores condiciones, fue articulado como una búsqueda de estar contentos en esta lucha. Lemas como los siguientes ilustran esto: “En UCIRI luchamos para la vida”, “La felicidad no se vende y tampoco se compra. La felicidad se hace luchando juntos”, “Dios no quiere las injusticias, sino los malos gobiernos, que nos tienen bajo el yugo de la injusticia”, “En UCIRI luchamos por una tierra fértil, sin mancharla”, “La tierra es nuestra Madre, nadie la maltrate”, o el lema del festival 2004: “UCIRI: vida, fe y esperanza que resiste”, etcétera.

El gobierno actual, en su afán por modernizar la economía (neoliberal) en el campo, ha gastado millones sin mucho éxito. Al contrario: estamos peor que antes. El movimiento “El campo no aguanta más” gritó que se tienen que rehacer las políticas

agrarias en forma urgente. Tres meses de discusiones con el sector campesino (cierto es: con propuestas y políticas muy diversas, clientelares, opuestas en el tiempo) y muy pocos logros. En el campo mexicano, el pasado alcanzó al futuro. A Vicente Fox, el presidente que presume de ser hombre de origen y vocación rurales, el empresario agro-exportador que llegó a ser jefe del Ejecutivo, y a Javier Usabiaga, el secretario de Estado que ha hecho fama y fortuna explotando la tierra y sus hombres, les reventó su segunda gran crisis social en menos de dos años de gobierno, precisamente en el campo.

Se trata de una crisis compleja en la que confluyen viejos problemas del mundo rural con medidas del nuevo gobierno, que los agravan: protestas campesinas legítimas y defensa de los intereses espurios de los líderes de organizaciones tradicionales; movilizaciones de resistencia desde ejidos y comunidades, y la pretensión de los gobernadores del PRI de medir fuerzas clientelares con la administración de Fox.

Por lo menos desde el sexenio de Miguel de la Madrid, los gobiernos priístas han impulsado un conjunto de políticas con un fuerte sesgo anti-agrario. Fue el auge de la Revolución Verde, pero sin una política pública rural clara. Fueron los industriales los que se aprovecharon de la producción y no dejaron ninguna posibilidad o tecnología a los productores para agregar valor a su producto, que quedaba como materia prima mal pagada. En gran medida fue el campo el que tuvo que cargar con la crisis social que el gobierno trató de manejar dando precios de garantía al consumidor muy por debajo del costo de producción. Desde 1982, la inversión pública destinada al campo disminuyó de manera sostenida. Se privilegió la importación de alimentos por encima del estímulo a la producción nacional. Se abrieron las fronteras indiscriminadamente y sin gradualidad, sin reconversión productiva y casi sin compensaciones. Hubo pocos recursos para el campo,

y los que había se concentraron en el apoyo a los grandes agricultores de exportación. Se intentaron meter al mercado las tierras que se encontraban en manos del sector social. Se buscó, deliberadamente, drenar la población rural e impulsar una agricultura sin campesinos.

El resultado de estas políticas fue una caída generalizada de la rentabilidad del sector agropecuario, la disminución del ingreso campesino, el incremento de la pobreza rural y el aumento de la migración. Ante la disyuntiva de optar entre las ventajas comparativas y la soberanía alimentaria, el país se quedó sin las dos. En este contexto nace el movimiento de carácter plural: “el campo no aguanta más”.

En lugar de modificar esta orientación, el gobierno de Vicente Fox la ratificó y profundizó. Existe un nuevo proyecto de Ley de Desarrollo Rural aprobada en la Cámara, pero no promete mucho. Tiene como título elocuente: “Ley de Desarrollo Rural Sustentable”. Ni es buena para un desarrollo rural ni menos es sustentable para el campesinado.

El PRI, y en cierta medida también el PRD, ya comenzaron a utilizar el ascenso en la lucha campesina como terreno de confrontación con el gobierno de Fox. Para el PRI es vital conservar su fuerza en el sector. Allí tiene su granero electoral y mantiene una presencia clave. La nueva administración pretende desarticular esa influencia quitándoles a los gobernadores el manejo de programas agropecuarios y de combate a la pobreza, que tradicionalmente han sido instrumentos de control político. Y el PRI no puede darse el lujo de permitir que eso suceda. Ejemplo de ello es la reunión que los gobernadores de los estados cafetaleros sostuvieron con el Presidente en el mes de julio de 2001. Los mandatarios estatales no sólo querían delinear un programa de acción para enfrentar la

crisis del aromático, sino que pretendían que los recursos de Alianza por el Campo, hoy bajo el control de la Secretaría de Agricultura, fueran recuperados por los gobiernos de las entidades federativas. Este intento fracasó en buena parte.

La hierba seca del campo ha comenzado a arder. Pasado y futuro coinciden en el incendio. Si el nuevo gobierno de verdad cree que se trata solamente de la defensa de los intereses de viejos líderes, se equivoca. Los campesinos luchan por su supervivencia. Sería bueno no olvidar que el Estado mexicano moderno nació de una revolución agraria.

Primeras respuestas frente a la crisis en el campo

La desarticulación en el campo y la falta de políticas claras de un desarrollo equitativo, crean un ambiente de mucha inseguridad. Gremios de cafetaleros, de maiceros, de productores de sorgo y otros artículos, no solamente hacen marchas, sino que sobre todo buscan en conjunto un tipo de consenso para recrear las demandas reales y concretas en el campo. Hasta este momento con muy pocos resultados. Sólo en el área del café hay algunos avances, en parte por la importancia de la crisis y en parte también por la importancia que este producto tiene para la economía mexicana. Nos referimos sobre todo al sector campesino de los pequeños productores: maiceros, sorguicultores, cacahuateros, cafetaleros, piñeros, etcétera. Es el sector más golpeado: sin recursos propios, sin insumos significativos para sembrar, cosechar y resistir al mercado feroz. La descapitalización y el descuido por parte del Estado, han propiciado el abandono del campo y la búsqueda de empleo donde sea (“¡ir al Norte!”), con pocas experiencias positivas y muchas muy negativas. Después del 11 de septiembre muchos han regresado a nuestra tierra más desesperados: a empezar de nuevo con poco o nada.

Otros se afianzan en la añoranza de los viejos tiempos del PRI, que por clientela política daba recursitos a los campesinos fieles y poco conscientes. Fue la fiesta de cada trienio o sexenio. Las organizaciones clientelares de partidos políticos, sobre todo del PRI (CNC y sus aliados de otras vertientes políticas), están en un proceso de descomposición, de poca influencia en el campo, o quizá hasta de una completa desaparición. Las organizaciones sociales con origen en la izquierda no han logrado afianzarse en proyectos productivos eficientes y dependen de fondos foráneos. Tan pronto como se cierra la llave se reduce la organización a un chorrillo de poca resonancia y militancia. El uso y abuso del campesinado para fines políticos partidarios, no ha dejado una cosecha abundante.

Otros tratan de consolidar sus organizaciones de origen independiente. Es una lucha de supervivencia, pero también ha creado un afán por buscar aliados entre ellos, no solamente para enfrentar la ausencia de políticas gubernamentales en el caso del campo, sino también para crear mecanismos de solidaridad, intercambio de experiencias adquiridas, poner los esfuerzos en común para ser más eficientes. Así se constituyeron en este año varios frentes nuevos: Mercado Justo de México, Agromercados, Café Sustentable, por mencionar sólo algunos.

Balance después de 20 años

Para el país no fue un buen negocio abrir al libre comercio el sector agropecuario como consecuencia del Tratado de Libre Comercio con Canadá y Estados Unidos (TLCAN). El balance comercial con estos dos países fue negativo en el periodo de 1995 a 2000, y ya no hubo autosuficiencia alimenticia. Para crear condiciones de autosuficiencia alimenticia

se necesitan programas bien elaborados y debidamente consensuados con los productores y sus organizaciones (con sus insumos), a fin de llegar en cinco años nuevamente a esta autosuficiencia, sin perjudicar al consumidor.

Retos para México en un desarrollo real en el campo

Sabiendo que el sistema neoliberal, en la forma como se ha implementado en los países de nuestra región (véase el TLC/NAFTA), no es de ninguna manera viable ni benéfico para los pequeños productores del campo, veamos como punto importante crear, ampliar, afianzar y promover por cualquier medio el Mercado Justo. Existen ahora intentos válidos en los tres países: México, Estados Unidos y Canadá, pero hasta ahora han tenido poca difusión. No solamente es un proyecto económico, sino una política pública diferente de la “oficial”. Crea la capacidad de ofrecer a los consumidores conscientes, de buena voluntad o solidarios con la vida de los ciudadanos en el campo, un vehículo empresarial con un enfoque diferente. Es más que solidaridad. Es también un desafío al sistema neoliberal, donde las leyes del mercado prevalecen sobre los derechos de los productores y consumidores. El Mercado Justo es protesta y propuesta. Aprendimos que el sistema siempre espera una protesta violenta para destrozarse a los actores. Optamos por una protesta pacífica, sana, racional, dentro del mercado de bienes y sus opciones políticas. Rompimos así el círculo vicioso del pensamiento único, sea de la derecha, sea de la izquierda. Una protesta pacífica mediante una propuesta constructiva, es más eficiente y desafiante para el sistema dominante. Es más que un mercado con tintes éticos, morales: es un proyecto económicamente viable que se tiene que enfrentar con un

sistema económico no viable, o por lo menos no sustentable. Es de suma importancia crear mecanismos donde se calcule el costo de producción y el costo ambiental como elementos esenciales del precio real de un producto, algo que la economía actual no hace.

Además, es parte de nuestra experiencia que la producción orgánica no es solamente una forma de penetrar en un nicho del mercado hasta este momento favorable, sino un proyecto político-cultural que hace lo que la Madre Tierra pide: respeto a la vida, a la biodiversidad, a un futuro de otros, donde todos y todas quepan.

Es por eso que en México determinamos que el Mercado Justo tiene que ser a la vez orgánico y estar en manos de los productores mismos. Es el aporte de los campesinos a un Mercado Justo, orgánico, democrático, de calidad, que cuide bosques y fauna, crea las condiciones de una sustentabilidad que garantice la supervivencia digna de los campesinos. Además, es parte de la “escuela” de hacer un buen gobierno en las comunidades: un mercado con democracia que procura un bienestar de las familias.

Es también nuestra experiencia que un desarrollo integral (cultural, social, político y económico, en diferentes ritmos, pero articulados) solamente lo pueden hacer las organizaciones sociales, con sus redes y sus capacidades de convocación y concertación, y hasta con los departamentos gubernamentales, con sus propios esfuerzos, recursos y capacidades. Aquí tenemos un cuestionamiento fuerte a las políticas de muchas ONG’s, que pretenden que con dinero (muchas veces regalado), asistencia técnica muy temporal, e implantación de modelos ajenos a las estructuras y tradiciones de las comunidades, se pueden solucionar problemas contundentes en el campo.

Otra problemática es la descapitalización, o mejor dicho, la no capitalización de los comuneros. Los productores no tienen ni una remota posibilidad de invertir en una

producción alternativa, colateral a sus cafetales y maizales, por falta de acceso a créditos blandos. Las organizaciones necesitan el acceso a créditos para invertirlos debida y empresarialmente. Así se crean organizaciones que con orgullo pueden decir: lo logramos con eficacia, con nuestros pantalones y faldas, y en forma democrática, como un buen gobierno lo debe hacer.

Queremos ser parte de la cadena completa de la industria cafetalera (y de otros productos, como son las mermeladas y la ropa). Esto no lo puede hacer uno solo, por lo que hay una gran necesidad de crear redes comerciales alternativas que también sean redes empresariales alternativas. Lamentablemente somos sobre todo exportadores de café oro, pero queremos ser productores de café terminado: tostado, molido, empaçado y puesto en el mercado nacional e internacional. Todos sabemos que el valor agregado hace el negocio redondo para el productor.

Al final todos perdemos con estas desigualdades. Creemos que cualquier política económica verdaderamente sustentable debe tener como prioridad la eliminación de desigualdades. Ésta surge de la visión de una supervivencia en el campo que alimenta, embellece y mantiene limpios los ríos, y que conserva los bosques favorables a millones de pájaros migratorios.

Con cariño y respeto reproduzco aquí una poesía del joven Maurino Fernando Arista, de Santa María Guienagati, quien murió de tuberculosis el 7 de julio de 1985. Este poema fue presentado en el Primer Festival Campesino de UCIRI (1983).

Esperanza cafetalera

Como renace la aurora
renace la esperanza del cafetalero
al ver que su sacrificio
al fin rinde fruto verdadero.

Fruto de ansiada redención,
sorteando a pasos obstáculos,
que propicia la ambición.

Como vuelve la luz al nuevo día
has vuelto a ser el fruto deseado
porque hemos palpado con alegría
que por ti no seremos explotados.

Vuelve la esperanza al hermano
de ver la cosecha del fruto anhelado
y comprender que sólo unidos
difícilmente volveremos a ser explotados.

Como el verdor vuelve a la primavera
tras el desolado y frío invierno

así vuelve la esperanza cafetalera
al deslumbrar el fruto tierno.

Porque sabe que su trabajo
ya no será para el patrón
y sabe que todo es presagio
que pronto terminará con la opresión.

Que renace la aurora
tras la obscura noche,
que también renazca el cafetalero
sin que lo exploten.

Capítulo 4

La capacidad de los campesinos para imaginar la urgencia de un Mercado Justo y su capacidad de realizarlo

El trasfondo del Mercado Justo es aparentemente difícil de “traducir” a un público general. Normalmente no hay mucho interés en qué tipo de mundo y qué tipo de sociedad queremos. Las respuestas previstas: “Son especulaciones”, o mandan éstas al territorio de los sueños y de las utopías. Se hacen *business* y punto. “No queremos asuntos políticos en el mercado”, etcétera. Pero mercadeando en cierta manera, vendiendo productos, sobre todo de primera necesidad, y comprando artículos que se necesitan, se crea una cierta imagen de la sociedad en formas peculiares. Vender productos en forma rapaz y comprar artículos en una forma indiscriminada, crea una sociedad poco responsable y de una rapacidad atroz. Cuando hay en todo este juego del mercado responsabilidad en la oferta y en la compra del producto, se hace una sociedad de gente responsable, donde cada cual está en su lugar y con sus alcances para el conjunto. Concebir al productor como un ente que se puede explotar y usar, y al consumidor como un sujeto que se puede manipular, no nos parece muy sano. Al contrario. Por eso, en este capítulo quise elaborar, desde la perspectiva del Comercio Justo, algunas prácticas e ideas sobre cómo ser vecinos decentes en un mundo global.

El mercado no es lo que determina toda la vida. La vida es más que mercado. Y ninguna relación determina, sino, más bien, co-determina. El Comercio Justo tiene dos pilares principales: los productores y los consumidores. Hay instancias de segundo orden

que facilitan esta relación básica del mercadeo: la industria, los comerciantes y los promotores.

Las instancias intermedias son importantes para crear lazos de intercambio entre el productor (que a su vez también tiene necesidad de artículos que tiene que comprar, lo que significa que también es consumidor) y el consumidor, que muchas veces también es productor. Partimos de estas relaciones “simples”. En el mercado dominante existe una tendencia constante a mantener separadas estas relaciones básicas. “Compartimentar el mercado” es el lema, y “cada cual en su lugar”. El productor y el consumidor en su lugar, y la industria y el comercio procuran, por conductos medio secretos, que el productor pueda vender su producción, y que el consumidor encuentre lo que necesita. Pero frente a este juego de mantener productores y consumidores en el anonimato, surge una corriente creciente que prefiere lo contrario: queremos saber a dónde van nuestros productos, y el consumidor quiere saber de dónde provienen los productos que él o ella compra, y bajo qué condiciones llegan al mercado. Quiero establecer algunos elementos sobre todo desde la perspectiva del productor pobre, desafortunado y hasta superfluo para el sistema de mercado.

Cuando el campesinado pobre construye caminos democráticos que hacen un buen gobierno de la comunidad, el campesino siente el poder colectivo en sus propias manos. Respeto, orden en libertad, y confianza son los ingredientes que le permiten opinar en la plaza pública de su pueblo, caminar tranquilamente en la montaña, trabajar a gusto. Hay vida con cariño.

La vitalidad donde la opinión pública va junto a la democracia y el respeto a las autoridades votadas en público según “usos y costumbres”, da credibilidad a un proyecto

de vida diferente del que la sociedad dominante propone y hasta impone. No significa que estas comunidades indígenas sean perfectas. No lo son, por el simple hecho de ser comunidades de seres humanos. Hay discriminaciones muy arraigadas, sobre todo en áreas del rol de género y la igualdad de hombres y mujeres. Pero descubrimos que las comunidades no ponen estos problemas bajo una canasta para olvidarlos. La discusión entre comunidades de la zona mixe, altamente patriarcales, y las comunidades de la zona zapoteca, altamente matriarcales, es rica, desafiante, y un día va a producir soluciones.

Partimos de lo siguiente: todos aquellos que, por amor a la vida, están inmunizados contra los tentadores y falsos caminos del poder y del dinero, deberían juntarse públicamente para convertir la esperanza de los desesperados de la tierra en una realidad social. Es por eso que las organizaciones sociales se afilian con un común denominador: defender la vida, defender el campo, defender la belleza de la naturaleza, defender el derecho de vivir dignamente, defender el derecho de ser diferentes. Ello significa a la vez hacerse vecinos, no distantes, sino cercanos. No es solamente un encuentro de individuos, sino de seres sociales, humanos. Y no solamente somos socios de una sociedad: podemos ser también vecinos prójimos.

Estas aclaraciones tienen que ver con la magia de la economía neoliberal y el desarrollo mundial que la promueve.

En una reflexión “ideológica” se tiene que aclarar el punto de partida con claridad. Los intereses, muchas veces ocultos, determinan en gran parte los supuestos y proposiciones. El interés principal de hacer observaciones críticas respecto a la economía dominante, que sí afecta a los campesinos en los últimos rincones de la sierra, es aclarar y analizar por qué los campesinos de la montaña han visto reducidos sus ingresos reales en

los últimos años. No es porque sean flojos o maleducados, ni por falta de capacitación, etcétera, sino que hay razones más a fondo.

La otra razón es: porque la presentación de la economía del mercado en su forma actual, con su fundamento en la teoría no solamente clásica liberal, sino en su extremismo liberal e individual, se defiende y se funda en elementos religiosos. Se tiene que creer en el mercado, en sus mecanismos y en su funcionamiento como ejercicio de libertades democráticas. Pero en la realidad se ve que esta fe no funciona.

Cuando se habla de globalización se pretende que la gente esté a favor o en contra. Es un error confundir globalización con neoliberalismo. La globalización, en lo que se refiere a las nuevas tecnologías y a la posibilidad de la simultaneidad, puede ser algo estupendo para todos, y además es irreversible. El problema está en cómo gestionar eso. Y entonces se da como irreversible que la única manera de gestionarlo es la ultraliberal (Vivianne Forrester). La imposición del ultraliberalismo como modelo globalizador, como régimen político único y planetario, supone una “extraña dictadura”: la del pensamiento único que, con fuerza “sobrenatural”, se impone. Y si la fuerza y la coerción son necesarias para traer este estado de gracia (para acomodar el mundo a la teoría), esto sólo significa “sufrimiento a corto plazo para un beneficio a largo plazo”. Como Friedrich von Hayek explicó en una entrevista para El Mercurio de Chile (12 de abril de 1981): la dictadura “puede ser necesaria para un periodo de transición”. A veces es necesaria, para una nación, alguna forma de poder dictatorial. “Cuando tienes la mano invisible de tu lado, destruir obstáculos al mercado es ayudar a la Naturaleza” (en palabras de Adam Smith) a remediar “los efectos negativos de la locura e injusticia humanas”.

Se trata de una dictadura más refinada y efectiva que cualquier tiranía institucional, puesto que no necesita de ningún golpe de estado ni de ninguna guerra civil para imponerse. Por el contrario, se instaura detrás de una apacible normalidad democrática. La política neoliberal que se quiere globalizar se promueve con promesas de libertad, democracia, prosperidad e igualdad. Esta política se funda en planteamientos trascendentales. Se tiene que “creer” en todas las cosas buenas que el neoliberalismo promete. Poner en un mismo saco teología y economía es peligroso.

La economía neoclásica empieza con la premisa de la propiedad y el interés privados. Cualquier estructura y distribución de los derechos de propiedad asume el derecho de los propietarios -como propietarios de tierra, de los medios de producción o de la fuerza de trabajo- para procurar su propio interés. En poco tiempo, ni los intereses de la comunidad como tales, ni el desarrollo del potencial humano son materias objeto de la economía neoclásica; ésta se enfoca en los efectos de las decisiones de los individuos con respecto a su propiedad. Esto se contrapone a una cultura ancestral de bienes comunes, de campesinos que manejan bienes comunales, como su tierra, sus bosques, sus ríos. Pero hay más: crea pobreza. Hay suficientes cifras actualizadas que sostienen que el sistema neoliberal que se trata de globalizar con “valores” universales (libertad, democracia, etcétera) está creando pobreza. Y no es solamente una pobreza relativa, sino también absoluta. La pobreza relativa se define mediante la comparación con otros sectores que se favorecen del sistema. Son los que se quedan atrás aunque mejoren algo sus ingresos y capacidades de defender la supervivencia. La pobreza absoluta es quedarse en el olvido y deriva en la miseria. La supervivencia está de por medio.

Toda la discusión sobre cómo eliminar o “atacar” la pobreza tiene vertientes nefastas. Parten del hecho de que la pobreza es una “amenaza”, un “retraso social”, y culpan fácilmente a los sujetos pobres de su situación: les faltan educación, responsabilidad, capacidades empresariales, etcétera.

El sistema de mercado global definitivamente no es para todos. El sistema sólo puede asegurar la vida de los que son necesarios e insustituibles para el desarrollo del mercado. En el capitalismo anterior se buscaba el desarrollo nacional, es decir, de todos los ciudadanos. El sistema era valorado por su capacidad de satisfacer las necesidades de todos. Esto nunca se conseguía, pero era la racionalidad del sistema. Racionalidad más ideológica que real, pero que marcaba una finalidad al progreso en función de la vida de todos. Esto se acabó. Hoy el desarrollo se mide por la eficiencia del mercado y la máxima ganancia. El desarrollo en función de la vida de todos y todas queda fuera de la lógica o racionalidad actual del mercado. El sistema actual llama al capitalismo anterior "capitalismo utópico", ahora estaríamos en un "capitalismo realista", que en realidad es cínico y salvaje. La consecuencia de esta lógica del mercado es la exclusión masiva de seres humanos.

Los excluidos son considerados como una población sobrante y por lo tanto desechable: están demás. Su muerte no afecta la eficiencia del sistema. No tiene sentido invertir en salud y educación con los excluidos. No es una inversión rentable. Los excluidos son vistos como no-ciudadanos y viven su miseria y su dolor en un silencio total. Sólo es ciudadano el que tiene trabajo y participa del mercado. El Estado sólo tiene obligaciones con sus ciudadanos. El excluido vive una situación mucho peor que el explotado. Hoy día

ser explotado es un privilegio, pues al menos se está dentro del sistema. "Hoy nadie duerme: los excluidos no duermen porque tienen hambre. Los incluidos no duermen por que tienen miedo".

La pobreza es vista como algo malo. Pero una pobreza digna donde se pueden satisfacer las necesidades básicas, no está tan mal. En la pobreza en que falta lo necesario, hay un mal social. En el mundo actual se mide todo desde arriba, y se compara todo a partir de la riqueza, como un derecho que todos deberían tener. Para mí y para nuestra gente el problema es la riqueza, sobre todo la que se acumula en pocas manos y en un 20% de la población mundial, que se niega a compartirla con el resto del mundo. La pobreza digna no es amenaza ni retraso. La vida en pobreza digna es agradable, con menos preocupaciones, con mayor énfasis en lo esencial de la vida: ser vecino, ser semejante, ser prójimo. Estar en proximidad con la vida de tus colegas de la misma especie y respetar la vida de todos los seres vivos hace la felicidad. Además, realiza uno de los mandatos principales de los seres humanos: no matarás. Me parece un mandamiento resultante de los dos primeros de la tradición judeocristiana: amarás a tu Dios y amarás a tu prójimo como a ti mismo, y es toda la ley de la vida. Respetar la vida de todos y todas, procurar que haya vida para todos y todas, debe ser medular en la ética de una economía mundial. A pesar de las discusiones en los altos gremios empresariales y hasta en altas esferas de gobierno y gremios internacionales sobre "responsabilidad empresarial" y economía sustentable, accesible para todos y todas, la realidad sigue igual y solamente hay más documentos de buenas intenciones. Pero no hay que olvidar el siguiente dicho: el camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones.

Por eso es necesario retomar los principios básicos de la vecindad, de la proximidad del otro como igual en diferencia, el prójimo como vitalidad de todo ser humano. Podemos ser lo que recibimos de otros: intercambio, cariño, pan, techo y libertad.

En la “vecindad” (comunidad, barrio, familia, escuela, iglesia, sociedad amplia, etcétera) nos desarrollamos, hacemos relaciones. Estas relaciones y estos procesos de relación hacen la “identidad”, la persona, que es más que un individuo. La persona se constituye por múltiples factores: la familia, los grupos de personas que nos rodean, los acontecimientos, la naturaleza, el ambiente, la propia corporalidad, las costumbres, la corriente de ideas, las informaciones que recibimos, los medios de comunicación, relaciones buenas y malas, etcétera.

Pero recibimos también influencias de la sociedad más amplia, globales, de un mundo global del que el mercado es parte integral, que entra en la “vecindad” si lo queremos o no. Depende de la identidad establecida la forma de valorar estas influencias como positivas, negativas o indiferentes.

Nacimos y estamos en una comunidad mundial, un solo planeta del que no podemos escapar. Estamos inmersos en una cultura global, con su pretendido universalismo de valores humanos. Es la “proximidad” forzosa.

Esto implica que la gobernabilidad no es solamente un asunto de naciones y estados, sino que exige que se involucren las acciones (de resistencia, adaptación o sumisión) de grupos más pequeños, ONG’s, organizaciones, el barrio, la comunidad, los pueblos indígenas, los campesinos pequeños productores.

Es la emergencia de una sociedad civil global, que refleja un incremento enorme de la capacidad y voluntad de la gente para controlar su propia vida.

Esto crea una ética global. No se puede escapar a las relaciones nuevas, que se pueden incorporar o rechazar según su “vecindad cultural”, que son los valores de la vecindad, lo cercano.

Qué elementos pueden ser universales:

- Respeto por la vida.
- Libertad, justicia e igualdad.
- Respeto y cuidado mutuos.
- Integridad de la persona.

Existe un solo mundo, no hay otro (el cosmopolitismo), y somos juntos responsables de él en diferentes formas y grados.

Existe la conciencia del mundo como una de muchas otras culturas (muchos barrios, vecindades), cunas, escuelas para crearse una identidad. Es un diálogo constante y hasta una dialéctica sana.

Así, un caficultor es un cosmopolita, pero en su rancho, su comunidad, su montaña, su cultura.

El cosmopolita no es un tipo ideal que se oponga a lo local. El cosmopolita es capaz de vivir, con su ética y con su cultura, en el mundo global y en el mundo local al mismo tiempo, en diferentes grados de intensidad. Hagamos referencia a un ejemplo: la razón del cultivo orgánico es una razón local, pero al mismo tiempo global, por las

implicaciones que tiene para el aire, el suelo, los ríos, los bosques, los pájaros y la gente no sólo de nuestra región, sino del mundo entero.

Un acercamiento al mundo del pequeño productor me ha enseñado el camino del prójimo y me ha llenado de condiciones que facilitan el disfrute de la vitalidad de los pobres en plena lucha por sobrevivir dignamente. Me siento obligado a compartir estas experiencias, y hago una reflexión sobre el *sujeto* campesino pobre. Ya hay suficientes estudios sobre el *objeto* campesino pobre.

La utopía del campesino pobre

Existe una amplia literatura sobre lo utópico, pero la mayor parte es de carácter polémico académico, como si fuese solamente un problema filosófico. Nuestro modo de ver, sentir e intuir los razonamientos, aunque es complejo, nos puede ayudar a tener una base suficiente para captar lo utópico de la cultura y la religiosidad populares, y la utopía, el sueño colectivo de la posibilidad imaginaria real y por ende razonable, pero por ahora imposible de realizar aquí en su plenitud (después afinaremos mejor esta descripción general), y por el cual los campesinos organizados en UCIRI de hecho trabajan. Una vez aclarado esto, podemos aludir al carácter liberador de la cultura y la religiosidad populares, y a las luchas reivindicativas y de resistencia de los campesinos.

Horkheimer dice: “En realidad, la utopía tiene dos aspectos: por una parte representa la crítica de lo existente; por otra, la propuesta de aquello que debería existir. Y su importancia estriba principalmente en el primer aspecto”.

La raíz y el fundamento de la historia material es el hombre que trabaja, que crea, que transforma y supera lo dado, afirma Bloch. Seguiremos este hilo, primeramente en abstracto, fuera del contexto actual, para contextualizarlo y concretizarlo después.

Reza el dicho popular: “El hombre que no trabaja, que no coma”. Por ser de la naturaleza que nace, crece y muere, el hombre tiene que ir a su ambiente, transformarlo, y así puede comer y dar de comer a los suyos. Los antiguos lo captaron así, e hicieron el relato más elemental: el libro Génesis de La Biblia, la combinación del sueño, lo utópico (el paraíso), y la realidad del trabajo, sudor y conflicto. Dios dio la tierra al hombre para cultivarla, no como castigo (el sudor), sino como bendición, como regalo que durante la vida podemos disfrutar y después dejar a la otra generación. No somos dueños de este regalo. Sin tierra, el hombre no puede ser hombre “creado a semejanza” de Dios, el trabajador, planificador, el soñador de la felicidad eterna del Jardín. “Dios los bendijo, diciéndoles: sean fecundos y multiplíquense (sin prole ni hay historia ni hay Dios). Llenen la tierra y sométanla. Dominen sobre los peces del mar, a las aves del cielo y a cuanto animal viva en la tierra” (Génesis. 1: 28). Éste es el relato de los pescadores, cazadores y ganaderos. Y Dios siguió: “Yahvé tomó, pues, al hombre, y lo puso en el jardín del Edén, para que lo cultivara y lo cuidara”: ¡el relato de los agricultores ecológicos! Dios Creador dio al hombre la infraestructura necesaria (la tierra, el jardín, los animales, y el mandato de cultivar la tierra para su propio beneficio, la supervivencia humana, la satisfacción de sus necesidades básicas) para ser hombre y para poder seguir siendo hombre como una raza que hace historia: la procreación. Esto es la base fundamental: el trabajo, en el cual el hombre demuestra su capacidad creadora. Fuera de este punto de partida existe solamente el fetiche, el diablo, que ofrece la utopía como

realizable por una vez y para siempre, el fetiche diabólico de la humanidad sin historia: “el árbol de la ciencia del bien y del mal”, la ilusión del cielo sobre la tierra. Solamente arando la tierra, sembrando la semilla, el hombre va a tener cosecha, que es el acceso al bien común para satisfacer el hambre. El trabajo no es una imposición, sino algo ontológico. El trabajo no se hace por medio de un modelo cultural, sino para conocer y ser. No hay modelo (institución externa que determina la acción) para operar, sino un arado para arar y que hace al hombre creador, transformador. Transformando la naturaleza reproduce su raza y se realiza como hombre creador. El trabajo es mediación general necesaria de la vida humana, ontológicamente igual para hombres y mujeres. “El *homo faber* no es una simple categoría antropológica; es la imagen, ahora, más acabada del hombre como ser histórico”.

El campesino pequeño productor y comunero “sabe” esto, y sabe perfectamente bien lo frágil que es su relación con la naturaleza, y esta fragilidad no proviene tanto del ambiente físico como de los intereses actuales del comprador del ambiente y la fuerza del trabajo: el poseedor del dinero y el poder. El campesino sabe que crea valor, pero que está valorizado socialmente por la institución “mercado”, invento del dinero bautizado como institución “divina”, que regula el valor de la oferta y la demanda en un supuesto equilibrio y en una supuesta libertad, aunque *in aeternitate*, un día que nunca viene.

El campesino sabe de antemano que la ley del trabajo es una actividad que tiene una finalidad que el hombre impone, por medio del trabajo, a la naturaleza. El campesino sabe cuándo va a sembrar, y si la naturaleza violada, arada, no se espanta tanto, va a dar fruto. El campesino sabe que la tierra se espanta cuando la envenenamos con productos químicos.

En el proceso del trabajo, la mente del campesino anticipa la obra acabada y la moldea en su cerebro, para después realizarla materialmente. Este momento es utópico en el sentido riguroso de “todavía no-realizado”, “todavía sin-lugar (*a-topos*)”. Además, en el proceso del trabajo este fin rige como ley; el hombre aparece como legislador, como quien convoca soberanamente todos los elementos para realizar en ellos su fin.

El campesino sabe que el fin rige como ley, “El que no siembra no come”. En el proceso de trabajo, la voluntad tiene que subordinarse al fin; el trabajador campesino no puede decir: “Este año no quiero limpiar ni cosechar”, pues la respuesta de su compadre va a ser: “Desde la hamaca no se gana la papa”.

Para no caer en ingenuidades y simplificaciones tenemos que decir que no estamos reflexionando sobre un caso particular o sobre lo que la humanidad ha hecho, sino sobre lo que ésta va a hacer. Esta forma de trabajo sólo puede realizarse en una sociedad diferente de la nuestra, donde cada uno sabe cuál es su lugar en el conjunto social. La autodeterminación es un asunto colectivo que se acapara, anticipa y crea históricamente. Pero lo que más nos interesa ahora es la idea anticipadora que anima los procesos de trabajo. En ellos nos encontramos con lo utópico como lo que todavía no existe, lo que aún no se ha realizado, como la idea que anticipa la acción y la dirige. En los procesos de trabajo, y a través de las diversas formas que asumen, hemos de buscar la raíz de las utopías y su peso específico en la configuración de la conciencia de los pueblos, de las clases sociales, de los grupos y de los individuos. La utopía del campesino se refiere a cómo va a tener el pan y cómo va a garantizarlo cada día, que son dos conciencias diferentes. Esta utopía proviene de la realidad del trabajo mismo, aunque el campesino sabe que por ahora este sueño no se va a realizar, y por eso es utópico y lo

mantiene en pie, a pesar de todas las dificultades que encontró en el pasado y va a encontrar en el futuro.

Aquí estamos frente a la debilidad (se puede vivir con el sueño de un día, pero después de la muerte ya se va a tener pan) y la fuerza de la razón utópica (“vamos a construir la situación en que ya haya pan”). Se trasciende con esto lo real existente y se lo ubica en el límite posible imaginario. En la condensación humana de los deseos máximos, la religión, podemos afirmar lo utópico de la religiosidad popular en sus dos vertientes:

-Lo heterónimo denuncia por su existencia una realidad social demasiado precaria para el sujeto campesino pobre, pero lo utópico queda “al otro lado”, en lo mítico del “otro”. El campesino se apropia de algo de la situación para hacer una propuesta nueva, o, lo que es peor, se lo manipula con propuestas falsas, reformas mortíferas, y aún más, lo dejamos buscar solo, sin acompañarlo en un camino menos heterónimo y más autónomo.

-El carácter liberador de la religiosidad popular surge cuando nacen actividades nuevas que implícitamente son propuestas nuevas, aunque parciales: colectivas, organizadas, donde la conciencia del trabajo, sus condiciones, alcances y limitaciones con sus porqués, surgen de las múltiples actividades, como, por ejemplo, la asamblea, la comunicación, las decisiones colectivas, el control sobre la medicina, la casa, la educación, etcétera.

Pasar la frontera de lo prehistórico y comenzar a construir la propia historia según un plan y un sentido, requiere la negación de lo existente. Requiere de la negación de la

conciencia utópica y requiere el paso decisivo, el momento de la verdad: el de la transformación consciente de lo existente. Pero hay algo más. Tenemos que discernir las utopías que coexisten en una misma situación histórica.

Las utopías existentes

Existen en la actualidad utopías diferentes y antagónicas.

La utopía del “amo” no es cambiar este mundo, sino mejorarlo; lo que significa quitar los estorbos, y el máximo estorbo es el pobre trabajador o campesino, que niega por su ser esta utopía. El amo tiene el sueño del “paraíso” que un día va a aparecer en este mundo, cuando todos los estorbos estén subsumidos, comprados. Un campesinado sin habilidades, sin voluntad propia y sin fines propios, pero “integrado”, es la meta del desarrollo. Caridad, proyectos de desarrollo, ayuda a los “pobres y miserables”, criticar funcionarios deshonestos y gobiernos corruptos, una demagogia nacionalista, discursos “revolucionarios”, etcétera, son mecanismos para encasillar a la masa. Y todo está basado en intereses muy particulares, cuyo centro no es el hombre, sino el capital y la ganancia, y el hombre común es “recurso humano”. Son ecos de un mundo estéril, de muerte, sin pasiones, de desperdicio y de puro aburrimiento.

La utopía del “esclavo”, que tiene conciencia de serlo en el sistema del amo, es la plenitud de la vida y del goce, el hombre nuevo en tierra nueva, la gracia. Significa “la anticipación conceptual de un mundo necesariamente nuevo”, no caótico (anarquismo), sino una sociedad de hombres libres, donde el sujeto puede ser sujeto y encontrar sujetos. Es la sociedad de hombres libres que trabajan, y no es la sociedad del desempleo y

subempleo. Es un mundo donde todos pueden vivir. Esto significa un mundo donde existen criterios de satisfacción de necesidades que están basadas en la naturaleza del hombre mismo. Un proyecto de vida implica un ordenamiento y hasta una planificación ordenada de estas necesidades vitales. Significa que el sujeto no es libre para elegir, sino para satisfacer sus necesidades. Las preferencias o gustos no pueden ser criterios de orientación hacia los fines; la satisfacción de preferencias hace la vida agradable, pero para ser agradable antes que nada tiene que ser posible.

El automatismo del mercado

La institución del automatismo del mercado desemboca en una arbitrariedad de distribución y empleo por la deificación de la rentabilidad del capital, motor del capitalismo actual, que determina y que no está guiado por el criterio de la satisfacción de necesidades básicas, a pesar de su pretensión y oferta. Este sistema crea el desequilibrio y lo agrava, aunque no es su “intención”. Por la divinización del automatismo del mercado que, como institución, tiene su propia vida, sus leyes y exige pleno derecho, hasta constitucional, no existe la responsabilidad humana en caso de desastre, crisis, desempleo, accidentes de trabajo, hambre, etcétera. Los que más sienten la crisis actual en su propia vida, tienen que denunciar esta irresponsabilidad humana del sector dominante y cuestionar, por esto, el sistema del automatismo del mercado y del capitalismo mismo, y tienen que buscar alternativas en una planificación adecuada de la economía, que asegure la racionalidad mínima. No se trata de planificar por planificar,

sino de que exista al menos un mínimo de racionalidad económica en la distribución de ingresos y en la estructura del empleo.

Pero los campesinos caficultores se encuentran en la situación del automatismo del mercado: los acaparadores chicos y grandes; el INMECAFE, que nació como regulador y planificador de la economía y del mercado del café, pero que dejó intacto el mercado interno de los empresarios, y que además apoyaba con recursos y asesoría técnica sobre todo a los grandes finqueros caficultores.

Todo esto no solamente determina el mercado y los intereses de los grandes, sino que regula también los precios que no están ajustados a los precios del mercado internacional, la bolsa de Nueva York o de Chicago, donde los grandes “obedecen” la ley del mercado, demanda y oferta, y donde se decide en qué medida van a sobrevivir los campesinos en los próximos meses. Una economía de la planificación, redistribución y empleo, es por lo pronto un sueño, una utopía, pero sí es posible. Se pueden dar pasitos tácticos, casi silenciosos, para no despertar antes de su debido tiempo al “dios-mercado” y sus sirvientes; así se anticipa la realización de la utopía, buscando medidas internas para articular la satisfacción de necesidades básicas, con propio control y planificación de una organización abierta a cada vez más socios que niegan la situación existente y que buscan alternativas según la ley de la satisfacción de necesidades reales y vitales.

La utopía campesina y su religiosidad

El campesino organizado puede, por medio de este camino, semi-autónomamente expresar su utopía, que se manifiesta dentro de la religiosidad popular con sus respectivos

recambios de significado. En vez de un Dios castigador del orden eterno, que da a su gusto o en cuanto el sujeto lo puede manipular para que se ponga en disposición favorable; en vez de este Dios, “nace” un Dios que empuja a su pueblo, que está en el pueblo que camina, que busca; es un Dios abierto y que no aprieta, sino que da espacio, que invita, y todos los santos ayudan en esta historización y desmitificación. Los santos aparecen como fieles de carne y hueso, con historia. Cristo aparece no como uno de los santos grandes, casi Dios, sino como el Hombre, hijo de Dios, que luchó en su nombre por el espacio utópico, que denunció la institución de la muerte religioso-económica y anunció el Reino donde no hay más contradicciones. “Ya no hay diferencia entre quién es judío y quién griego (la no diferenciación nacional y religiosa), entre quién es esclavo y quién hombre libre (la no contradicción de clase), y no se hace diferencia entre hombre y mujer (la no discriminación sexual). Pues todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús” (Gálata. 3:28).

Por la articulación de La Biblia con los grupos de reflexión en la liturgia, se descubre y se identifica un Dios de vivos, pero todo queda debajo y dentro de las expresiones de la religiosidad popular: expresiva, barroca y festiva.

La pregunta inicial: ¿cuál es el carácter liberador de la religiosidad popular? recibe así su respuesta diferenciada.

En general no se puede decir que la religiosidad popular tiene este carácter liberador, pues más bien es la religión del aguante. Solamente en un proceso más histórico, de toma de conciencia, de articulación de alternativas materiales viables y festivas, el sujeto colectivo organizado desarrolla un horizonte utópico, que el grupo vive ahora en sus luchas para satisfacer sus necesidades básicas, planificado y con una

democracia y comunicación e información constantes. La satisfacción de las necesidades hace posible la vida; la satisfacción de las preferencias o gustos la hace agradable. Pero para poder ser agradable, antes tiene que ser posible. Solamente se puede caminar como seres humanos que tienen conciencia de sus “mañas”, que ya desde Adán y Eva hicieron la confusión del árbol del dinero y el poder, con el árbol del mal y el bien. Es la conciencia de que “no somos angelitos”, por eso es una democracia “centralizada”. El que piensa que es perfecto sale del conjunto, de la organización como campo de experimentación de la fraternidad; no tiene el incentivo humano, vital para la búsqueda constante; el que se comporta como aprovechador oportunista, el zorro, va a recibir su crítica.

El funcionamiento de la libertad humana cambia en esta perspectiva. En vez de la libertad de supervivencia con hambre por el hecho de que el hombre en la actualidad no tiene acceso a las fuentes que pueden satisfacer sus necesidades vitales, crece una libertad de trabajo y mayor acceso a la satisfacción, una libertad que está determinada por el bien común de todos y de cada uno: La libertad de cada uno tiene que ser restringida de tal manera que no ponga en peligro la base real del ejercicio de la libertad de ningún otro. El límite de esta libertad individual es la garantía de la base real de la reproducción de la vida de cada uno. Planificación y autonomía van, así, juntas. Se ubica entonces la relación del sujeto con la estructura social. En esta relación surge la libertad, la cual jamás puede consistir en la identificación ciega con una estructura. La tecnificación de las relaciones humanas devora a los sujetos. Se reconoce al hombre como sujeto de la sociedad que el conjunto humano anticipa en su organización y su modo, su estilo de vida religiosa, donde Dios “nace” en las relaciones de trabajo de sujetos que viven, sujetos de

la praxis, y lo pueden festejar. Ya no existe “recurso humano”, sino sujetos vivos que no aceptan el trato como objetos, el trato que reciben por parte de la sociedad del automatismo del mercado y la libre competencia, la sociedad de los amos que necesitan objetos para crear valor y rentabilidad de su “sujeto”, el dinero, en el cual tienen su confianza porque lo hicieron su dios, tal como las monedas y billetes de dólares gringos lo presentan: *In God we trust*, “En Dios tenemos la confianza”. El sujeto autónomo que se somete a la planeación de un conjunto humano, crea la vida real en vista de lo abundante (utopía) nunca realizable, pero sí imaginable y, por ende, real. Son las utopías de las bienaventuranzas: “Felices los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios. Felices ustedes que ahora tienen hambre, porque serán satisfechos” (Lucas. 6:20-21). La conjugación de lo colectivo y lo individual, la tensión de siempre, solamente se supera articulándola y practicándola. Por eso en UCIRI son tan importantes los trabajos en común organizados (TCO). Por medio de este tipo de trabajos se materializa el “tequio” como servicio a la comunidad, los molinos del pueblo, pero también las granjas de pollos, marranos, vacas, etcétera. En forma de TCO expresan la autonomía de la empresa, pero regulada por el servicio adecuado que se da en la comunidad. Existe también en la organización la atención a lo individual: la casa, la familia, la salud, el solar, el cafetal y la milpa como medios de autoabastecimiento y capitalización necesaria. Los grupos organizados en ningún momento pueden pretender tener la solución definitiva, pero sí hay brechas nuevas que abren horizontes nuevos. Solamente por medio de una conciencia colectiva con miras a la satisfacción de la vida real (y el resto es, por lo pronto, adorno), se puede mantener una socialización cada vez más profunda, junto con una actitud

misionera de la praxis nueva hacia otros, la expansión de la organización hacia otros pueblos, para no crear islas.

Así, el sujeto, planeando con otros sujetos, trasciende todas sus objetivaciones, ya que la vida es su meta histórica. El sujeto vive como tal en la sociedad. Para que se trate al sujeto como objeto tiene que existir alguien o algo que lo trate así. Hablando sobre este sujeto, la institución “lengua” ya lo objetiva; “el sujeto que trasciende todas sus objetivaciones lo encontramos solamente en la vivencia subjetiva entre sujetos”. ¡Es el raciocinio de la ternura, que es diferente de la racionalidad de la razón! La lucha por una sociedad de sujetos que no se dejan devorar por una sociedad de objetos, es factible en virtud de esta ternura para la vida, el cariño para los demás y la reverencia a la vida como don de Dios. Esto se expresa en la religiosidad popular, donde la lucha por la vida está articulada en miles de formas. La preocupación colectiva por las necesidades básicas como eje de la organización, concienciación y politización, hace posible que los sujetos se encuentren en niveles antes no esperados.

Retomo dos situaciones de relatos evangélicos en las que se puede ver este sujeto que se enfrenta al otro también como sujeto, es decir, sin objetivarlo.

El encuentro de sujetos en penurias

Para esto retomo la parábola del Samaritano (Lucas. 10:25-37). El Samaritano, por el contexto judío calificado casi como ateo, encuentra al desgraciado y va a ayudarlo en su sufrimiento; no espera a la ambulancia ni se limita a darle buenos consejos, sino que asume su desgracia y le hace posible salir de ésta. No lo conoce, y por tanto no calcula las

eventuales ventajas, como hicieron el sacerdote y el levita, que no vieron utilidades y se ocultaron en su institución y quizás avisaron a la ambulancia para recoger a este “objeto”. Para el Samaritano la relación es directamente subjetiva, y pasa por debajo de cualquier comunicación objetivada o institución; lo que hay es un reconocimiento entre sujetos a través del cual se produce la comunidad entre ellos, y que pasa por la comunidad de bienes que ellos tienen, en este caso, de bienes a los cuales uno tiene acceso y el otro no. Cualquier norma es suspendida, y la comunicación es directa por la captación de una identificación entre ellos. Esto ocurre a partir del reconocimiento entre sujetos. Por eso, en el relato del Samaritano los dos personajes tienen la misma importancia. En la realidad actual se repite este tipo de encuentro entre sujetos en la ayuda mutua de vecinos, paisanos y “gente del camino”, sobre todo en enfermedades, accidentes y desgracias. También se puede ver la hospitalidad en este tipo de encuentro: caminando en la montaña se encuentra siempre hospedaje para la noche con algo de cenar, y todo gratis.

La fiesta de sujetos

La segunda situación, la fiesta, es complementaria (Lucas. 14:15-24). Es la fiesta como identificación de sujetos en la alegría. Empieza con una fiesta formal, en la cual alguien ofrece el banquete e invita a otros. Todo es objetivado por medio de rituales; al excusarse los invitados, la fiesta sobrepasa los límites dados por las normas, se transforma en una fiesta a la cual todos los que están disponibles están invitados a participar. La fiesta es abierta, e incluso a aquellos que vacilan se les insta a acudir. Se trata de un banquete, una fiesta sensual, que pasa por debajo de cualquier norma social o ritual y se convierte en un

reconocimiento festivo de todos, anulando todas las categorías sociales. La fiesta borra las desigualdades y hasta la propiedad de aquel que invitaba. Las fiestas pueblerinas mantienen estas características, y el Festival Campesino de UCIRI (que se celebra anualmente en octubre, durante tres días) retomó esta tradición para toda la región.

El núcleo de las dos situaciones es el reconocimiento entre sujetos, y en su límite deja ver la imaginación de la felicidad humana en su plenitud. Los primeros cristianos imaginaron la nueva tierra, que es la tierra sin muerte, en la cual todos los sufrimientos serán consolados y donde se celebra el reino de Dios en términos de un gran banquete. Esta imaginación es trascendental y por lo tanto imposible, pero parte de la realidad, del reconocimiento entre sujetos efectivamente experimentados, trascendiéndolos también en una situación de perfección.

Frente a la rigidez de las instituciones “perfectas”, como el mercado, el Estado, la competencia, etcétera, y según sus reglas sagradas, aparece la fluidez de la gran fiesta.

Esta imaginación trascendental, el polo contrario de los conceptos trascendentales, es la imaginación de una vida plena pensada a partir de la vivencia de plenitud, que proporciona el reconocimiento entre sujetos en la vida real, y que ocurre en determinadas situaciones, especialmente en el amor al prójimo y en la alegría festiva.

El hambre está saciada y la satisfacción es vivida como fiesta. La imaginación trascendental no apunta hacia la desaparición del hambre, porque entonces apuntaría igualmente a la imposibilidad de su satisfacción y, por lo tanto, de la fiesta. Por ende, la fiesta es una crítica fundamental de una sociedad que no es capaz de satisfacer las necesidades básicas, sobre todo el hambre.

Donde no hay hambre tampoco hace falta comer, y el ritmo de la vida desaparece y existen almas puras del cielo, que el neoliberalismo promete mediante un usufructo continuo de bienes materiales ilimitados. Con la fiesta se trata de la imaginación trascendental, que describe una situación en la cual toda hambre será satisfecha, y todas las lágrimas secadas. En realidad, lo malo de la pobreza no es el hambre; el hambre es algo bueno, lo malo es la imposibilidad de satisfacerla. La pobreza como desesperación por el hambre, se deriva de la imposibilidad de satisfacerla. La maldad de la pobreza aparece cuando al hambre no sigue la comida, a la sed la bebida, al frío un calor agradable y al calor una buena brisa refrescante.

La crítica a la institución

No es suficiente denunciar las instituciones que se presentan como los ‘Senores’ todo poderosos de la historia, y tampoco es suficiente criticar la ilusión trascendental del sistema económico actual. La crítica es solamente un primer paso necesario para poner el sujeto humano en el centro de la historia en vez la institución. Ya hay bibliotecas, periódicos y revistas llenos de críticas válidas e inválidas, pero de lo que se trata es de transformar el sistema institucional de manera que dé lugar a la vida personal, subjetiva, reconocida por los sujetos y compartida por ellos. Las instituciones son muletas imprescindibles dada la imposibilidad de una sociedad humana ordenada por la espontaneidad de la relación entre sujetos que se tratan como tales; por eso son subsidiarias, ya que, si no son tratadas así, devoran al sujeto. Ni el mercado ni el Estado marcan el paso de Dios por la historia, sino el sujeto humano en cuanto logra situaciones

de reconocimiento con otros sujetos, compartiendo lo que haya. Solamente la institucionalidad que dé apoyo y fomente las posibilidades afectivas y efectivas del sujeto de vivir una vida subjetiva, tendrá sentido de vida y no de muerte. Esto como tal es imposible, pues cada institucionalidad se dirige al sujeto como objeto. Las instituciones no pueden ser el ámbito del reconocimiento entre sujetos, porque tal reconocimiento se rompe en cuanto ocurre la lógica institucional.

La Iglesia y la utopía del pobre

Tampoco la Iglesia como tal ni cualquier organización humana con fines humanísticos pueden crear la subjetividad, pero sí pueden asegurar la vida humana de manera que dichas situaciones puedan producirse. Una Iglesia que provoca esa “religiosidad popular” es vital y es signo de esperanza de la imaginación trascendental; pero una Iglesia preocupada por su manutención institucional, que comercializa hasta sus ritos, no puede provocar esa imaginación y pierde su capacidad de aludir a lo trascendental. Por esto, para ser provocadora y signo de la vida real, la Iglesia debe asumir “la economía de salvación”, expresada en las necesidades básicas que trasciende en sí misma cuando son sujetos libres los que crean el puente entre el hambre y la satisfacción. Es la razón básica por la que la Iglesia tiene que pronunciarse sobre las instituciones económicas, sociales y políticas nacionales e internacionales, para ser provocadora y signo de vida, su desafío desde esta imaginación trascendental. Y dicha función social y evangélica, esta Iglesia solamente la puede ejecutar desde la perspectiva del pobre hambriento, el pobre material, social y político. Orientar la institucionalidad por las necesidades básicas, significa

organizar la vida de manera que cada uno por su trabajo pueda lograr un sustento digno. Eso implica un control consciente de la ley del valor, y una planificación social adecuada a tal finalidad. La planificación necesaria y la razón consisten en que la espontaneidad subjetiva no es capaz de asegurar por sí misma tal satisfacción de necesidades básicas, y necesita, por lo tanto, como complemento, las relaciones mercantiles conscientemente controladas, como muletas indispensables de su desarrollo.

Socializar y distribuir los bienes y trabajos de los sujetos solamente se logra planificando con base en acuerdos históricos de los sujetos que plantean el problema real de la satisfacción de las necesidades básicas de la vida real, y no de los que piensan en la acumulación de ganancias y en acaparar la plusvalía creada por el trabajo.

La función de la caridad

A esa planificación se resiste la sociedad burguesa, porque confía en el sistema con su mitificación trascendental (mercado-dinero), rechaza la justicia de la lucha por las necesidades básicas y dirige ésta a la relación directa de la caridad del amor al prójimo. Dentro de este planteamiento burgués, la caridad hace superflua la transformación social de la sociedad. La sociedad burguesa es buena, ¡los hombres son malos! En cierto sentido la caridad esta diciendo: Si los hombres fueran buenos y tuvieran más amor al prójimo, entonces la pobreza y el sufrimiento tendrían solución, según la lógica de la oposición: la institucionalidad (constitución, mecanismos del mercado, etcétera) es buena, mejorable; ¡los hombres son corruptos, malos, rateros, y no respetan las instituciones y leyes! “En vez de justicia, la caridad” es un eslogan. Este argumento y los

grandes empeños privados de la caridad son la contrapartida piadosa de la deificación del mercado en la versión liberal, actualmente dominante. La caridad, promovida y hasta institucionalizada en grandes empresas de “solidaridad con el Tercer Mundo”, con los pobres, etcétera, tapa y oculta el terror del sistema.

Caridad institucionalizada

La institucionalización y burocratización de la caridad tienen su origen en la irracionalidad de la eficacia; en un supuesto aumento de la eficacia de los fondos, de los proyectos y su administración. Pero también tienen sus trampas y peligros, pues esta política esconde, oculta y hace cada vez más anónima la problemática de la pobreza y sus causas reales. Los medios de comunicación tienen que convencer al público en general del hecho de que hay pobreza en el mundo. Los empobrecidos no encuentran aliados de carne y hueso para su lucha, sino estructuras anónimas con siglas y burócratas, por supuesto de buena voluntad, pero burócratas de una organización nacional o internacional. Los empobrecidos buscan en su lucha diaria gente que se solidarice con ellos de una manera concreta, personal, real. Ellos necesitan agentes, sacerdotes, religiosos, cristianos y no cristianos comprometidos, que ellos puedan “usar” como intermediarios entre mundos separados, estructuras de opresión, burocratismo, leyes desconocidas y anti-pueblo, relaciones lejanas, etcétera. El burocratismo de la caridad de las grandes instituciones de fondos monetarios (la caridad tiene sus propios bancos, inversiones, banqueros, etcétera) crea una mayor distancia entre los dos mundos: el de los que tienen suficiente acceso a la satisfacción de las necesidades básicas, y el de los que

no tienen acceso legítimo a esa satisfacción. La caridad institucionalizada y burocratizada no tiene la eficacia que se pretende y es un peligro de primer orden, pues perdió su carácter directo, subjetivo, de sujetos (el Samaritano necesitaba al desvalido en la calle de Jericó para ser sujeto y, por ende, prójimo). La caridad se hace solamente relación de amor real en su carácter directo, natural; empobrecidos y samaritanos hacen la caridad posible, y ninguna institución puede sustituirla. Pensando desde la perspectiva del empobrecido, el pobre evangélico sea quien sea, las formas “modernas” de la caridad tienen que recibir la crítica legítima de ser y operar como una institución anónima que los trata como mendicantes y que es deshumanizante. La caridad “moderna”, con sus proyectos de promoción, desarrollo, liberación, etcétera, hace imposible la caridad verdadera y no puede ser una solución de solidaridad en el camino del empobrecido; además, la acción directa de la caridad (“los sujetos buenos que dan a los sujetos pobres, que se vuelven objetos de caridad”) no puede alcanzar su fin de consolar los sufrimientos si rechaza las mediaciones institucionales, que son condiciones objetivas para poder llegar a ese fin. Una caridad que no transforma la sociedad existente, no es caridad, sino continuación del terror de la injusticia institucionalizada; es un alivio parcial que conviene a la sociedad actual: menos tensión, menos conflicto, menos agresividad y menos oportunidad para que la masa popular se levante. El mito de la acción directa de la caridad que se esconde detrás de la mitificación trascendental piadosa de los sujetos buenos, produce una destrucción mayor, porque puede encubrir, a muy largo plazo, el rechazo de la injusticia como principio de estructuración del sistema institucional mismo. Este tipo de caridad, también con su “intención” de cambiar la situación de injusticia, pero que no destruye eficazmente la injusticia institucionalizada, elimina poco a poco el

camino hacia la justicia. La caridad se vuelve, así, anarco-capitalismo, la continuación del sistema que se autojustifica: ¡los pobres sobreviven *gracias a* la caridad de los ricos! Es históricamente falso: ¡los pobres sobreviven *a pesar de* los ricos! La satisfacción de las necesidades básicas y la expresión crítica envuelta en la religiosidad popular campesina indígena, se dirigen también a las instituciones que ocultan la realidad mediante programas de ayuda que objetivan a los sujetos reales. La caridad es necesaria, pero entre sujetos. El llamamiento por una solidaridad no solamente es necesario a nivel político-práctico, sino sobre todo en el nivel de la imaginación trascendental, de un mundo mejor y diferente que no existe, pero que es realizable y, por ende, real. Es un trasfondo religioso, que da sentido trascendental al acto samaritano entre desiguales accidentalmente, para ser iguales ontológicamente.

¿Pan y/o libertad?

La satisfacción de las necesidades básicas (poder contar, a partir del propio trabajo, con alimento, techo, salud, educación, etcétera) no equivale a la satisfacción de todas las necesidades.

¿Cuáles son, entonces, las necesidades básicas del hombre como ser social, después de haber asegurado su reproducción física e independientemente de la forma histórica de su satisfacción, la cual tal vez no pueda ser sostenida mucho tiempo más?

1. Nos encontramos con necesidades como la seguridad social, que, a fin de cuentas, no puede ser satisfecha sino con el tranquilo recogimiento de una comunidad.

2. Después de esto, nos enfrentamos a una necesidad basada en la primera, y que consiste en desarrollar incentivos que generen la habilidad de apropiarse de la cultura contemporánea, que es favorable a los pueblos libres. Esto presupone una comunicación personal que inspire confianza y esperanza.

3. A continuación se presenta la necesidad de recogimiento por los demás de la individualidad así surgida.

4. Finalmente encontramos la necesidad de autorrelación y de potenciación de la personalidad, mediante procesos de educación formal e informal.

Todas estas son necesidades “inmateriales”, más bien intangibles; son necesidades del corazón, del espíritu y del “alma”, y cuyo último vínculo es el deseo de amar y ser amado.

Tenemos que reconocer y comprender este deseo hasta en su tendencia a la trascendencia espiritual, como la fuente insustituible de la cual la transformación puede sacar fuerza para imponerse, como siempre la ha sacado allí donde ha vencido.

No se pueden contraponer pan y libertad. La lucha por el pan diario, es camino hacia la libertad. Sin pan no hay libertad, solamente para morir; en cambio, con pan hay la posibilidad de un camino de libertad.

En cuanto surgen sujetos que comparten objetos materiales e inmateriales, se da también un reconocimiento de ser sujetos que comparten. Así surgen las emancipaciones y la imposibilidad de tolerar las opresiones, discriminaciones y explotaciones. Solamente estos sujetos pueden plantear este reconocimiento y tomar esta conciencia viva, que va más allá de la frontera discriminatoria erigida entre ellos, en cuanto es pensado hacia el

límite de la imaginación trascendental. Ninguna discriminación, ni racial, ni sexual, ni de nación, resiste a tal horizonte de liberación. Una sociedad que crea sus instituciones como mediadores de la satisfacción de necesidades, puede dejar vivir libremente al sujeto y no lo objetiva, y busca la conformación de un sistema político que corresponda a su vez a los derechos básicos que tiene que respaldar; lo que es, institucionalmente, la emancipación histórica. Ésta surge a partir del desarrollo de las relaciones entre los sujetos que se reconocen. ¿No es ésta la función y el real divino de la Iglesia y de cualquier religión para mantener vivo este espacio utópico vital?

Conclusiones

Teníamos que hacer un viaje teórico largo y quizás complicado para ubicar el carácter de protesta de la religiosidad popular de los campesinos que les facilitaba para imaginar nuevas formas de compañerismo creando juntos el Mercado Justo. Este Mercado tiene que ver con la fiesta, con la practica del bien Samaritano, con . Esta protesta se ubica en un nivel material y espiritual. La satisfacción de necesidades básicas como carencia y como utopía no solamente presenta una crítica social, sino que además refleja la necesidad de la posibilidad que tiene la imaginación trascendental, posible y presente dentro de la religiosidad popular de los campesinos de la montaña. La relectura del hecho religioso poniéndolo en su contexto material e histórico, deja ver la cara real de la religiosidad de la necesidad, polo opuesto de la religiosidad del lujo, adorno de la sociedad dominante.

En este capítulo trataba de ver la posibilidad real de los productores organizados para que podrían imaginar otra manera de hacer relaciones y crear el mercado Justo, insertado en las formas ancestrales de vivir en comunidad. ‘Mercado si, caritas no’ fue su mensaje y su llamado por una dignidad campesina.

Con esto llegamos a una reflexión más de carácter teológico, que quiero tratar enseguida.

Para cerrar este capítulo, reproduzco una poesía del joven Abel Fernando Arista, de Santa María Guienagati, que fue presentada en el Quinto Festival Campesino de UCIRI, en octubre de 1987.

Busquemos

Amigos campesinos,
mujeres campesinas, niños campesinos, busquemos.

Busquemos en nosotros mismos
lo que en mucho tiempo
hemos tenido ignorado.
Busquemos unidos y organizados
una mejor vida para todos por igual.

Busquemos en la solidaridad ser el orgullo
de nuestra empobrecida región.

Busquemos la paz, el amor, la justicia
y la cooperación en nuestros pueblos.

Busquemos para nuestros hijos
una alimentación adecuada,
una vivienda decorosa,
una salud constante
y una educación que sirva
para no seguir siendo un explotado,
un oprimido, un esclavo, un dormido.

Busquemos ser el ejemplo
para los demás pueblos hermanos,
rescatando nuestra dignidad.

Busquemos mediante la participación activa
construir una verdadera comunidad cristiana

Busquemos vivir en la verdad,
el respeto, el amor,
en la comunión y en la igualdad.

Busquemos la luz que nos alumbre
para no seguir permaneciendo
en la oscuridad de la ignorancia.

Busquemos en nuestro Dios,
en el Dios de los pobres,
el camino que nos guíe
hacia una vida más digna y justa.

Amigos, por todo lo aquí dicho,
les pido que mediante la organización,
la unión, la participación y la solidaridad,
busquemos y luchemos...
¡Unidos venceremos!

Capítulo 5

UCIRI: vida, fe y esperanza que resiste

... aquello que un hombre tenga en superabundancia,
por derecho natural se lo debe al pobre, para su sustento.
Así dice Ambrosio, y también lo podemos encontrar
en el *Decretum Gratiani*:
“El pan que retienes le pertenece al hambriento;
la ropa que desechas, al desnudo,
y el dinero que entierras es la redención
y la libertad del desposeído”.

TOMAS DE AQUINO
(*Summa Theologica*, 11-11, Q 66 A 7.1)

Punto de partida

Dado que la globalización del mercado neoliberal se está vendiendo como lo mejor para el mundo, aunque la verdad es que muestra una auténtica falta de ventajas concretas, tiene que recurrir a la teología para hacer olvidar dichas carencias con los dogmas y creencias neoliberales.

Soy creyente, y soy también teólogo. Las dos cosas no son iguales. Soy teólogo porque quería saber por qué soy creyente. Dar razón a la esperanza: esto es para mí la teología. La teología no es filosofía, aunque debe usar categorías filosóficas con mucho cuidado. La teología actual vive bajo la sombra de los abusos de la “doctrina única”, propagada por las iglesias cristianas. También la Iglesia católica tiene una tradición no muy buena de no respetar las diferentes reflexiones teológicas de cristianos diversos. La

teología no es una especulación sobre la existencia de Dios. La presupone, porque es una reflexión sobre la fe de los creyentes. La situación de los creyentes es muy diversa, y por eso la reflexión es muy diferente, aunque sigue estando en la gran tradición. La Biblia es un conjunto de diversas realidades de múltiples experiencias. Pero hay un hilo conductor: siempre hay un pueblo que trata de caminar según las promesas de Dios, que es tan grande que ni siquiera podemos demostrar que existe. Sobrepasa cualquier imaginación racional. La fe de un pueblo que busca lo bueno, lo justo, lo gratuito, hace esta búsqueda porque cree en un dios indefinido, que es más que bueno, justo y gratuito. Él defiende a su pueblo para que realice su sueño que, según el pueblo, es también Su sueño. Este Dios es tan bueno que ampara a su pueblo, que lo ama como un don gratuito. La gran tradición ha mantenido este hilo conductor de que Dios defiende al desamparado, al pobre, al excluido. Anima a todos para ir por este mismo camino. Ésta era la fe del pueblo judío en Egipto, en su largo caminar por el desierto, en la formación de su tierra prometida, aunque hiciera guerras contra los pobladores originales. La historia se repite. Jesús, el hombre judío, rechaza todo lo que no va acorde con estas experiencias originales, y defiende contra el poder al pobre, al desvalido, al mendicante, al leproso, a la mujer abandonada. En esa tradición estamos. Y dicha tradición está viva en los pueblos de la montaña. Los campesinos de UCIRI no pueden entender cuando se niega la realidad de su fe, mezclada originalmente con múltiples experiencias de sus antepasados. Hacen un conjunto de prácticas religiosas y culturales que manifiestan su fe. Cuando los delegados buscaban el lema bajo el cual querían celebrar el Festival, que se hace cada tres años, de entre varias frases escogieron ésta: “UCIRI: vida, fe y esperanza que resiste”. Es la resistencia contra los poderes que los quieren mantener en la dependencia, contra los

programas que los esclavizan, contra las divisiones internas fomentadas desde afuera, contra la desesperación de la lucha que fatiga. Para ellos es posible resistir por tener fe en la vida, en su caminar, que a lo largo de los años les ha dado nuevamente fe y esperanza en sí mismos, en su camino, en su trabajo, en su lucha por la supervivencia. Es la fe del pobre que manifiesta un Dios pobre, que es siempre más grande en su cariño con el pueblo que lo que éste puede regresar. Las quejas que se hacen frente a los altares en los templos de los pueblos, son quejas reales y esperan del Patrón, y a veces de los intermediarios y coyotes del Gran Patrón: “no nos abandones, porque nos prometiste caminar con nosotros en lo bueno y en lo malo”. Esto refuerza la esperanza de que todo saldrá bien, a pesar de los miles de males que les ocurren. No es un escape a su responsabilidad. Pero cuando ando cojo, un bastón me puede ayudar a caminar. Dios es más que bastón y vara, aunque el Salmo dice: “Tú eres mi bastón y vara” (Salmo 29). En el mundo del progreso infinito, en un mundo supuestamente secularizado, estas imágenes suenan raro. Pero para el pueblo pobre son realidades. La religiosidad y la cultura de los campesinos, pequeños productores de la supervivencia, son altamente realistas, materiales y poco espiritualizadas, característica esta última de la religiosidad y cultura de los acomodados.

Economía y Reino de Dios: neoliberalismo y dignidad

No se pueden igualar manzanas y peras, ni menos el mercado con el Reino de Dios. Son dos categorías de diferentes ámbitos. Pero sí tienen relación. Manzanas y peras, ambas se pueden comer. El mercado y el Reino tienen que ver con el ámbito de la convivencia

humana, y se pueden o, mejor dicho, se deben hacer las preguntas: ¿cómo funciona y qué reglas existen en la cancha de la convivencia humana? ¿Cuáles son las características principales de la realidad actual que vivimos y sufrimos, en un mercado que pretende globalizar todo con su configuración muy específica? ¿Cómo puede ver, juzgar y actuar humanamente el creyente cristiano en este sistema dominante, sin perder su fe en los ideales, sueños y promesas de la realidad realizable del Reino de que hablaba Jesús?

El neoliberalismo como conjunto de ideas que marcan la marcha de la economía de bienes, alimentos, ideas, servicios, ideologías, políticas, grandes capitales, promete y exige libertad. La gran preocupación queda: ¿en qué medida esta marcha nulifica la dignidad del ser humano? Es la pregunta básica de esta reflexión.

Muy brevemente quiero ver los grandes hitos del sistema dominante, la vertiente neoliberal del capitalismo actual, para después entrar en elementos de juicio desde una óptica ética, y al final hacer referencia a los grandes hitos teológicos sobre el Reino confrontándolos con la realidad económica, y así llegar a algunas ideas constructivas y prácticas como respuesta.

Una breve historia del neoliberalismo

Todo inició con el Acuerdo General sobre las Tarifas Aduaneras y el Comercio (GATT). Desde 1947, los representantes de los países miembros de esta institución trabajaron discretamente a favor de la reducción de los impuestos sobre las importaciones. Con la última ronda (de Uruguay), que duró desde 1986 hasta 1993, se logró su objetivo, puesto que en marzo de 1994 se firmó en Marrakech, Marruecos, el acta de constitución de la

OMC, cuyas 800 páginas, con varios miles de anexos, dotaron al comercio mundial de un reglamento mucho más firme que el débil GATT. Muchos representantes de países, sobre todo del Sur, firmaron sin tener la oportunidad de leer todos los documentos y menos de hacer correcciones, por el simple hecho de que los dejaron entrar en las discusiones al final, cuando ya todo estaba preparado por los representantes y consejeros de las grandes compañías de los países ricos y poderosos.

Con esta institución, las empresas transnacionales, que cabildean fuertemente en las previas negociaciones, tienen un instrumento firme e idóneo para profundizar la globalización e imponer sus nuevas reglas a todas las actividades humanas que, de ahora en adelante, serán tratadas como “objetos comerciales”.

La OMC, con sede en Ginebra, en el mismo palacio que el GATT, tiene bajo su régimen varios acuerdos nuevos y sobre todo su brazo jurídico, el Órgano de Regulación de los Diferidos (ORD), con una disciplina férrea que puede imponer sanciones a todos los países. El denominador común de todas estas instituciones es su falta de transparencia y control democrático.

No quiero entrar en los detalles medio técnicos, sino vislumbrar en general qué hay detrás de todo este proceso, que no cayó así no más del cielo. Y sobre todo quiero mencionar algunas características principales del neoliberalismo y su afán globalizador. No tenemos que olvidar que el neoliberalismo es el capitalismo realmente existente y sin contrapeso de ningún sistema económico fuerte y diferente, excepto la economía de los pobres y débiles, los excluidos.

Estamos dándonos cuenta poco a poco de que el mundo, sobre todo desde la caída del muro de Berlín, ha cambiado mucho. Aunque el proceso del surgimiento del

capitalismo con carácter neoliberal ya se había iniciado definitivamente desde hace unos quince años. Para el occidente “libre” ya no hubo necesidad de frenar sus propósitos por consideración al otro, el mundo supuestamente socialista. El capitalismo había ganado, y tenía plena libertad para hacer lo que siempre ha querido: imponer una sola casa con un solo sistema de reglas del manejo de ingresos y egresos, y acumular libremente en un mundo de libre competencia. No hay que olvidar que el sistema neoliberal, que pudo florecer con todo el poder después de la caída del muro y de los gobiernos socialistas, no nació por la fuerza de gravedad de la historia, sino que fue creado por gente con un propósito muy claro, una construcción totalmente artificial en su doble sentido: un hecho, y un hecho construido con argumentos de intereses muy específicos, fundamentados y argumentados con ideas claras. Desde hace tiempo, los economistas y filósofos de la “Gran Transformación” entendieron que las ideas tienen consecuencias. Desde la Universidad de Chicago, un grupo minoritario bajo la dirección del economista filósofo Friedrich von Hayek y estudiantes como Milton Friedman, creó redes internacionales de instituciones, centros de investigación, publicaciones, escritores, relaciones públicas y fundaciones en todos los países del Norte, más propicio para promover sus ideas respecto a una sociedad después del socialismo. Ellos entendieron lo que Antonio Gramsci decía cuando desarrolló (en la cárcel) sus conceptos sobre hegemonía cultural. Cuando puedes ocupar la cabeza de la gente, su corazón y sus manos, te seguirá fielmente. Así lograron convencer a mucha gente, líderes económicos, intelectuales y sobre todo políticos (y hasta funcionarios eclesiásticos y teólogos, como M. Novak, el más conocido, pero no el único, en el campo de los defensores teológicos del sistema neoliberal), de que el neoliberalismo es la salvación del mundo. No importa cuántos desastres de todo tipo

visiblemente ha creado el sistema neoliberal, no importan las crisis económicas que ya ha engendrado, no importa cuántos perdedores y excluidos está creando, él sigue con la apariencia de ser algo inevitable, como un acto de Dios o de la naturaleza, donde los más fuertes tienen más posibilidad de sobrevivir que los débiles. Pretenden que el neoliberalismo es el único orden económico y social posible y a nuestro alcance. Este grupo, en un principio con poca popularidad e influencia, logró establecer la “religión mundial” más grande y poderosa, con su doctrina dogmática, sus sacerdotes, sus instituciones donde hacen las leyes (muchas veces sin ningún control democrático, como es el GATT/OMC, Organización Mundial de Comercio), y lo más importante de todo: construyeron el establecimiento de un infierno para paganos y pecadores que se atreven a contradecir la “verdad revelada”, o para quienes llegaron tarde a su santuario o iglesia.

Algunas características

1. Cuando Margaret Thatcher, discípula de Friedrich Hayek, tomó el poder en Inglaterra como primera ministra, justificaba sus políticas neoliberales con una sola palabra: TINA (en inglés: There Is No Alternative, “no hay otra alternativa”). La idea central de su doctrina y del neoliberalismo mismo es la noción de competencia. La **competencia** entre naciones, regiones, compañías y, por supuesto, entre individuos. La competencia es central, porque separa los chivos de las cabras, los fuertes de los débiles, los hombres de los hombrecillos, los buenos de los malos, los inteligentes de los no educados; en una palabra: los incluidos de los excluidos. Está en fuerte contraste con un dicho del filósofo Lao-tsê que está al final de su último gran himno educativo, el *Tao Tê-king*: “¡Sobre todo,

no competirás!”. Las únicas que practican este consejo son las grandes transnacionales: hacen buenos negocios entre ellas y prefieren hacer alianzas capitalistas, comprándose mutuamente y comprando y negociando entre ellas mismas.

La competencia es siempre una virtud, y sus resultados no pueden ser malos. Para el neoliberal, el mercado es tan sabio y tan bueno que -como Dios: “la mano invisible”- puede sacar cosas buenas de un aparente mal. Así, Thatcher pudo decir en un discurso como primera ministra de Inglaterra: “Es nuestra tarea gloriarnos en la desigualdad y procurar que se den a los talentos y las habilidades todas las oportunidades para el beneficio de todos nosotros”. Implica que no hay que preocuparse por quienes quedan fuera de esta lucha competitiva. ¡Que los filántropos se preocupen por ellos! Pero que quede claro que las personas son desiguales por naturaleza.

La competencia es como el motor de la sociedad, y con eso se propone una antropología de buenos y malos por nacimiento, origen, etnia, estatus social o color de la piel. El libre mercado no es solamente abrirse al comercio mundial, sino renunciar a ser sujetos activos de nuestro futuro y dejar que el mercado decida por nosotros. Se tiene que reivindicar nuestro propio papel como individuos y no como simples mercancías sujetas a las leyes del mercado. Ya Carlos Marx dijo en el segundo tomo de *El Capital*, que el mercado vuelve objeto de mercancía hasta al sujeto. Ésta fue su gran crítica humanista contra un sistema en que, con las leyes en la mano, el hombre podía explotar al hombre. Nada de esta crítica ha cambiado, sino más bien se ha agravado la situación.

2. Otra característica estructural del neoliberalismo es que **remunera el capital** sobre el trabajo, la mano de obra, y así mueve dinero de los estratos de bajo ingreso a los de

arriba. Cuando Reagan era presidente de los Estados Unidos, 10% de las familias más ricas aumentó su riqueza en un 16%, y un 10% de las familias más pobres redujo en un 15% sus ingresos. En 1977, la cúspide del 1% de las familias más ricas tenía 65% más ingresos que el 10% del sector más pobre; pero en 1987 los ricos ya tenían 115 veces más que los más pobres. Así, la de los Estados Unidos es una de las sociedades más desiguales del mundo, en parte gracias a la implementación de los mecanismos neoliberales. El **capital** prevalece sobre las personas y los intereses de los sujetos. Los sujetos son mercancía, tienen valor solamente en la medida en que sirven al capital y su acumulación. Las corporaciones transnacionales (TNC) siempre se precieron de ser creadoras de fuentes de trabajo; pero últimamente ni siquiera les da vergüenza presentarse como las máquinas de crecimiento económico. De hecho, el empleo en las 100 más grandes TNC ha bajado, de 1980 a 1995, en un 7.6%, según datos de la ONU.

3. Otra característica del neoliberalismo es su mandamiento: **ser eficientes** a cualquier costo. Y la eficiencia se mide con las alzas en la bolsa de valores y los resultados positivos en el balance anual. Los resultados pueden dejar de “sufrir” (no solamente los ricos lloran, también el dinero). Y los que no son eficientes merecen la exclusión incluso total. Este mandamiento de la eficiencia tiene consecuencias enormes en las que no quiero ahondar en este momento. Solamente quiero señalar que la acumulación de la riqueza en pocas manos ha aumentado enormemente sobre todo por los capitales especulativos y la aglomeración acelerada de las TNC, pero también hay que destacar que la destrucción ambiental es ya desastrosa, y que la pauperización de millones es ya un hecho. La **eficiencia** como paradigma de progreso está en contraste con la realidad que

surte esta eficiencia: no solamente se trata de la acumulación en manos de los eficientes que saben competir, sino sobre todo de los abismos que se crean por los que saben acumular por cualquier medio y sin control democrático.

4. Los neoliberales de diferentes orígenes, liderazgos y posiciones, y los firmes creyentes de la globalización del mundo nos dicen, en una variedad de tonos e instancias: “No solamente vivimos tiempos históricos nuevos, sino sobre todo únicos”. Ven el neoliberalismo y la democracia formal como la última fase del desarrollo de la humanidad. *Fin de la Historia* se atreve a llamar su libro más famoso Francis Fukuyama, aunque últimamente se distancie un poco de esta tesis. Son economistas, políticos, líderes nacionales, pero también filósofos y hasta teólogos. La aventura del mercado libre tiene su enfoque primordial en el nivel económico, pero tiene sus aliados políticos importantes, y no solamente de la nueva derecha. Los partidarios de una vertiente social demócrata, izquierdista de origen, profesan su fe en el mercado libre, el neoliberalismo como la última versión de su evangelio progresista y popular. Existe un acuerdo internacional entre los líderes políticos en el poder que reafirman en múltiples discursos su fe en el neoliberalismo, que también tiene su repercusión sociológica y una fuerte justificación ideológica.

5. El neoliberalismo ha cambiado fundamentalmente la naturaleza de la política. Tradicionalmente, ésta tenía que tratar de manera primordial las siguientes preguntas: quién gobierna a quién, y quién va a tener una parte del pastel. Muchos aspectos de estas cuestiones fundamentales permanecen, pero hay una cuestión completamente nueva y

central en la política: quién tiene el derecho de sobrevivir y quién no. La exclusión radical es hoy en día política común y corriente, con muchos ocultamientos mediante una jerga populista y de falsas promesas. Existe ya una extensa literatura de los defensores y oponentes de todos los colores ideológicos.

Limitarse a mirar las propuestas e implementaciones del neoliberalismo y sus consecuencias para el medio ambiente y para miles de millones de personas, puede dejar un sabor muy pesimista. Pero ya mucho está pasando para contrarrestar esta realidad diabólica y antihumanista. Nuevas ideas están surgiendo; los excluidos, junto con algunos intelectuales conscientes, están creando nuevas prácticas alternativas y de resistencia. Estamos divulgando un principio simple: la felicidad no está en venta ni menos se compra.

Dejamos en claro que no estamos en contra de una liberalización del mercado. Las barreras fiscales, los proteccionismos, los prejuicios comerciales internacionales, etcétera, no han favorecido una convivencia pacífica entre los pueblos. Por el contrario, han causado guerras mundiales y locales y la mala distribución internacional del bien común. El proteccionismo del viejo estilo fue de hecho una variante del capitalismo, que favoreció a las potencias económicas. Bajo el proteccionismo de los años treinta surgieron las primeras compañías transnacionales que escaparon así a las leyes que iban en su detrimento, aunque nacionalmente las aprovecharon al máximo. Las intervenciones estatales en las áreas económicas han producido ineficiencias, corrupciones y hasta desastres sociales. Pero un mercado libre sin restricciones ni provisiones sociales, sin medidas de equidad ni protección de sectores débiles y excluidos, sin condicionamientos

ni criterios ecológicos y culturales, fomenta más bien un liberalismo económico en vez de una economía en libertad. La libertad humana exige un régimen económico restringido y condicionado por las exigencias humanas y ambientales en su sentido más amplio. Repudiamos una economía estatal lo mismo que una economía neoliberal, y proponemos, en cambio, una economía social sostenible. De hecho proponemos un proteccionismo de nuevo estilo, donde se pueda garantizar la protección del medio ambiente, donde se reduzca la desigualdad económica y se pueda garantizar mejor la satisfacción de las necesidades sociales y humanas de todos los habitantes de este planeta, y no solamente de los privilegiados. El proteccionismo es un bien, pero tenemos que rearticular el mal uso que de él se ha hecho en tiempos pasados. En vez de una economía de exclusión y de muerte, proponemos una economía de inclusión, de vida. Queremos recuperar las tres “es”: economía, ecología y equidad. Nunca hubo tanta hambre y muertos prematuros como hoy, a causa del desempleo, de los bajos salarios, de las enfermedades y de la violencia en las relaciones sociales. Asimismo, decenas de naciones indígenas están desapareciendo, con lo que perdemos para siempre formas de humanidad de las que tanto necesitamos. Por el contrario, debemos buscar en las generaciones de hoy una alianza de paz con la naturaleza y un equilibrio entre la producción y el placer. Entonces tendremos lecciones sabias que aprender de nuestros indígenas. Postulamos una modernidad alternativa e integral, que incorpore el inmenso caudal de ciencia y de técnica (fruto de la modernidad burguesa), y la democracia social, en una conciencia amplia de un destino común de todos los seres humanos, en beneficio de toda la humanidad (el sentido de la modernidad proletaria). No es poco lo que proponemos, pero no hay nada que perder, y sí hay mucho que ganar con ideas rectas, convergencias y alianzas, con espíritu de

esperanza masiva. Somos democráticos y vamos por la mayoría realmente existente: los pobres de hoy. No son moralismos, sino exigencias éticas humanas. La moral se restringe muy fácilmente a lo que está mal en este mundo y en el otro. Los políticos que hacen su religión de la política, se cobijan y esconden detrás de los moralismos, pero muchas veces sin una ética. Para el ser humano, la ética significa: detectar y discernir el mal que habita en uno mismo. Solamente después se descubre que la ética tiene fundamentos sociales, culturales y hasta religiosos. Un moralismo sin ética es una hipocresía muy peligrosa para la sociedad.

Encontré en algunos apuntes sueltos una cita de alguien que resume muy bien lo que tratamos de plantear:

Los estados nacionales pasaron a ser teledirigidos por el fundamento del poder financiero: el libre cambio comercial. El capitalismo mundial sacrifica sin misericordia alguna a quien le dio futuro y proyecto histórico: el capitalismo nacional. Empresas y Estados se endeudan en minutos, pero no por las tormentas de las revoluciones proletarias, sino por los embates de los huracanes financieros. El hijo (el neoliberalismo) devora al padre (el capitalismo nacional) y de paso destruye todas las falacias discursivas de la ideología capitalista: en el nuevo orden mundial no hay democracia ni libertad ni igualdad ni fraternidad. Es comparable la bomba de neutrones, que sólo destruye la vida y respeta las construcciones, con la bomba neoliberal, que no sólo destruye la polis, el Estado, sino que impone la muerte, el terror y la miseria a quienes la habitan. Los nuevos dueños del mundo no son gobierno, no necesitan serlo. Los gobiernos nacionales se encargan de administrar los negocios en las diferentes regiones del mundo. Ha estallado

la Cuarta Guerra Mundial, y como en toda guerra hay pedazos rotos de la realidad destruida: “Cuando menos siete de esas piezas pueden reconstruirse y alentar la esperanza de que este conflicto mundial no termine con su rival más débil: la humanidad. La primera es la doble acumulación de riqueza y pobreza, en los dos polos de la sociedad mundial. La segunda es la explotación total de la totalidad del mundo. La tercera es la pesadilla de una parte errante de la humanidad. La cuarta es la nauseabunda relación entre crimen y poder. La quinta es la violencia de Estado. La sexta es el misterio de la megapolítica. La séptima es la multiforme bolsa de resistencia de la humanidad contra el liberalismo”. (Subcomandante Marcos del EZLN)

Economía y ética

Proponemos reglas alternativas que regulen la economía mundial y nacional, reglas basadas en una lógica económica distinta: el comercio y la inversión no deben ser un fin en sí mismos, sino instrumentos para el desarrollo justo de todos, y sustentable para todos y el medio ambiente. Nuestra propuesta privilegia una lógica social, por lo que incluimos tópicos como el laboral, los derechos humanos, la igualdad de género, el medio ambiente y las minorías, que representan los temas y grupos excluidos. Nuestra crítica y propuesta están sustentadas técnicamente (el neoliberalismo no puede y quizás ni quiere solucionar las demandas legítimas de todos los seres humanos y vivientes), pero también surgen de un imperativo ético. Nos negamos a aceptar al mercado como un dios que regule nuestras vidas. Postulamos que la libertad y la democracia son principios éticos que no pueden

subordinarse a leyes económicas. El neoliberalismo nos hace creer que la empresa privada produce libertad, y que la democracia la administra. La libertad no se produce como las salchichas, y la democracia no cabe en una cartera ni viaja en avión. El neoliberalismo, con su afán globalizador, pretende que la libertad es una institución que se llama mercado. El hombre es libre cuando obedece ciegamente a las leyes de esta institución hasta identificarse por completo con ellas. Quienes no obedecen estas leyes son enemigos de la libertad a los que cualquier medio puede eliminar, sea el hambre (hasta la FAO critica severamente el hecho que la agricultura y los alimentos hayan entrado bajo el régimen del WTO), sea la exclusión o la represión del Estado, vigilante de esta libertad del mercado libre. La institución mercado es una *societas perfecta* o va por este rumbo (y su contraria es la “sociedad perversa”), es sociedad total, porque, en cuanto es estructura, da la libertad. Haga lo que haga el hombre, si lo hace dentro de esta estructura está bien hecho, porque salva, es servicio al otro, es ejercicio de amor al prójimo, tal como lo dice el teólogo católico Michael Novak en su libro *El espíritu del capitalismo democrático*. Ellos resucitan con gran facilidad el proyecto de *El gran inquisidor* de Dostoievski.

Proponemos una libertad donde el ser humano sea central, y no una libertad dictada por las fuerzas del mercado. Y la libertad es precondition para cualquier intento de crear mejoras sociales y económicas en la sociedad. Amartya Sen ya nos ha enseñado esto como perla humana.

Nos negamos a aceptar como inevitable un modelo con pretensiones globalizadoras que excluye a más de la mitad de la población mundial de los beneficios del desarrollo y de los derechos de supervivencia humana, que incluye siempre al medio

ambiente. Nos negamos a aceptar que la depredación de la naturaleza sea inevitable y un mal necesario en aras del crecimiento. Detrás de estas medidas económicas neoliberales existe no sólo una estrategia política y económica, sino que subyacen una concepción inaceptable de la persona humana y una cultura que es necesario erradicar. Un profundo criterio ético nos impulsa a plantear nuestro propio modelo de sociedad, por lo que luchamos al lado de tantos hombres y mujeres movidos por la esperanza de vivir y dejar a las futuras generaciones una sociedad más justa y humana.

La economía no solamente es el arte del manejo de la casa, sino que hoy en día es sobre todo la lucha por sobrevivir de las grandes multitudes, concentradas en los países del Sur, aunque no solamente allí. El Norte también tiene sus excluidos en forma creciente, como lo señalamos en el caso de Estados Unidos. La actividad económica toma una gran parte del día y de la preocupación de la gente. ¿Cómo conseguir el pan de cada día mediante trabajo, mediante la venta de un sobrante de la producción en el campo, mediante la confección de ropa, radio, teléfonos, etcétera? Son las preguntas que la gente tiene. Para una minoría esto está resuelto, y sólo tiene la preocupación de cómo aumentar lo ya acumulado, para asegurar su vida hasta en tiempos eternos.

La economía actual nos pone frente a un cuestionamiento y planteamiento éticos: qué es bueno y qué es malo para producir y meter en el mercado, y cómo hacerlo. Las bombas atómicas y químicas ya no son bien vistas en el mercado. Hay un avance ético respecto de las armas de destrucción masiva, pero al mismo tiempo se promueve una política, con poca ética, de armas más sofisticadas. Una de estas armas es el control sobre la producción, industrialización y comercialización de alimentos. Unas cuantas trasnacionales controlan este circuito hasta en un 80%, y de hecho son las que deciden

quién se va a alimentar y quién no. El abuso del medio ambiente se trata de restringir sobre papel o con convenios de paridad de leyes de protección ambiental, lo que resulta en un maquillaje con tinte verde. La lucha contra la pobreza por parte del BM y el FMI es en parte ética y en parte política de los más fuertes, con poco o ningún control democrático. Son los benefactores de las transnacionales, que a su vez tienen “fundaciones de benevolencia social y cultural”, muy lucrativas por ser deducibles de impuestos en su gran mayoría. Existen gobiernos nacionales que tratan de privatizar por completo los programas sociales. Se crea así un tipo de “Foster Parents Plan” para los ciudadanos con mala suerte, los pobres. “¡Adopta a un pobre campesino para que salga adelante, y olvídate de los otros miles!”, por el simple hecho de que por el momento no se puede hacer más. La política mexicana actual parece ir por este camino rumbo a la filantropía individualizada con microcréditos y benevolencias. No está mal, pero tampoco es una solución.

La ética de la economía humana trata de fundarse en la dignidad del hombre. La ética humana no está basada en Dios, sino en lo humano de la dignidad de las personas. Todos, creyentes cristianos, islamistas, budistas, etcétera, y no creyentes, buscamos normas éticas para preservar la dignidad humana, una vida digna en libertad. Y todos saben que la libertad tiene sus fronteras exactamente en la dignidad de la persona. La experiencia de la mala distribución de la economía mundial con sus efectos muy negativos en las personas y en su dignidad también como criaturas, hace surgir la búsqueda de normas éticas en los juegos económicos mundiales y locales. Los cristianos, aunque tarde, descubrieron que el Reino de Dios tiene que ver con la economía, y sobre todo que la economía existente tiene que ver, negativa o positivamente, con este Reino.

Los cristianos fueron los inventores del mercado libre (el gran teórico del liberalismo fue un teólogo que daba clases de moral y ética: Adam Smith) y descubrieron recientemente que la pobreza o la falta de progreso no es un destino divino, sino un asunto inherente al sistema dominante, una cuestión estructural del sistema y no un accidente natural o por nacimiento en la familia equivocada.

No todas las verdades son tan verídicas, y menos en la misma forma. Dos verdades opuestas sobre la misma temática no pueden ser verídicas en el mismo grado, en la misma forma ni al mismo tiempo. Hay muchas razones: la ética, la económica, la cultural, la teológica, etcétera. No todas son del mismo nivel, del mismo tono, ni tratan del mismo objeto, pero sí se trata del mismo sujeto: el ser humano y el futuro de nuestro planeta. Todas estas verdades (parciales, con un objeto y objetivo propios, y que no se pueden formular en términos absolutos) tienen que ver, de una u otra manera, con la realidad vivida. Hay realidades imaginadas que ideológicamente se venden como realidades. Se aprende con pedazos, y poco a poco surge un tipo de mosaico donde los pedazos aprendidos, masticados y reubicados consiguen su lugar y aparece un mural más o menos coherente. ¿Qué quiero decir con esta simple filosofía? Simplemente lo siguiente: solamente podemos partir de realidades vividas y masticadas.

La ética basada en la persona, en el ser humano íntegro, no se aprende en los libros. Me refiero, por tanto, a experiencias personales en que miles la han descubierto.

Como estudiante de Teología y Ciencias Políticas en la Universidad de Nimega, Holanda, y después como profesor de Teología y Antropología en la Universidad de Ottawa, Canadá, quizás pensé que los problemas sociales, de justicia económica y cultural fueron causados por un imperialismo brutal, de necios que por supuesto se

equivocaron por completo. Teníamos respuestas (teóricas) fáciles: lucha de clase, revolución, igualdad y democracia. Tan sencillo. En 1968 fui muy activo en el movimiento estudiantil. “La imaginación al poder”. Los gobiernos fueron más listos: cambiaron las leyes medio autocráticas en leyes más liberales, y todo estaba resuelto. No percibimos las trampas. Muchos se frustraron y se colocaron en el sistema “ganador”, brincando al poder. Pero nosotros queríamos cambios estructurales. No hubo un sujeto decente que pudiera ejecutar este programa de intelectuales de izquierda que incitaron a otros, sobre todo obreros y campesinos, a hacer este trabajo de cambios estructurales. Además, teníamos una gran desconfianza en la operación y posición de la Iglesia, que, con buenos propósitos y terceras vías, predicaba los cambios mediante la conversión de corazones.

Desde hace treinta años estoy trabajando con gente “jodida”, pobres, excluidos. Sobre todo en los últimos veinte años descubrí que el pecado (social e individual) es muy tenaz, torpe, torcido y complejo. Trabajando en una zona extensa de la diócesis de Tehuantepec, en el sur de México, con un 70% de población indígena, descubrí que el gobierno local y regional, los caciques locales y los empresarios del lugar, consideraban este trabajo con los “indios”, como ellos llaman a los zapotecas, mixes, chontales, mixtecas, zoques y huaves, como algo pecaminoso y peligroso. Según ellos, la Iglesia no debe andar con éstos, sino, más bien, con los justos, sabios y cultos, que además tienen dinero. ¿Cómo puede vivir bien la Iglesia de estos pobres mugrosos? La lucha por las diez demandas de “Trabajo, Tierra, Techo, Alimentación, Salud, Educación, Dignidad, Democracia, Justicia y Paz” fue considerada como algo subversivo, como pérdida de tiempo. La lucha social, hecha en serio y con cariño, no es un trabajo que aparezca en la

lista de las cosas loables. Pero dar de comer a los que tienen hambre, y de beber a los que tienen sed, es un trabajo de protesta, un reproche fundamental al neoliberalismo y a una economía que excluye a la gran mayoría. Es una crítica a un sistema económico y social decadente que con su cultura globalizadora pretende anunciar el reino de la libertad para todos, o por lo menos para ellos, que creen en esta teología del progreso infinito con su dogma del mercado libre y libre mercado. Descubrí las mentiras con que se siembran calamidades enormes y muy sutiles, escondidas. No queremos vivir con mentiras, menos cuando la vida de la mayoría está amenazada.

La economía dominante actual no tiene nada que ver con los sueños y espejos del Reino de Dios. La economía del neoliberalismo no tiene un contrincante realmente existente del socialismo, y puede implementarse sin resistencias considerables. Hay solamente resistencia por parte de los excluidos, que de todos modos no sirven, más bien son un lastre histórico. Estos pobres no compran ni venden, y por eso no funcionan en el sistema. Solamente sirven, y de mala gana, para programas sociales y de filantropía, las nuevas drogas calmantes para la masa.

Con este punto de vista, con estos lentes y este espejo enfrente, veo y vivo la realidad. Fue un caminar con aprendizajes y conversiones lentos. Fue difícil el descubrimiento de los herederos idealistas de la Ilustración: el liberalismo y el socialismo dogmático. Las promesas del progreso infinito de la modernidad están en un contraste doloroso con la realidad. Son los pobres mismos los que me lo han enseñado. Y descubrí a los pobres no en forma romántica, paternalista o como objetos de caridad. No son buenos por sí mismos, sino que son pecadores, igual que los ricos y todo el resto del mundo. He aprendido y creo firmemente que los pobres son los que Dios Padre

gratuitamente escogió para su Reino; son sus reinados, su gente de corazón divino. No es cosa de concienciación, sino de compasión, empatía, en el sentido que Fromm da a esta experiencia con el otro. Solamente el sufrimiento puede enseñarla. No tenemos que olvidar que la palabra “sufrir” no aparece en el diccionario de los ideólogos del neoliberalismo. Solamente el mercado sufre. Y el sufrimiento es el pan de cada día de millones que no se dejan agobiar por esto, sino que se hacen fuertes y con gran dignidad. El sufrimiento hace también posible la responsabilidad para con el otro. Pienso que la moral más humana se funda en el sufrimiento en su sentido amplio: individual, social, cultural y religioso. Huir de esta experiencia humana es huir de cualquier tipo de moralidad. La compasión, la empatía y la solidaridad se fundan en el sufrimiento humano, individual y colectivo, el ser excluido, despreciado, tratado como inútil y hasta obsoleto. Pero el sufrimiento vivido y aceptado como una experiencia hondamente humana, se hace fértil y sobre todo sabio. Es como dice Albert Camus en su famosa novela *La peste*: “Doctor ¿quién le enseñó todo esto? Y la respuesta llegó pronto: ¡El sufrimiento!” Este sufrimiento se hace empatía y espiritualidad.

Los modelos de liberación teatral y teórica no han creado lo esperado; tampoco las grandes categorías y enunciados de la Teología de la Liberación de los años ochentas. Fueron demasiado grandes para la gente chica. Esta variante del pensamiento occidental está demasiado lejos del sufrimiento real de la gente. Cuando el sufrimiento entró en esta teología, la liberación se hizo dolor divino y fértil y de los “pequeños”. Además, tenía que descubrir que el pobre “pobre” no existe. Un pobre, según las categorías sociológicas de índole funcionalista y las categorías económicas del modelo desarrollista, no se define a sí mismo en estos términos. Las grandes promesas gubernamentales, de investigadores

y clérigos de crear o exigir condiciones de desarrollo, salen de otro mundo. El “desarrollo” se plantea siempre desde la perspectiva de una supuesta sociedad desarrollada. El desarrollo y el subdesarrollo salieron de una fábrica de fantasía glamorosa, prometiendo un avance paso a paso para poder alcanzar la condición de insectos económicos completos, desarrollados. De hecho, para las mayorías sociales excluidas el desarrollo significa iniciar un camino que otros conocen mejor, hacia una meta que otros han alcanzado ya (al menos parcialmente, y expresada, en la mayoría de los casos, en una cuenta bancaria), en una calle de un solo sentido. Pero la gente jodida no está en esta calle, sino que tiene una calle propia, de doble sentido: uno para crecer, otro para morir; uno para cantar, otro para sufrir. Los planes para estrechar la brecha entre desarrollo y subdesarrollo fracasaron y eran una ilusión. Se abre cada día más la brecha. Los llamados “pobres” ya lo saben, y plantean la restauración de lo que el desarrollo les negó: la oportunidad de crear su propio modo de vida, establecer y regular sus propios ámbitos de comunidad, producir orgánicamente, comercializar profesionalmente sus productos y vivir en dignidad. Para ellos, lo opuesto al desarrollo no es el subdesarrollo, que representa tan sólo una descalificación grosera, conforme a un supuesto simplista de evolución unilateral. Lo opuesto al desarrollo es la hospitalidad, aceptar que el otro existe y tiene el derecho de existir como lo que es, con sus dioses, sus esperanzas, su camino propio. Desarrollar mercados donde la hospitalidad, el acuerdo mutuo y transparente entre productores y consumidores se celebre y se festeje, tiene su propia lógica. La creación del Mercado Alternativo, Justo, es resultado de esta hospitalidad. El otro que necesita mi producto es parte de mi familia. Así, también lograron romper las cadenas de varias ilusiones, y las cadenas sofocantes de la economía.

Para ellos, la comida es más que una actividad técnica de producción y consumo. Esto no excluye que produzcan comida, pero la cultivan en forma orgánica, saludable para el cuerpo y el ambiente.

Economía y Reino

Quiero tratar la temática de economía y Reino de Dios desde un paradigma ético fundado en el sufrimiento del pobre, en su existencia, su realidad y su verdad. No es por mérito del pobre como pobre, sino por elección divina. Dios es un dios parcial, que se hizo y se hace vulnerable con los vulnerables, y así trasciende lo humano y hace de la humanidad el espacio de su revelación, como lo hemos descubierto en Jesús.

Es el paradigma de Jesús, su manera, el ángulo bajo el cual quería vislumbrar la realidad humana en términos de esperanza, de alternativa, de aspiración auténticamente humana. Anuncio el Reino de Dios, doy este evangelio a los pobres; así hago la voluntad de mi Padre, que dice desde el cielo: “Éste es mi hijo, en quien tengo confianza y le doy nombre sobre todos los nombres: Señor de la Historia” (ver Filipenses. 2:8-11, Gálatas. 4:4).

El Reino de Dios es un concepto clave en el mensaje de Jesús, y es la expresión bíblica de la esencia de Dios mismo. Es el amor soberano incondicional y liberador en cuanto éste se manifiesta y se revela en la vida de la gente que quiere hacer la voluntad de Dios, conocida por Jesús y los profetas. Hablar del Reino de Dios es hablar de Dios.

El concepto de Reino de Dios literalmente es: el reinado, poderío de Dios (Basileia del Basileus, el Reinado del Rey). Pero dicho concepto no se escucha en nuestro

tiempo, y tenemos que retomar su sentido. Un reino es un territorio geográfico, habitado por hombres y mujeres que tienen en común una ley constitutiva y un gobierno. El Reino de Dios es, en este caso, el espacio mundial entero: la ecúmene del mundo habitado, donde el “reinar de Dios” solamente se realizará cuando la gente en libertad se involucre en este Reino. Éste es el espacio donde todas las religiones principales del mundo se encuentran: budismo, hinduismo, islamismo, judaísmo, cristianismo, etcétera.

Según el Nuevo Testamento, el advenimiento del Reino de Dios está estrechamente vinculado con un replanteamiento total, una renovación de gente, un ver y actuar diferente (Marcos. 1:15, Lucas. 11:20, etcétera). Los discípulos de Jesús experimentaron, sintieron mediante esta nueva mirada, esta conversión, que con Jesús el Reino estaba cerca. Cambió su vida totalmente. Solamente entendemos algo de este priorizar de Jesús del tema “Reino de Dios” cuando vemos sus palabras, parábolas y actuación. “Busca primero el Reino de Dios y su justicia, y el resto sigue como añadidura” (Mateo. 6:33). Y lo llenaba de alegría: “Bendito seas, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y sofisticados, se las has revelado a la gente sencilla” (Mateo. 11:25).

Desde esta perspectiva, la experiencia local engloba todo con las ideas que surgen de todos lados y van en la misma dirección: hay que sustituir la ideología dominante con la esperanza de los dominados, los excluidos.

La temática de la economía y el Reino de Dios no es un lujo cuando la ponemos en el contexto concreto de la gente altamente golpeada por la gran dicotomía entre la economía actual en su forma neoliberal, que se trata de globalizar por todo el mundo, y el Reino de Dios, entendido como Jesús lo predicaba en las expectativas del pueblo judío de

su tiempo. “El Reino de Dios es como...”, y vienen las parábolas. Y el Reino de Dios está cerca porque Jesús estaba dando de comer a los que tenían hambre, de beber a los que tenían sed, y sobre todo la buena nueva se predica, se da a los pobres (Lucas. 4:17).

La opción preferencial por los pobres es primordialmente espiritual y llega a una mística, un modo de “conocer” a Dios en gran profundidad. Es como la tradición ancestral del profeta Jeremías: “Hizo justicia a pobres y desdichados, y eso sí que es conocerme. Yo, el Señor, lo afirmo” (Jeremías. 22:16).

Desde la realidad vivida, desde el sufrimiento fértil y sabio del mundo del pobre, la economía actual, sobre todo en su forma neoliberal, no tiene nada que ver con el Reino de Dios. Más bien parece el reino del diablo, quizás ni siquiera tanto por sus intenciones, sino en sus efectos. Y éstos son determinantes para la vida de muchísima gente.

El rostro de Dios es Jesús. Él es su palabra, su portavoz vivido. Nos muestra quién es Dios y qué estamos llamados a vivir los hijos de Dios. Dios nos ama tanto, que se hace hombre, que se compromete haciéndose humano. Pero no vale decir sólo que se hizo hombre: hay muchas clases y razas de hombres: se hizo hombre pobre sufrido (véase Filipenses. 2:6-12). Los seres humanos somos hechos hijos de Dios, divinos, desde un pobre, un carpintero, un campesino, desde un crucificado, un excluido. Y éste es el misterio radical desde donde se desarrolla todo el misterio de Dios, de los humanos y de las iglesias cristianas. Nos revela quién es Dios y quiénes somos nosotros, los humanos: nacer desde los de abajo, los excluidos, hacerse pobre con los pobres, con cariño y ternura como la de Dios. La cumbre de la espiritualidad, el hombre más místico, fue un pobre, un hombre vulgar y corriente en su vida diaria, hijo de su pueblo. Fue tan humano ese pobre, que luego descubrimos (después de morir y resucitar) que era Dios. Él elige lo

más humano para su propio hijo. Dios elige lo mejor para su hijo y lo hace pobre con todas sus consecuencias.

La economía, el arreglo de la casa es por eso una categoría para la reflexión teológica. Y como cualquier reflexión teológica decente es una categoría religiosa, espiritual, y para la vida es un camino hacia la mística vivencial. Es como dijo San Ambrosio en uno de sus sermones: dar de comer al pobre es un acto supremo de espiritualidad. Por supuesto, esto tiene ramificaciones políticas. Para el cristiano y para cualquier creyente, la opción preferencial por el pobre es un acto religioso, y por consecuencia un acto político. No al revés.

Se conoce mucho del funcionamiento de la economía dominante. Bibliotecas, cómputos, expertos detrás de los botones, cifras y consejeros de los grandes de los Estados son tratados como los sabios de hoy en día, como la ciencia sagrada del momento, muchas veces con un registro teológico. El nombramiento del jefe del Banco Central es como un dedazo del Espíritu Santo, o, mejor dicho, de la “mano invisible”, misteriosa. Y no hay discusión u objeción por ser algo tan sagrado.

Pero el milagro sigue: los excluidos sobreviven y gritan de vez en cuando. Hay un sistema económico social que deja sobrevivir a las tres quintas partes de la población mundial. La llaman economía informal. El nombre ya no importa. Es la sagacidad del pobre para mantener su humanidad, con su propio dogma: quiero sobrevivir, porque tengo el derecho humano.

Pero se sabe muy poco de la economía del pobre. Es algo muy raro, porque es la economía de la mayoría. Nunca se menciona en las primeras noticias de la mañana del CNN o en cualquier periódico nacional, que tres quintas partes de la población mundial

han sobrevivido otro día, a pesar de la economía de los ricos y la acumulación muy desigual de las riquezas. Pero sobreviven. Hay una economía, un arreglo de la casa en tal forma que pueden sobrevivir, aunque sea raquíticamente; empiezan un nuevo día, buscando pan sin tener la seguridad de encontrarlo. ¡A esto lo llaman economía informal!

En los congresos internacionales sobre los efectos del neoliberalismo en el mundo de los pobres, me asusta siempre la inocencia y el analfabetismo de los grandes científicos, que sí saben cómo funciona o debe funcionar el sistema económico actual, pero no tienen idea de cómo funciona la economía de la pobreza, los arreglos de la casa de las grandes mayorías. La economía dominante de la acumulación tolerada, sancionada y promovida, no solamente es diabólica, sino también muy antidemocrática. Es la economía de una minoría.

La economía del mercado actual se basa en un fetiche: equilibrio es igual a justicia. La realidad es diferente: se ve la injusticia en sus formas de explotación, exclusión, pobreza manifiesta y oculta, miseria, desempleo, crisis del medio ambiente, etcétera. Los modelos que el neoliberalismo defiende parten de la idea de que el mercado en su forma más libre busca el equilibrio de la competencia plena. La “mano invisible” tiene un brazo muy visible: el capital acumulado, las leyes proteccionistas de los países ricos, los fondos enormes de los seguros que especulan impunemente, los grandes conglomerados internacionales que rebasan las leyes nacionales y se burlan cínicamente de los convenios como la OMC.

¿Por qué afirmo todo esto tan tajantemente? Por el simple hecho de que veo el crecimiento diario de la pobreza de las mayorías. Veinte años atrás, los campesinos indígenas tenían un ingreso real (poder de compra) de novecientos dólares. En los últimos

diez años esto ha bajado a seiscientos dólares reales en la actualidad. Los caficultores organizados en una unión (UCIRI), que venden su café orgánico en el mercado mundial, no han aumentado considerablemente sus ingresos reales durante veinte años de lucha.

El misterio de la supervivencia de la mayoría no es un terreno tratado en las grandes teorías económicas. Solamente después de algunos güisquis o de una noticia de obvia explotación, masacre de pobres y miserables, los científicos, economistas, políticos y empresarios se expresan desesperadamente. Las malas noticias de los pobres son amenazas por el simple hecho de que pueden estorbar la seguridad nacional de los ricos. Los pobres no son pobres, sino maleducados, flojos, rateros, borrachos, drogadictos y posibles bandidos, subversivos a los que es muy fácil embarcar para causas de guerrilla, disturbios sociales, etcétera.

¿Qué se hace religiosamente frente a todo esto?

Ya hemos visto varios puntos de lo que no tenemos que hacer o que por lo menos hay que poner entre paréntesis y bajo un escrutinio más a fondo y en discusiones amplias respecto al neoliberalismo:

- No creer en forma simplista en un desarrollo económico y social por el simple hecho de que no existe o por lo menos no tenemos una idea de lo que se trata.
- No pretender que sabemos qué es el subdesarrollo, porque no existen medidores confiables; pero sí sabemos como campesinos qué es hacer resistencia.
- No crear más fantasmas que tengan afinidad con la fe en un progreso infinito.
- No creer en las mentiras de las cifras y estadísticas.

- Nada de revoluciones tecnológicas ni manipulaciones genéticas si no hay claridad sobre sus efectos para la humanidad.
- No creer que el neoliberalismo se preocupa por el medio ambiente; ello es puro maquillaje para engañarnos y tratarnos como estúpidos.
- No caer en la trampa de creer que el trabajador es parte del gasto variable. El trabajador es una persona humana que realiza las riquezas.
- Nada de filantropía, porque ésta es sólo la nueva droga para los excluidos.
- Crear alianzas con otros movimientos sociales.
- Promover Mercado Justo como un medio de comunicación y como una experiencia colectiva que si se puede cambiar las cosas para el bien.

Todo esto implica la creación de alianzas con todos los que regresaron de tantas vueltas y están nuevamente en la plaza pública para discutir qué hacer ahora. Muchos caminos resultaron ser callejones sin salida, y regresaron a la plaza principal. Desde los callejones de la derecha y de la izquierda se pueden hacer nuevos planteamientos sanos después de un baño de llanto y sufrimiento. Esto conlleva también la urgencia de articular y analizar mucho más las implicaciones del sistema económico actual. Los círculos de estudio y los análisis serios son urgentes. ¿Dónde están los intelectuales cristianos organizados en círculos de investigación para denunciar los efectos y contenidos antihumanos y por ende anticristianos, y anunciar caminos de solidaridad y responsabilidad humana que rescaten la dignidad?

Insertarse en el mundo real de los pobres:

Esto no es un lujo o pena de algunos locos.

Lo que nos cuesta es “estar con”, compartir con ellos sin ninguna función o tarea especial, pasar el tiempo con ellos bajo un árbol compartiendo penas y alegrías, conversando sobre la vida y los problemas diarios de ese lugar. La inserción es un proceso de encarnación que conlleva el desprendimiento de muchas cosas y estilos de vida, salir de dioses falsos. Supone “salir de”, y así “entrar y vivir con” los pobres la nueva vida de Dios Pobre, como lo “conocemos” en la Gran Tradición.

Esto también tiene relación con el pensar con pureza, actuar con amor al pobre, permanecer lleno de ternura para la causa y con los pobres hasta que la muerte nos separe. Ello nace de los pobres, de la oración y trascendencia de Dios, que es más grande que nuestros proyectos y deseos, y gracias a los pobres, a ese empeño y opción de construir comunidades, fortalecerlas, hacer organización. En todo esto se nos muestra un estilo de vida, una urgencia y radicalidad de opción de vida, profunda y global. Implica estar en el lugar donde el diablo opera con pleno vigor, crueldad y potencia. El pobre, la familia excluida de los bienes necesarios para sobrevivir dignamente en este mundo, es el testimonio vivo, gracioso y lleno de ternura, que por su vida demuestra lo contrario de lo que los grandes economistas, planeadores, ministros de hacienda, etcétera, pretenden. Jesús vino para salvar a los perdidos, a los pecadores, a los que pelean con el diablo y que pierden de vez en cuando, pero que se levantan para caminar de nuevo en busca del pan de cada día. Porque en el centro de la oración de Jesús, el Padre Nuestro, se reza: “y danos hoy nuestro pan de cada día”. ¡No mañana, sino hoy; no mi pan, sino el nuestro! Es la primera plegaria, no de deseos ni de grandes anhelos (“hágase tu voluntad...”), sino

imperativa y contundente (danos). Es una obligación y no un acto de caridad ni una cuestión de menos armas, más ayuda internacional y menos conflicto.

Situarse en la gran tradición:

“Así dice Yahvé: Que no se alabe el sabio por su sabiduría, ni el valiente por su valentía, ni el rico por su riqueza. Quien quiera alabarse, que busque su alabanza en esto: en tener inteligencia y conocerme. Yo soy Yahvé, el que tiene compasión, el que hace justicia en la tierra y el que la gobierna conforme a derecho. Éstas son las cosas que me gustan” (Jeremías. 9:22-23. Del mismo libro: “Pobre de aquel que construye su casa con cosas robadas, edificando sus pisos sobre la injusticia. Conocerme no es actuar en esa forma...”. Jeremías. 22:13-17).

Ponerse al lado del pobre es ponerse en la fuente de la gracia. Los pobres son la mediación histórica de nuestra salvación y felicidad. Ellos, con todo lo pecaminoso del ser humano, son el punto de referencia para las verdaderas relaciones humanas, y su bienestar y su dignidad son la base para configurar un sistema económico que tenga legitimidad, algo de lo que el actual sistema carece. Gracias a los pobres podemos describir el curso de la historia, y sin ellos no entendemos el sentido de nuestra existencia.

En efecto, la esperanza de un futuro feliz viene del pobre, del indígena y del campesino. Son ellos los que dan profundidad al tiempo y cambian el sistema económico que explota, el sistema político que excluye y el sistema social que denigra.

Los pobres evidencian que el sistema no funciona. Son el testimonio de un fracaso constante, porque evidencian los egoísmos y conflictos de la historia humana; pero son también la enorme fuerza que empuja la palanca de los grandes cambios, de nuestra existencia.

En los años sesentas el compromiso con y para los pobres se consideró sobre todo como un acto político. Este compromiso se experimenta más bien como un acto religioso que, por supuesto, está cargado de elementos políticos. En este tiempo había dos corrientes: una que se puede denominar corriente crítica de la sociedad, y otra que se concentraba más en lo religioso. Una dualidad poco fructífera e incomprensible. Fe y acción social -y políticamente sana- son las dos caras de la misma moneda social, aunque sean diferentes en sus perspectivas. La fe sin mística deviene esterilidad e hipocresía.

La mística: el mundo del pobre como lugar de gracia:

Cuando se mira al mundo por los ojos de los pobres que sufren o mueren, éste no se hace más bello, sino más sano y santo. Existe una tradición larga y tortuosa dentro de la historia del cristianismo para entender y mantener viva esta visión de injusticia, sufrimiento, muerte prematura, el pasar por un infierno por otros (“desciendo a los infiernos”). Pero esta visión es el punto de partida para la lucha por la vida y la salvación. No es una moda ni es adaptar viejas tradiciones con caracteres masoquistas. Se trata del meollo de la herencia de la fe cristiana.

“Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado, y al tercer día resucitó de entre los muertos”. Lo proclamaron con grandes palabras, hicieron

dogmas de este misterio, pero se trata de la realidad más concreta de la humanidad de hoy en día: los pequeños, humildes, pobres, desdichados, que se ven a sí mismos en estas palabras.

Resucitar de entre los muertos es resucitar entre los pobres y con ellos. Morir la muerte de un esclavo, pasar por el infierno y así crear, hacerse vida, es una visión de fe que se impone con todo el vigor y actualidad. Con esto, el cristianismo no ofrece belleza estética, pues para el cristiano el mundo no es en primer lugar un lugar precioso. Pero este mundo se vuelve, así, un lugar santo: salvo y sano, visto, experimentado y conquistado desde el infierno de injusticia. Comprometerse con la lucha por la justicia en el mundo desde “los de abajo”, el infierno, el lugar donde el diablo del sistema injusto se mueve, devora y ve dónde puede aplastar, no es un lujo o pasatiempo de asociales. Es algo que brota del Evangelio mismo. Dios en Jesús va a tener faz, cara y carácter desde el descenso a los infiernos. “Por eso Dios lo engrandeció y le concedió el Nombre...y toda lengua proclama que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses. 2:9-11). “Señor”, la señoría de un Basileus que hace los arreglos de la casa para el bien de todos. Esto no es solamente un enunciado teológico, sino sobre todo una visión ética de una mística profunda de dónde se ubican la felicidad, la grandeza del hombre y su economía.

La felicidad está de por medio. Convivir con los jodidos, los excluidos, los despreciados que se pueden explotar como se quiera, da una vida llena de ternura y vigor. Llenarse de bondad y felicidad no es algo que se pueda comprar ni tampoco está en venta, sino que se hace con la gente misma, y se recibe de ella en toda su fragilidad, en situaciones pecaminosas, pero llenas de perdón. Es algo de un pueblo con estatura y

grandeza, por el simple hecho de que sabe perdonar. Los ricos nunca perdonan, sino que exigen que el otro les pida perdón. “El rico ofende y encima se ufana. El pobre es ofendido y encima pide perdón” (Eclesiástico. 13:4). Después de más de dos mil años, esto no ha cambiado.

Anunciar alternativas desde el mundo del pobre, es el desafío cristiano religioso por excelencia. Es la economía que comparte, que en conjunto busca alternativas para crear condiciones familiares y comunales de supervivencia con dignidad.

Desde el mundo del indígena campesino he aprendido que esta alternativa no solamente se hace, sino que también se disfruta como un anticipo del Reino. Compartir, solidarizarse en organizaciones sociales, culturales y hasta políticas, buscar nichos sólidos y solidarios en el mercado mundial, son signos del Reino. La expresión de una responsabilidad por la tierra, no explotándola, sino defendiéndola y cuidándola mediante las formas de una agricultura ecológica, es otro signo.

Implica el rechazo de la riqueza, que por definición solamente es posible mediante el robo, la explotación, la mala distribución, etcétera. No es algo personal, sino estructural. Con las leyes y la Constitución en la mano se puede ser rico y dar un poco a los pobres, por costumbre o por necesidad, para no tener que ver, y así ocultar la realidad.

Profesar la pobreza en dignidad es algo peligroso por su doble filo, pero da qué pensar. Hacer entre la gente la felicidad, que no está en venta y que tampoco se puede comprar. Sin embargo, el sistema actual ha hecho un dogma de lo contrario: la felicidad se puede comprar y está en venta en la gran ciudad. Pero es la realidad de una minoría en el mundo actual. Seamos democráticos y vayamos con la mayoría. Por eso, resistamos.

La minoría piensa que su vida, sus logros, su riqueza, su nivel de vida es el medidor para todos y por todos los tiempos venideros. Pero se niega a reconocer que este planteamiento ha creado una situación donde hay excluidos y pobres, e incluidos y desarrollados. Pero ¿quién ha inventado esto? Es la minoría, para no tener problemas con la mayoría. Es un mundo muy extraño y raro.

También soy religioso. A muchos no se lo parezco. Ando de chanclas, con un pantalón de mezclilla, y uso términos del campo. Pero he tratado de vivir humanamente la vida religiosa.

Uno de los grandes retos de la vida religiosa actual es restaurar su ser principal: ser sociedades de gente laica que en una u otra forma busca una vida de seguimiento de Jesús hoy en día. Como religiosos somos laicos. Muchos de nosotros también somos sacerdotes y pertenecemos a la casta clerical. Pero antes que nada somos religiosos y, por ende, laicos. Lo que pasó históricamente es otra cosa. Tenemos que rectificar. No somos semiclericales o clérigos con una vieja franja laica. Hemos creado distancias, abismos entre la vida religiosa y la vida laica, la vida de los religiosos y la vida de los pueblos, sobre todo los pobres. Cerremos este abismo.

Los votos: quizás históricamente fueron opciones personales que se trataron de vivir en una comunidad con su vida comunitaria, pero desde una perspectiva laica. La vida comunitaria no fue y no siempre es muy saludable. Se puede vivir en diferentes formas la vida comunitaria. La vida en las comunidades de pobres me parece una excelente forma de vivir en comunidad. Nada de cercas, nada de puertas cerradas, nada de lujo y distancia con el “mundo”, nada de sentimientos de ser mejor o estar apartado: estos principios ayudan a ser parte del pueblo. Por eso me gustó que en una celebración

me hicieran uno de los ancianos del pueblo, no por honor, sino por servicio. Y sigo convencido de que el caminar con los campesinos es un privilegio que también es divino. Ver en los rostros el cansancio y el ansia de un Dios Pobre es algo refrescante, es alegría, es vivir con plenitud, gratitud y felicidad. También las fallas son parte de esto: no somos y no seremos “angelitos”. Éstos viven en el cielo, y aquí estamos luchando, cayendo de vez en cuando en egoísmos, en flojeras, en falta de cariño, pero levantándonos y dando nuevamente los pasos a la par de los “compas”; esto sí hace el camino. “Caminante: no hay camino, se hace camino al andar”, y caminar en la sierra, con los campesinos, es hacer caminos nuevos.

La economía dominante contradice el Reino de Dios y la vida y la lucha económica de los pobres. Para poder sobrevivir, ellos anticipan e incluyen el Reino de Dios. Hacer votos, compromisos de estilo de vida para este Reino, tiene sus consecuencias. Y repetimos: la felicidad humana, individual y colectiva, está de por medio, no se vende ni se compra en ningún mercado, sea económico, sea eclesiástico, sea teológico. Se la crea junto con los pobres o no se la crea. Estas preocupaciones humanas van junto con el Mercado Justo. Hace la gran diferencia con el mercado actual. Hicimos y seguiremos caminos nuevos.

Termino con una poesía que escribí una vez que estaba en la sierra, una tarde en que la lluvia nos encerró en una casita de gente muy humilde:

El corazón lleno de nombres

Al final del camino
de mi vida llena,
me preguntarán:
¿Qué has ganado?
¿Has amado?
¿Y yo?
Sin decir una palabra,
abriré mi corazón
repleto de nombres
de quienes en el camino
me han abrazado,
andando hombro a hombro.
¡Y los he amado!
Hasta sus rostros
me quedaron,
cuerpos dibujados con sangre y fuego,
amor del otro divinizado.
El corazón lleno de nombres.
Y al final hay el último respiro,
arrullando:
Tú y tú, y tantas y tantos...

Solamente gratitud y llantos
de felicidad.

ANEXO

Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo

Introducción

La región del Istmo de Tehuantepec se localiza al este del estado de Oaxaca, y representa la cuarta parte del territorio de esta entidad, con una extensión cercana a 2 500 000 hectáreas. Comprende 41 municipios, de los que solamente en 11, ubicados en la parte norte y noroeste, se produce café. Por la superficie sembrada con este aromático, el Istmo ocupa el cuarto lugar en el mapa cafetalero estatal, y por el número de caficultores que concentra, el quinto.

En el Istmo de Tehuantepec, micro región serrana, el café se cultiva desde fines del siglo XIX. Actualmente, el 60% de la superficie agrícola se destina al café -en huertas con una extensión mayor que en el resto de la entidad-, el 30% al maíz, y el 10% a otros cultivos, como calabaza, fríjol, chile pasilla y frutas.

En las comunidades cafetaleras, catalogadas como de alta y muy alta marginación, la población es indígena de las etnias mixe (73%) y zapoteca (22%). Predomina el sistema campesino de producción café-maíz-fríjol, complementado por la pequeña ganadería y la horticultura de traspatio, así como por la recolección de plantas silvestres, práctica tradicional en la zona. La ganadería es más importante en la parte baja que en la alta y la media. En la zona alta, además de café y milpa, hay una importante producción de chile pasilla, que se generalizó durante la crisis de precios del café. Para

las familias que combinan el aromático con el chile, la venta del café representa cerca del 50% de sus ingresos, y el picante alrededor del 30%.

El café se cultiva bajo sombra con frutas tropicales en un sistema de policultivo tradicional, y sin agroquímicos. La mayoría de los cafetales son viejos, con plantas de una edad promedio de 30 años, aunque hay áreas de renovación, con plantas jóvenes de edad aproximada de 15 años. Las labores culturales, como son la limpia, la cosecha y el despulpado y lavado del grano, se realizan familiarmente. Sin duda, el café es el producto más importante de la economía familiar campesina, pues el 80% del ingreso monetario proviene de su venta, y el resto, de actividades asalariadas, recursos institucionales y de la ocasional comercialización de fruta y otros cultivos.

La zona tiene una ubicación estratégica, y desde el siglo XIX fue un canal de tránsito comercial privilegiado entre las costas de los dos océanos. En 1996 empezó a impulsarse un programa de desarrollo integral denominado Megaproyecto del Istmo de Tehuantepec. Las expectativas de inversión generaron nuevas dinámicas entre las agrupaciones sociales y productivas de la región.

A fines del siglo pasado, las plantaciones de café empezaron a cubrir las faldas de las montañas del Istmo. Los comerciantes aboneros de Ixtaltepec y de Ixtepec que proveían de mercancías a las comunidades, indujeron a los campesinos a sembrar café, que luego ellos compraban e intercambiaban por otros productos. El café se vendía en cereza, húmedo o seco, muy poco pergamino. Los compradores terminaron estableciéndose en los pueblos, y empezaron a prestar dinero y a fiar maíz a cuenta de la cosecha de café.

Este dominio de comerciantes y caciques terminó en 1973, cuando llegaron el Instituto Mexicano del Café y el Banco Rural. Gracias a estas agencias gubernamentales, los pequeños productores tuvieron asistencia técnica, precios de garantía y crédito, y extendieron sus plantaciones.

No obstante, las deficiencias del Instituto Mexicano del Café (retraso en el pago a los productores, descuentos excesivos en los centros de acopio) y los problemas con el Banco Rural y la aseguradora, pronto provocaron que el cafetalero no pudiera pagar sus deudas.

A principios de los ochentas, ocho años después de la llegada del Instituto Mexicano del Café, la diócesis de Tehuantepec inició un trabajo de reflexión con las comunidades, orientado a romper la intermediación gubernamental y privada, y a mejorar las condiciones de venta del café para elevar la mísera situación de las familias campesinas. El trabajo organizativo empezó en Guevea de Humboldt y en Santa María Guienagati, cuando en 1981 consiguieron vender 35 toneladas de café a buen precio, lo que alentó a otros productores a organizarse; al ciclo siguiente, 5 comunidades más se integraron a las ventas colectivas.

Éste fue el origen de la Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo (UCIRI).

I. La organización UCIRI

UCIRI es la organización cafetalera más antigua del estado de Oaxaca. Se fundó en 1983, con 17 comunidades cafetaleras interesadas en mejorar las condiciones de venta del café y el bienestar campesino, y con ayuda de la diócesis de Tehuantepec y de ONG's europeas.

Actualmente, UCIRI agrupa a 2 689 miembros de 53 comunidades zapotecas y mixtecas del centro y norte del Istmo; chontales del sur; chatinos de la costa, y mixes de la parte media y alta. La zona pertenece a la región terrestre prioritaria RTP-130 de Conabio, por su alta biodiversidad.

Dentro de UCIRI existe una estructura interna integrada por delegados comunitarios elegidos por sus asambleas, los cuales se reúnen mensualmente en Lachivizá, en una asamblea de delegados de la que emana el consejo de administración central, ejecutor de los acuerdos, y el consejo de vigilancia. Las decisiones se toman por consenso en todos los niveles, y se difunden en *Pasos*, publicación periódica de UCIRI.

Aunque el eje de la organización es la producción, beneficio y comercialización de café orgánico, para mejorar las condiciones de vida UCIRI también impulsa proyectos de abasto, nutrición, salud (casa de salud), transporte, fondos de ahorro y crédito, molinos de nixtamal, agricultura orgánica, distribución de implementos agrícolas, vivienda y diversificación productiva (mermeladas orgánicas). Además, cuenta con un Centro de Educación Campesina (C. E. C.), que es una escuela-internado ubicada en San José el Paraíso, donde se capacita a promotores comunitarios sobre agricultura orgánica y sustentable, ecología, diversificación productiva, nutrición, salud e higiene, entre otros

temas. A este Centro asisten jóvenes socios de UCIRI, pero también campesinos de Chiapas, Puebla, Oaxaca, y de países como Guatemala y Bolivia.

En 1984, a un año de su nacimiento, UCIRI impulsó los grupos de Trabajo Común Organizado (T. C. O.), que abrieron un almacén de abasto y tiendas comunitarias con el Programa de Abasto y Distribución (P. A. D.). También se integraron colectivos de mujeres en molinos de nixtamal y en siembras de frijol, maíz y hortalizas.

UCIRI tiene una oficina en la ciudad de Ixtepec, que también le sirve de bodega, de alojamiento para socios, y donde despacha una pequeña ferretería, Lachinavani, que vende implementos agrícolas con descuento a los asociados.

En cuanto a servicios de salud, UCIRI ha formado promotores, distribuido botiquines comunitarios, rescatando y valorando la medicina tradicional con otras organizaciones del estado. Participó también en el programa de vivienda apoyado por Banamex y Hábitat para la Humanidad. Asimismo, intervino en la creación de transporte, y cuenta con una flotilla de poco más de 15 vehículos para los traslados de café, mercancías y personas. Gracias a esto pudo ser aval ante los bancos para que algunas comunidades compraran sus propios camiones.

Como parte de los servicios comunitarios, UCIRI impulsó la formación de un Fondo de Ahorro y Crédito (F. A. C.), constituido en 1994 con la recuperación de recursos fiscales de programas de gobierno anteriores. En estos F. A. C., los ahorradores aportan un porcentaje de los ingresos cafetaleros.

Hubo que conseguir, además, el registro de Exportación e Importación, que por primera vez se otorgó a una organización independiente, pues en ese tiempo sólo lo tenían los grandes finqueros coyotes. Llenar los requisitos costó mucho trabajo y dolores

de cabeza, y algunas veces se perdió la paciencia y la esperanza, pero gracias a Dios y al esfuerzo de varios delegados y, sobre todo, del consejo de administración y vigilancia, los jefes de estas oficinas dieron el permiso el 20 de febrero de 1985.

Entre tanto, algunos holandeses y alemanes que tenían mucho interés en apoyar la lucha de UCIRI, visitaron sus instalaciones. Eran representantes de grupos de solidaridad que compran café directamente a los campesinos pobres; es un movimiento de mucha gente: jóvenes, amas de casa, estudiantes, y su organización se llama Mercado Alternativo. Ellos compran productos sin intermediarios, con precios acordados con los pequeños productores organizados, y dan información a los consumidores sobre las condiciones del mercado libre, que no es tan libre para los pobres y explotados. Para la cosecha de 1986 a 1987, UCIRI realizó su primera exportación directa a Simón Levelt, de Holanda, y GEPA, en Alemania. Así, poco a poco sus granitos de café atravesaron los mares hasta llegar a Alemania, Holanda, Suiza, Suecia, Italia, Francia, Austria, Japón, Canadá y Estados Unidos, que solidariamente han apoyado esta lucha que seguirá hasta tener una vida digna y justa para todos.

UCIRI quiere vender sus productos con dignidad. Por esto se desarrolló un Mercado Alternativo, con consumidores solidarios sobre todo de Europa, Estados Unidos y Canadá: el mercado Max Havelaar, Transfair, el cual apoya también el Mercado Justo de México. Para poder vender sus productos más eficientemente en el mercado nacional, UCIRI formó, junto con otras organizaciones, la comercializadora Agromercados.

II. UCIRI: Pequeños productores de café

Los socios de UCIRI son minifundistas indígenas que cultivan café en extensiones de 2 a 5 hectáreas, y milpa en parcelas de 5 a 8 hectáreas. Producen café arábica pergamino y capulín, con métodos orgánicos y en sistema de sombra diversificada; usan abonos verdes, siembras de barreras vivas, y construyen terrazas contra la erosión del suelo, además de proteger la biodiversidad de fauna y flora original. La mayor extensión cafetalera se ubica entre los 600 y 900 metros sobre el nivel del mar (5 000 hectáreas), y pertenece al 53% de los asociados; una superficie menor, pero significativa (3 700 hectáreas), supera los 900 y 1 500 metros sobre el nivel del mar; y una mucho menor se localiza en partes bajas, de menos de 600 metros sobre el nivel del mar, con cafetales que pertenecen al 6% de los unionistas.

UCIRI acopia un promedio anual de 24 000 quintales, principalmente de café orgánico de altura -incluye extra prima lavado-, que exporta al mercado justo y orgánico. En la cosecha de 2000 a 2001, la captación fue de 26 870 quintales.

La producción se exporta a través de las redes de Comercio Justo, a Europa, Japón, Estados Unidos y Canadá; en el ciclo anterior, cerca del 80% de las exportaciones fue de café orgánico.

Los cafés locales de menor calidad, como el olep, los desmanches, la granza, el caracolillo y otros, son de origen orgánico. Además, hay cerca de 450 productores que están en proceso de transición de sistemas “naturales” o convencionales a orgánicos, y a quienes UCIRI compra café con un cierto sobreprecio de estímulo.

Otras organizaciones de Chiapas y de Oaxaca venden su cosecha a través de UCIRI; así, en el ciclo anterior más de 5 000 quintales de las ventas provinieron de otros

grupos, lo cual es revelador de la capacidad de comercialización de UCIRI, y de un mercado creciente de café orgánico.

Desde 1991, UCIRI vende café soluble en el mercado nacional e internacional, con diferentes mezclas de tostados, para lo que cuenta con un laboratorio de cata. Las ventas al mercado nacional son, sin embargo, muy limitadas, pues trasnacionales como la Nestlé lo controlan. En los dos últimos años, UCIRI se ha unido a la red de Agromercados y está promoviendo ventas de café terminado, pero el alcance es poco significativo, ya que apenas ha logrado colocar 4 toneladas por este medio.

El café oro natural para consumo interno, en general se vende barato, y en momentos de desplome de precios es francamente desventajoso; por eso, UCIRI tiende a buscar mercados para café terminado o industrializado. Eventualmente ha encontrado compradores en Monterrey que pagan mejor que la Nestlé; por ejemplo, 11.50 pesos el kilo, en vez de los 5 pesos que ofrece la trasnacional. Desafortunadamente, opciones como la de Monterrey son escasas, pues la demanda es muy reducida.

Para la certificación de producción orgánica, UCIRI tiene contratos con Certimex, la instancia certificadora mexicana, acreditada debidamente a nivel internacional (ISO 65).

UCIRI es pionera en la construcción de mercados alternativos, y cofundadora de la iniciativa Max Havelaar. Exporta por primera vez en 1986 a Simón Levelt de Holanda y GEPA GmbH, Alemania, con lo que desarrolló habilidades en este campo mucho antes que otras agrupaciones cafetaleras.

Gracias al cumplimiento puntual de sus contratos de venta, en volúmenes y calidad UCIRI ha ganado reconocimiento internacional entre compradores de café de

calidad. Ha comercializado a Equal Exchange de Estados Unidos; a Sackeus AGS AV, de Suecia; CTM, de Italia; Oxfam Trading, de Inglaterra; a Van Weely, de Holanda; Gepa GMBH, de Alemania; Malongo, de Francia, y también a Canadá y a Japón.

UCIRI ha manejado financiamiento de organismos internacionales solidarios, de la banca comercial y de desarrollo nacional (Banamex) y de programas gubernamentales como el Fonaes. El más relevante es el llamado prefinanciamiento o anticipo a crédito de los compradores, cuyas tasas de interés son muy accesibles. En general no recibe donaciones, pero sí algunos créditos, como los del Fondo Acción Banamex para acopio y comercialización de café a tasas de interés equivalentes a los Cetes más 2 o 3 puntos, que van acompañados de recursos no reembolsables o “cooperación técnica”, orientados al apoyo de actividades que coadyuven a la transición de café convencional a orgánico, y que no pueden ser motivo de crédito, pero que son condición indispensable del proceso de producción y comercialización del café orgánico.

La relación costos-precios y el que UCIRI comercialice sobre todo café orgánico, le ofrecen una ventaja en relación con el café convencional; si a esto se añade el hecho de que vende exclusivamente en el Mercado Justo, los beneficios son mayores. Por ejemplo, en el Mercado Justo un quintal de café en transición a orgánico se vende a 1 159.20 pesos; si a la organización le costó 690 pesos el quintal (incluida la compra de café al productor, y los gastos poscosecha -de acopio, morteo, comercialización, administración, etcétera), la relación costo-beneficio es muy favorable -de 1.58-, es decir, UCIRI obtiene una ganancia o un beneficio equivalente a poco menos del doble de lo que invirtió en la compra y comercialización de un quintal de café de sus asociados. En este caso, son los

precios del Mercado Justo los que posibilitan tal ventaja. Al final de la cosecha hay reparto de las utilidades mediante un ajuste del precio del café.

Si el grano tiene certificación orgánica y se exporta a través de la red de Comercio Justo, la relación costo-beneficio no es tan grande como en la del café en transición a orgánico, pues a la organización le cuesta 938.25 pesos acopiar y comercializar un quintal de grano orgánico que vende en mercados justos internacionales a 1 297.20 pesos, es decir, la relación costo-beneficio es de 1.38 -poco menos que en el de transición. Considerando que la mayor parte de la producción es café orgánico que se exporta a mercados justos, las ganancias por volumen son considerables para UCIRI, y los beneficios para el productor se incrementarán conforme aumenten los rendimientos de su huerta.

En perspectiva, UCIRI pretende ampliar sus ventas en el mercado orgánico y justo, pero también aumentar los rendimientos, pues de esto depende la mejora de la relación costo-beneficio para el productor. Actualmente, UCIRI estima que los rendimientos de las huertas orgánicas de sus asociados están entre 4.5 y 5 quintales por hectárea, poco más que los del café natural o convencional, que están entre 3 y 4 quintales. El incremento de productividad es, hoy, uno de los mayores retos de UCIRI, y por esto ha desarrollado un programa de renovación de cafetales para los próximos cinco años, en unas 5 000 hectáreas.

En el mercado nacional, la tarea en un futuro próximo es consolidar nichos comerciales de café industrializado o terminado, pues las ventas locales de grano verde son desventajosas.

En cuanto al café de sombra, UCIRI percibe y valora como caficultura de sombra prácticamente toda la producción de sus asociados, aunque sin la respectiva certificación; sin embargo, considera que promover un mercado específico de sombra puede ser poco redituable económicamente, y difícil de impulsar como tal entre los productores, pues no existe un destino comercial claro. El esfuerzo debiera encaminarse hacia la promoción, venta y certificación de café sustentable, que conjunta las tres modalidades de café orgánico: justo, de calidad y bajo sombra. Esta perspectiva, hermanada con la de CEPCO y otras agrupaciones del Consejo Civil para la Caficultura Sustentable, parece justificarse, por lo que UCIRI ya tiene un sólido y creciente mercado orgánico y justo.

III. Cómo está organizada UCIRI

Los que quieran luchar para mejorar sus condiciones de vida y ser un poco más libres en su caminar, pueden ser socios. La organización está abierta para todos los auténticos caficultores y campesinos que quieran vivir honestamente y que quieran organizarse y luchar por el beneficio de sus comunidades. Esto significa que la puerta está bien cerrada para acaparadores chicos y grandes. Ellos pueden entrar cuando hagan público su deseo de no continuar aprovechándose del trabajo de otros.

En UCIRI central hay un consejo de administración integrado por cuatro personas; un consejo de vigilancia, también integrado por cuatro personas, con sus respectivos suplentes, y además hay delegados de los diferentes pueblos. Tanto a los consejos de administración y de vigilancia como a los delegados oficiales se les nombra para que ocupen por tres años ese cargo.

En la asamblea de delegados también se nombran los comités centrales para las diferentes áreas de trabajo, como son: salud, educación, Trabajo Común Organizado, el programa orgánico, el Centro de Educación Campesina, el transporte (UPZMI SCL), la ferretería Lachinavani S. A. de C. V., la producción de mermeladas, el proyecto de las mujeres, el proyecto de asistencia técnica, el Fondo de Ahorro y Crédito, la comercialización nacional e internacional, etcétera. Los comités centrales, en coordinación con el consejo de administración, llevan las líneas generales del trabajo e informan a la asamblea de los avances y problemas.

En las comunidades se nombra una mesa directiva y un consejo de vigilancia, así como a los representantes fijos y los diferentes comités para las distintas áreas de trabajo locales. Éstos prestan su servicio por un año o dos.

Los delegados, los representantes fijos y un miembro de las mesas directivas llevan a cabo reuniones denominadas asamblea ordinaria, los días 29 y 30 de cada mes en Lachivizá, Santa María Guienagati, donde se encuentran las instalaciones de UCIRI. En estas asambleas se estudian y discuten los problemas, y se hacen planes.

Los delegados preparan un estudio y llevan por escrito a sus comunidades lo tratado en asamblea, para discutir todo en la reunión de los socios (asambleas locales). Al folleto de estudios se le dio el nombre de *Pasos*, porque representa los pasos de este caminar. Asimismo se elabora un Boletín Informativo sobre lo tratado en la asamblea mensual, y contiene las informaciones y acuerdos surgidos en ésta. A cada socio se le entrega esta información para que la comparta en sus reuniones locales.

Es obligación de los socios, delegados y comités participar en reuniones y asambleas, porque allí se tratan asuntos de mucha importancia para todos. No participar

sin razón o sin justificación, significa una multa (un día de tequio o lo que decida la asamblea).

IV. ¿Qué se defiende y qué se anhela?

La tierra, que se quiere defender y mantener fértil. Por eso tampoco se han querido utilizar fertilizantes químicos, ya que la tierra bien cuidada no los necesita. Para mejorar el suelo y las plantas se están implementando varios programas, como son: el abono orgánico, la composta, recepas, terrazas, siembra de leguminosas y barreras vivas, así como la poda puntual de los cafetos y de los árboles de sombra.

En UCIRI también se defiende el trabajo y los frutos que da. No se va a regalar el café a acaparadores, sino a venderlo directamente al exterior, o a cooperativas de la región. Tampoco se quiere depender totalmente del café, pues los antepasados no lo hicieron así. No se va a plantar más café, sino a mejorar los cafetales que se tienen. Además, se sembrará más maíz, frijol, verduras y frutas, como son zarzamora, marraguilla, etcétera.

UCIRI defiende la salud, necesaria para poder trabajar mejor y estar alegres, con menos preocupaciones. Por eso procura que sus socios coman mejor, con verduras y frutas, y usen las medicinas de hierbas sanas y tengan su casa limpia. Además, UCIRI quiere que sus socios e hijos vivan en una casa digna y humana, con cocina, estufa Lorena, baño bueno (letrina seca), cuartos cómodos y patio de secado. UCIRI sigue luchando por que los pueblos lleguen a contar con los principales servicios, como luz, agua potable y comunicación.

También se procura mantener la cultura y sabiduría, mejorarlas en lo necesario y valorar las cosas buenas de los antepasados, sobre todo animando a los paisanos para que hablen su propia lengua, porque ésa es su cultura. Tampoco se desean autoridades que engañen, sino que sirvan y ayuden. Así podrán ser más respetadas.

UCIRI intenta organizarse cada vez mejor, tomando mayor conciencia, con sus luchas y prácticas, de lo que puede y tiene que hacer. En UCIRI no hay miserables, sólo pobres, humanos que defienden su dignidad y tienen esperanza y fe en sí mismos, porque creen en Dios y Jesucristo, que dan la fuerza, la luz, el calor, el agua, las frutas y todas las cosas que se necesitan de la tierra. La solidaridad y el cariño que se siembran en la montaña son la solidaridad y el cariño que Dios Padre tiene a sus hijos.

Por varias razones, los socios de UCIRI no pertenecen a la misma Iglesia cristiana. Algunos son católicos, otros evangélicos; pero todos quieren trabajar y luchar juntos, respetándose mutuamente. Todos tienen fe en el mismo Dios Padre, la misma Biblia, Palabra de Dios, que muchos en grupos estudian, y celebran su fe con muchas costumbres, aunque en templos diferentes. No se quieren los líos entre hermanos, hijos del mismo Dios Padre; no se quiere una división como pueblo. Así, poco a poco habrá más entendimiento y más unión.

V. Comercialización del café

La comercialización en UCIRI ha sido un proceso cada vez más significativo, ya que desde el principio se ha hecho directamente con los clientes, tratando de eliminar la intermediación y generando un aprendizaje que ha ido más allá de la comercialización, y

que ha impulsado y fortalecido otras dimensiones de organización, participación y desarrollo.

La negociación de contactos, la contratación de servicios para hacer posible la exportación, la tramitación de avisos y permisos, y la facturación y cobranza, han sido un proceso realizado en conjunto, y que ha permitido adquirir habilidades y un aprendizaje que se ha transmitido a los demás, y sobre todo el reconocimiento, por parte de los clientes, de ser una organización social, seria, cumplida, con capacidad para establecer relaciones comerciales cada vez más amplias.

Las cantidades de exportación forman un 70 por ciento del café, sobre todo orgánico (unos 14 000 sacos de 69 kilogramos de café oro, calidad de exportación). El resto se vende en el mercado nacional, pero en forma de café tostado y molido, y café soluble. En dinero son unos 4 000 000 de dólares.

Hoy en día, los clientes tienen confianza en los campesinos. Ellos entregan calidad orgánica y constante. Desde 1991, UCIRI empezó a exportar café orgánico soluble, procesado en México, principalmente a Italia, Suiza, Japón, Bélgica, etcétera, y al mercado nacional. La capacidad que ha desarrollado como organización social en la rama de comercialización, UCIRI la comparte solidariamente con otras organizaciones sociales, como las de algunos pueblos de Chiapas, Guerrero y Oaxaca.

El café se exporta en orgánico verde prima lavado, calidad de exportación europea. Se cuenta con un laboratorio donde se cata el café para hacer diferentes marcas e iniciar una campaña en México para ampliar este mercado.

Las culturas indígenas antiguamente no explotaban la naturaleza, sino que se relacionaban con ella con gran cariño y respeto, apropiándose colectivamente de los recursos que la tierra, las plantas y los animales les ofrecían para su supervivencia.

En UCIRI se valora la naturaleza como dadora de vida, como sustento material y como principio de bienestar. Los socios la están conociendo en los más delicados detalles, y de ella obtienen alimento y vestido, elaboran sus propios utensilios y realizan creaciones artísticas de muy alto valor cultural y comunitario.

Desde hace 18 años en UCIRI se cobró conciencia de que en los últimos tiempos se ha estado olvidando toda esta sabiduría, debido al engaño del mundo moderno, al cual sólo le importan la acumulación y la ganancia, y explota y destruye la naturaleza y lo más hermoso de toda ella: el paisaje humano.

Es por eso que UCIRI quiere recuperar las antiguas formas de relación con el medio ambiente, como lo hicieron sus antepasados, y adaptar formas adecuadas a las circunstancias, que ayuden eficazmente a la tierra para que siga siendo fuente de vida.

Por eso se están aprendiendo y trabajando las labores culturales de lo orgánico; para lograrlo se utiliza la ayuda de los métodos naturales y los cultivos y trabajos orgánicos, porque la tierra es la madre que nutre y fortalece. De sus entrañas nace y crece el fruto que da la vida, y las hierbas que dan salud. A los humanos corresponde cuidarla, cultivarla y defenderla, pues es la única herencia que tienen para sus hijos.

Lo que la tierra sufra será dolor para sus hijos; sus gozos y bienestar serán la dignidad de los humildes de esta tierra. La tierra no es del hombre: los hombres son de la tierra. Por ello se ha aplicado el abono orgánico, llamado también composta, que se

produce fermentando materiales orgánicos hasta lograr su descomposición completa. Este material descompuesto recibe el nombre de composta o abono orgánico.

Además de esto, UCIRI también realiza:

1. Limpia o deshierbe, cortando sólo las hierbas que perjudican a las plantas.
2. Poda de cafetos, que favorece la sanidad, crecimiento y producción, y facilita la cosecha.
3. Recepa de cafetos, eliminando las plantas muy viejas y de difícil cosecha, así como las plantas de baja producción.
4. Deshije, quitando los retoños más débiles y dejando sólo 2 o 3.
5. Renovación, sembrando plantas nuevas y haciendo una buena regulación de sombra; cuando ya están desarrolladas se eliminan las plantas viejas.
6. Abonado, dependiendo de las condiciones de la planta.
7. Barreras vivas, con una hilera densa de plantas que se siembran en curva. Estas barreras detienen la tierra y el abono, y son una técnica que se empezó a usar en 1992.
8. Zanjas con barreras.
9. Construcción de terrazas.
10. Aplicación de cal o ceniza.
11. Regulación de sombra.

En el pasado, UCIRI efectuó un contrato con la organización que certifica su café (NATURLAND, IMO, Control en Suiza); en él se asumen responsabilidades y el compromiso de realizar debidamente las labores culturales que garantizan el café orgánico, además de llevar un minucioso control con el apoyo de cada uno de los socios, para así mantener siempre el mercado y cuidar los recursos naturales. Ahora, UCIRI tiene su propia certificadora, Certimex, con sede en Oaxaca y recientemente acreditada por ISO 65. En 2001, UCIRI logró el certificado de producción orgánica a través de Certimex y KRAV (Suecia). Ahora exporta todo el café y mermeladas con certificado de Certimex hacia otros países.

Estos trabajos traen ventajas económicas, porque existen consumidores que demandan productos sanos de mayor calidad y sin contaminantes, y muchos consideran que una inversión en la salud no escatima precios.

Se ha visto que es posible producir con mayor eficiencia y menores costos, aun en condiciones de pequeña agricultura.

También se ha logrado una demanda y valoración del producto, que es diferenciado por el consumidor y vendido a precios razonables. Esto ha sido un estímulo para fomentar la agricultura orgánica. No es el avance agrícola el que transforma al campesino, sino que es el campesino quien transforma el agro y lleva a cabo ese avance.

El desafío de la producción campesina se resolverá cuando las secretarías de gobierno tomen conciencia de que el campesino es el sujeto del desarrollo, y no un instrumento del mismo.

Durante 19 años de trabajo en labores culturales para convertir los cafetales naturales en orgánicos, se ha aprendido y adquirido experiencia. La base de la fertilidad

de los suelos es la materia orgánica, es decir, toda sustancia que haya tenido vida, sea vegetal o animal. El nombre de esta materia se debe a que proviene de seres que tienen órganos. Asimismo se han buscado algunos métodos que ayuden a conservar la riqueza de los suelos.

En diversas reuniones con productores orgánicos del país se ha visto que un punto problemático es la inspección para la certificación, la cual ha quedado en manos de organismos extranjeros y ha representado un alto costo para los agricultores.

La promulgación del reglamento y la ley de las normas mexicanas de la agricultura orgánica por parte de la Dirección General de Sanidad Vegetal de la Sagarpa, fitosanidad, ha promovido mayor interés entre las organizaciones sociales para hacer su propio mecanismo de inspección y certificación según normas propias, acordes con las reglas nacionales e internacionales.

Durante 2 años, unas 20 organizaciones sociales han tenido reuniones para ver la posibilidad de coordinar esfuerzos técnicos, administrativos y comerciales. Esas organizaciones han constituido un frente campesino indígena ecológico llamado Ecomex, que es una asociación civil sin fines lucrativos, cuyos fundadores son 18 organizaciones. Cuenta con una mesa directiva y comisiones de trabajo.

Ecomex aglutina 33 000 pequeños productores, sobre todo en áreas de café, jamaica, miel, vainilla, etcétera. Su objetivo principal es promover la agricultura orgánica con los pequeños productores organizados, sobre todo indígenas, para mejorar las condiciones de la vida familiar de las comunidades y del entorno ambiental, mediante mecanismos propios de asistencia técnica, de desarrollo de nuevas tecnologías y un sistema de controles internos y externos, que han resultado de la formación de Certimex.

VI. Logros y resultados

La experiencia organizativa ha abierto nuevos horizontes para transformar la montaña. Se han abierto brechas en diferentes aspectos para mejorar la vida.

UCIRI nunca ha querido trabajar exclusivamente para mejorar el precio del café, producto principal para el mercado, pues hay otras cosas que también son importantes.

En UCIRI hay seres humanos campesinos que cultivan y producen lo que ellos y el país necesitan: café para tomar y para exportar, maíz y frijol para el propio consumo. Estos campesinos trabajan para que todas las familias tengan lo suficiente y necesario para vivir dignamente.

Poco a poco se han dado los pasitos; en conjunto se han creado los siguientes proyectos:

6.1 Trabajo Común Organizado (TCO)

En 1984 nacieron los grupos de Trabajo Común Organizado. También se formó un fondo con la cooperación y el apoyo de amigos cooperativistas, el cual es llamado fondo de TCO, y se empleó para abrir un almacén de abasto y distribución para que las comunidades socias de UCIRI tuvieran el servicio de abasto de los artículos necesarios para la producción y consumo.

Por medio de este programa se tienen los productos de manera estable, eficiente y accesible, orientada a mejorar la nutrición y a eliminar el consumo de producto nocivo a la salud física y mental.

En las comunidades se han promovido las tienditas del Programa de Abasto y Distribución, donde se obtienen los productos necesarios para el consumo familiar. Para ello se formaron grupos de trabajo colectivo que rescatan los valores propios de la cultura, para avanzar hacia una sociedad más fraterna e igualitaria. Pero no sólo hay grupos que trabajan para el abasto, sino que también hay grupos de molinos de nixtamal, que han sido de gran ayuda para las mujeres. Asimismo se han impulsado los TCO de producción de frijol, maíz y sobre todo hortalizas, para mejorar la alimentación.

Los grupos de TCO son una escuela de vida donde se aprende a servir con honestidad, a dialogar y a decidir en asamblea los avances y dificultades que hay en los trabajos. Esta labor colectiva no es un negocio, sino un servicio que UCIRI presta a sus socios para mejorar las condiciones de vida de las familias organizadas.

6. 2. Ferretería Lachinavani, S. A.

Con el objetivo de conseguir los instrumentos agrícolas y domésticos, y por la necesidad de conseguir un local en la ciudad de Ixtepec, UCIRI aprovechó la oportunidad de hacerse de una ferretería. Ahora, en Ixtepec está el local para la oficina de UCIRI, donde hay lugar para almacenar café y para poder pasar la noche cuando no es posible subir a la montaña. La ferretería surte de los materiales necesarios al almacén de TCO, y si los

socios compran en ella presentando la credencial que los acredita como tales, se les hace un 20 por ciento de descuento.

6.3. Centro de Educación Campesina

También fue muy necesario crear un Centro de Educación Campesina, donde los niños se pueden preparar mejor para el trabajo y la organización. Anteriormente, casi todos los hijos de los socios se iban a estudiar la secundaria y después no querían regresar a ayudar, porque las escuelas de las ciudades les quitaban las ganas de solidarizarse con la vida de sus padres y sus paisanos de la montaña.

Con la experiencia de este Centro, en diciembre de 1986 se trató de hacer algo similar en el curato del templo de San José el Paraíso; para lo cual la comunidad donó un terreno de 6 hectáreas. Allí se construyó el Centro de Educación, con sus aulas, salones y dormitorios para los alumnos y formadores. Es un internado para unos 25 alumnos, que siguen los cursos durante 12 meses y después hacen sus servicios en las comunidades durante un año más.

Este Centro de Educación sirve también para los cursos con los encargados orgánicos y con los campesinos de la zona, sobre materias que son importantes para todos, como son: combate de plagas sin venenos nocivos; mejoramiento de cultivos en forma orgánica; óptima utilización de los recursos naturales; implementación de otros cultivos que alimenten mejor, sobre todo las hortalizas; crianza de pollos, ponedoras, vacas, etcétera; y la formación de inspectores internos, que son los responsables de realizar las visitas anuales a los cafetales.

En el Centro hay un grupo coordinador y los maestros, que son en parte los campesinos de la región, porque el contacto directo con su tierra les ha enseñado cómo se hacen las cosas bien. Los técnicos comprometidos con los ideales y objetivos de UCIRI dan ayuda en las cosas que no se conocen muy bien. Ya han salido varios técnicos de las comunidades de UCIRI y de otras organizaciones de los estados de Chiapas, Puebla y Oaxaca. Han cursado también compañeros de Guatemala y, por un tiempo, campesinos de Bolivia.

En cada comunidad hay un comité para la educación, y un delegado está encargado de todo el proyecto CEC. El objetivo de este Centro es formar jóvenes comprometidos con las comunidades y que, como técnicos orgánicos de UCIRI, trabajen en la promoción, organización y capacitación regional, a través de acciones alternativas concretas que mejoren la producción y protejan el medio ambiente.

Las metas de este Centro son:

1. Impulsar que UCIRI y las comunidades de la región asuman como propio al Centro y sus actividades, de manera que participen no solamente como beneficiarios, sino como sujetos corresponsables de su marcha.
2. Generar procesos de participación comunitaria para que las actividades del Centro se orienten a las necesidades, conciencia y organización campesinas.
3. Formar jóvenes selectos de las comunidades, que como técnicos orgánicos de UCIRI trabajen en la promoción, organización y capacitación regional, a través de acciones alternativas concretas que eleven la producción y beneficios campesinos.
4. Aportar diversos servicios, asesorías y apoyos a las acciones comunitarias y regionales, mediante la elaboración de programas y materiales de trabajo y

- capacitación por parte del personal y los jóvenes del CEC en colaboración con los campesinos.
5. Propiciar la autogestión y autosuficiencia del CEC para que, lejos de ser una carga para las comunidades, sirva como ejemplo de las posibilidades de desarrollo que la organización, la capacitación y la agricultura orgánica ofrecen para todos los campesinos de la región.

6. 4. El proyecto de salud

La salud es muy importante para todos, socios y no socios. Por eso, periódicamente se ofrecen cursos de medicina natural, donde se enseña a prepararla y a tomar conciencia de la necesidad de que haya más higiene en las casas y comunidades, porque es mejor prevenir que curar. Poco a poco se ha mostrado que la limpieza y las plantas medicinales sí curan y son económicas. Con ellas es posible mantenerse más sano y curarse con medicinas no peligrosas ni caras, sino con las plantas que la tierra da en abundancia. Para ello se ha nombrado un comité central, que imparte los cursos a los promotores y comités de las comunidades, y surte los botiquines con los medios necesarios para preparar la medicina. En varias comunidades se ha preparado un botiquín comunitario que contiene cápsulas, tinturas, micro dosis, pomadas, colirios, etcétera. De esa forma se pueden valorar mejor las cosas que los antepasados usaron, y que actualmente las farmacias echan a perder. Las medicinas químicas sólo sirven para que los ricos “curen” su bolsillo, y dejen a las personas enfermas y pobres.

En una de las reuniones de promotores y comités de salud se elaboró el siguiente objetivo: desarrollar un proyecto de medicina popular para prevenir enfermedades y mejorar la salud y la vida, aprovechando los recursos naturales y los conocimientos generales de medicina.

Las metas que se plantearon comprenden:

1. La formación de promotores de salud en cada comunidad, para que den un mejor servicio con los conocimientos que adquieren.
2. El establecimiento de los comités en cada comunidad, para que con la participación de todos funcionen los botiquines.
3. La organización zonal, para proporcionar una mayor capacitación y lograr un enriquecimiento mutuo de experiencias y compañía.
4. Que los promotores capacitados compartan sus experiencias con los nuevos promotores.

6.5. Casa habitación

También es necesario tener una casa buena y digna, no para lucirla, sino para vivir en ella. Sin embargo, por falta de recursos muchos tenían que vivir en casas malas, donde entra el agua y no es posible vivir bien, y donde los niños se enferman fácilmente.

Es cierto que poco a poco muchos han arreglado su vivienda poniéndole láminas de zinc para mejorar los techos, colocándole piso de cemento para no estar en la pura tierra, acondicionando un patio frente a la casa para secar café. Pero aún faltan cosas necesarias y útiles para vivir tranquilamente y mejor, como alguna estufa Lorena para

ahorrar leña y quitar el humo excesivo de la cocina, como construir letrinas o baños y algún cuartito para meter la herramienta de campo y la cosecha, para no dormir sobre ella. Por ello se tiene el propósito de luchar por conseguir créditos para que cada año todos los socios puedan hacerle una mejora a su casa.

6.6. Transporte

Con el transporte se busca establecer un sistema de comunicación y traslado de productos para superar el aislamiento y marginación que por tantos años se han padecido. Ése es el fruto de la lucha por lograr un costo más bajo que el de los particulares, así como un mejor servicio y una administración más honesta. Esto se ha logrado con el apoyo de autoridades y organismos solidarios con UCIRI.

Asimismo, con el aval de UCIRI algunas comunidades han obtenido créditos del banco para comprar sus redilas.

6.7. Fondo de Ahorro y Crédito 'Esperanza Indígena Zapoteca' SC

Al crear este fondo de capitalización se acordó en una asamblea que se destinaría para préstamos personales a los socios. Este fondo ha ayudado a la construcción de bodegas, al TCO, etcétera.

Este proyecto es importante porque forma la costumbre de cuidar el dinero, depositando el poco que se tiene y no se ocupa en el momento; así se crea una reserva para emergencias.

El objetivo del Fondo de Ahorro y Crédito es que cada socio de UCIRI se acostumbre a ahorrar, para administrar mejor su dinero y cuidar lo poquito que tiene, organizando sus gastos para no despilfarrar en cosas que no ayudan a la familia.

Con la experiencia que la administración del FAC ha proporcionado, y con la confianza de los socios que han ahorrado, en junio de 1993 se llegó al siguiente acuerdo: crear el FAC central para administrar los recursos de solidaridad en el tiempo en que los socios no los ocupen.

Todos son conscientes de que solamente el café, aunque de buena calidad orgánica, no es una solución para todos. Los precios cambian mucho, y los últimos dos años han estado en un nivel muy bajo, incluso bajo los costos de producción. Por eso se han buscado artículos alternativos, los cuales, después de mucha investigación y experimentación, se han encontrado en la producción de frutas, sobre todo zarzamora, marraguilla y mango. Se elaboró un proyecto para hacer mermeladas, jugos y concentrados en forma casera e industrial. Va muy lento, pero los socios tienen mucha confianza en este proyecto. Las áreas de producción están ampliándose considerablemente, y ya existe una clientela importante para el futuro (sobre todo en Europa).

Financiamiento de los proyectos

Para poder financiar sus proyectos sociales, UCIRI tenía que tomar una parte de los ingresos del café. Gracias a que UCIRI pudo participar, sobre todo en el inicio (1985), con algunos contenedores del café en el Mercado Alternativo, y a que pudo formar parte

del Mercado Justo (Max Havelaar, etcétera) en Europa y América del Norte, fue posible sacar unos 5 dólares de cada saco para formar los fondos de los proyectos sociales. Con el diferencial para lo orgánico se ha financiado el proyecto más costoso, el del CEC, importantísimo para el desarrollo tecnológico en el campo. UCIRI nunca aceptó donaciones de ONG's u otras instancias, pues estos fondos no crean un desarrollo social, político y menos económico. Se han buscado créditos con los más bajos costos, y siempre se han pagado. UCIRI no tiene carteras vencidas en el café (aunque en la confeccionadora sí hay algunos problemas, sobre todo coyunturales).

Retos y desafíos

A pesar del arduo trabajo de organización y concienciación, existe un desnivel de participación social, política y cultural de los socios. El 65 por ciento de ellos son luchadores en lo bueno y en lo malo; sin embargo, el resto está constituido por oportunistas que solamente ven el provecho económico, y éste no es muy grande. Son fácilmente manipulables por chismes, promesas del partido (PRI), y salen al mejor postor.

Se ha incrementado el ingreso promedio en un 200 por ciento, pero en este año el ingreso por día de cada familia es de 18 pesos. No es gran cosa, pero los no organizados de la sierra tienen que mantener a su familia con sólo 6 pesos diarios (solamente calculando ingresos por venta del café).

Los rezagos son grandes: se carece de infraestructura, como carreteras, medios de comunicación -no hay líneas de teléfono-; no hay atención médica adecuada; las casas no

son buenas para muchos; los productos de primera necesidad son muy caros en los pueblos, a pesar de los intentos de los TCO, etcétera. Esto significa que el factor costo de vida es más alto que en los centros urbanos.

Los intentos de divisionismo por parte de algunos políticos (supuestamente progresistas) han causado tensiones inútiles y expectativas falsas, y después de 2 años de mucho auge desaparecieron de nuevo, dejando engañados a muchos campesinos. También se descuidó por mucho tiempo el mercado nacional, pues había más interés en exportar para recibir dólares. Sin embargo, poco a poco se ha aprendido que en México se debe producir también para un mercado de los mexicanos, para que disfruten lo que su propia tierra les da. Es por eso que se fundó el Mercado Justo de México. Es un inicio que necesita más atención.

Por las circunstancias históricas en que surgieron, las organizaciones sociales en México han creado islas que de vez en cuando compiten entre sí. La experiencia chiapaneca ha enseñado mucho. Por el levantamiento del EZLN, el gobierno de ese entonces hizo todo lo posible para dividir, aprovechar y enemistar a las organizaciones sociales, mediante dinero, armas, etcétera. Ahora se encuentra muy dividido el campo chiapaneco. Por eso, en Oaxaca hay un proceso para crear frentes comunes (UCIRI, CEPCO), a fin de enfrentar el mercado (mediante bolsas comunes de venta) y organizarse con claridad frente a las instancias gubernamentales.

Poco a poco, UCIRI está intentando conseguir el control de toda la cadena cafetalera: producción orgánica, comercialización, industrialización, apertura de cafeterías, e introducción del café tostado, molido, soluble, en el mercado nacional e internacional. Pero es una lucha constante contra las grandes empresas. UCIRI no tiene

una cultura empresarial para enfrentarse abiertamente con ellas. Tiene café de calidad, recibe mucha solidaridad, pero no desea competir con las grandes compañías de café.

Redes de articulación con otras organizaciones

En orden cronológico:

1985: UCIRI entró en la red de Mercado Alternativo, lo cual fue muy importante para aprender el mercadeo y aprovechar el apoyo de grupos y consumidores solidarios con los pequeños productores de café (GEPA, Alemania; CTM, Italia; EZA, Austria; Equal Exchange, Estados Unidos; Sachesus, Suecia, etcétera).

1988: con una organización holandesa llamada Solidaridad, UCIRI entabló una serie de pláticas para ver las posibilidades de ampliar el Mercado Justo. Algunos campesinos viajaron a Holanda y visitaron a muchos grupos, y establecieron en 1989 el mercado Max Havelaar. Es el modelo de uso de sello que la industria puede emplear para presentar al público general su producto, comprado y tratado bajo ciertas condiciones (precio mínimo, diferencial social y orgánico, etcétera).

1989: con varias organizaciones, UCIRI formó en su sede la Confederación Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOC), que agrupa organizaciones independientes (sin afiliación a un partido político) y es plural y democrática.

1990: UCIRI se hizo socio de pleno derecho y responsabilidad del IFOAM, participando activamente en este gremio mundial para promover la agricultura orgánica.

1993: creación de la Asociación Mexicana de Inspectores Orgánicos, en la cual UCIRI participa, y cuya finalidad es facilitar el proceso (por cierto tortuoso) de inspección interna. Fue una batalla con las organizaciones de inspección y certificación internacionales.

1997: UCIRI formó Certimex, la inspectora y certificadora de los productos orgánicos, que temporalmente estuvo bajo la supervisión de IMO Control Suiza, y actualmente de KRAV, Suecia.

1999: junto con otras organizaciones, UCIRI formó la organización de Comercio Justo México, A. C., y luego el sello de este nombre (2001).

2000: para tener una mejor y mayor eficiencia empresarial, UCIRI, junto con CEPCO, MAJOMUT y otros, formó la empresa social Agromercados.

El Consejo Mexicano para la Cafecultura Sustentable, A. C., que es la última rama de redes, fue formada en San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

Mediante Internet, UCIRI forma parte de varias redes de investigación, intercambio de experiencias, apoyo político, etcétera. También participa en foros internacionales.

Conclusiones

El caminar de UCIRI ha sido muy bonito, pero dentro de él ha habido muchos problemas, provocados casi siempre por personas ajenas a los intereses comunitarios, y que incluso han causado la muerte de algunos compañeros, e intentado destruir lo que con mucho

trabajo, decisión y empeño se ha logrado. Pero esto no ha impedido el avance de la organización; al contrario, la ha hecho más fuerte y resistente, y con orgullo es posible decir el lema de UCIRI: “UNIDOS VENCEREMOS”.

Oficinas de UCIRI:

1. La central se encuentra en la comunidad de Lachivizá, municipio de Santa María Guienagati, Tehuantepec, Oaxaca. Allí se encuentran las oficinas del Consejo de Administración de UCIRI, así como un beneficio seco y una bodega de café orgánico, y las instalaciones de la agroindustria para el proceso de transformación de frutas (maracuyá). En la oficina central también se encuentran la casa de salud, el aula-palapa, donde se realizan pláticas sobre diversos temas de la organización, así como sus asambleas mensuales.

Como medio de comunicación con el exterior, UCIRI cuenta con servicio de radiocomunicación y un correo electrónico: uciri_central@hotmail.com

2. Las oficinas de Ixtepec se encuentran en la calle de Colón, 2-A, col. Estación, 70110, Ixtepec, Oaxaca. Tel. 01971 71 31365 y Fax: 01 971 71 30426. Correo electrónico: uciri@prodigy.net.mx

El beneficio para café natural se encuentra en la calle de Oaxaca, 60, Barrio San Antonio. Tel. 01971 71 30960

3. En San José el Paraíso se encuentra el Centro de Educación Campesina y la sede del equipo técnico del proyecto orgánico, así como la oficina de control interno de UCIRI y las instalaciones para capacitación de los socios y sus hijos, y de otras organizaciones hermanas. Correo electrónico: cec@uciri.org

Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo
“UNIDOS VENCEREMOS”
Septiembre de 2004